Mundo Argentino

20 centavos
en toda la
República

EN ESTE NUMERO:

Si aquí está "el paraíso de las solteras", ¿por qué disminuyen los casamientos?

RODOLFO CLARO

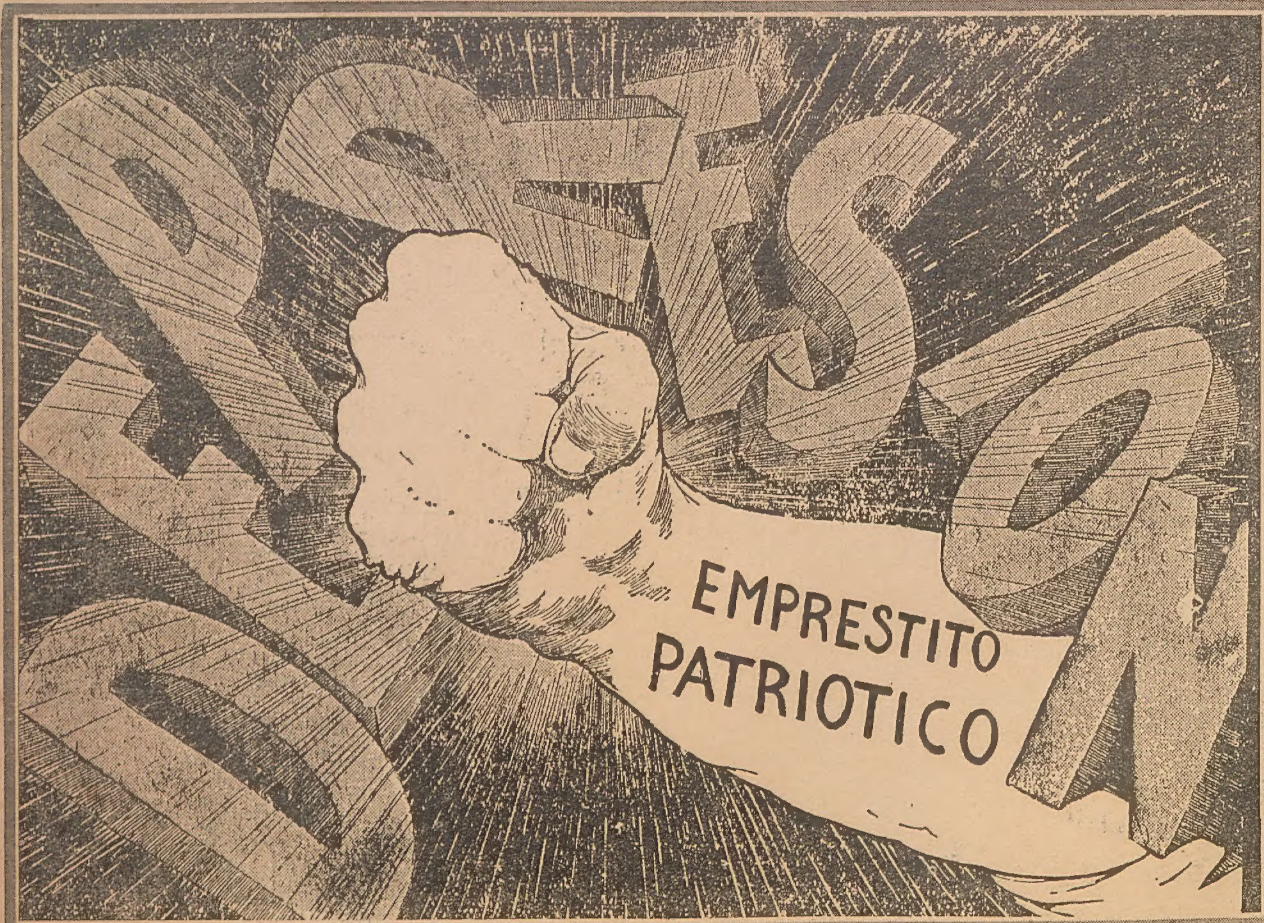
"Cultivó las más bellas orquídeas que se daban en los pantanos de Texcoco, y durante años estuvo haciendo experiencias misteriosas, hasta que un día logró una flor cuyo carpelo afectaba las formas perfectas de una mujer... Había podido crear una verdadera flor diosa, una orquídea mujer que no se desprendía del bulbo y tenía la apariencia maravillosa de un ser humano."

De la novela

"La mujer orquídea del lago de Texcoco"

de ALEJANDRO SUX

El espejo *de la* opinión pública *en el* país *y en el* extranjero



1 ¡Un directo al centro de la depresión!



2 ¿Habrá destapado algo?
(Del "Post Dispatch", de Saint Louis)



3 La formidable roca de Alemania.
(De "Groene Amsterdamer", Amsterdam)



4 El cañonazo de los "nazis"
(De "The New York World Telegram")



5 ¿Cómo diablos se las arreglan?
(De "The Daily Star", de Montreal)



6 Los británicos creen haber salido del mal trance.
(De "Literary Digest", Nueva York)

El BALANCE *de la* POLITICA MUNDIAL

El empréstito patriótico (1) es el primer golpe fuerte asestado a la muralla de la depresión en la República Argentina. Ha sido descargado con vigor insuperable y logrará cumplidamente su objetivo, siendo de desear que otras medidas financieras de análoga eficacia lo complementen.

Su actitud belicosa en la Manchuria (2) ha tenido para el Japón consecuencias inesperadas. **Día a día la situación se le complica y se encuentra en las condiciones del pescador de "Las mil y una noches"**, que destapó la botella sin saber lo que contenía y dió salida al "genio" que lo amedrentó.

Hindenburg, en medio del hervidero de pasiones políticas (3) que conmueven a Alemania, **sigue siendo la roca inconmovible contra la cual se estrellan todas las tentativas de trastornos del orden público.** ¿Volverá a serlo después del triunfo rotundo del hitlerismo?

El éxito previsto, pero no por eso menos sorprendente del nacionalismo reaccionario de los hitleristas (4) en las recientes elecciones alemanas, **es un proyectil que ha agitado profundamente la situación europea y que no se sabe qué proyecciones podrá tener en un futuro cercano.**

Arroja el presupuesto de los Estados Unidos un déficit de cifras colosales. ¡1.781.017.946 dólares! (5). **En cambio, el gobierno británico, a fuerza de economías, cumplimiento estricto de sus obligaciones y poda del árbol frondoso del presupuesto, ha logrado un superávit de 40.000.000 de dólares,** habiendo pagado la mitad de los créditos con seis meses de anticipación. Este contraste extraordinario resulta inexplicable para el Tío Sam.

Con la nivelación de su presupuesto y el superávit conseguido, **John Bull se regocija creyendo haber salido definitivamente de los laberintos del bosque de la depresión económica** (6) en que aún se debaten Francia, Alemania y otras grandes potencias.



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES



EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXII — BUENOS AIRES, JUNIO 15 DE 1932 — NÚM. 1117

Deben declararse francos *todos* los puertos *de la* Patagonia

AL iniciar su gestión administrativa el actual gobierno nacional, MUNDO ARGENTINO llamó la atención del P. E. sobre las condiciones duras, de implacable dureza, en que desarrollan sus actividades los territorios nacionales del Sur.

Decíamos en aquella ocasión que las gobernaciones patagónicas eran una especie de cenicientas de la República, y que era necesario que se emprendiera con la premura que el caso requería la tarea patriótica de salvarlas, de auxiliarlas, no ya como un medio de alentarlas en las vías del progreso, sino para evitar que queden en un futuro no lejano convertidas en páramos desiertos, recorridas sólo por los guanacos y avestruces y avizoradas desde la altura por los buitres en continuo acecho de la presa.

Hemos sostenido que la única forma de salvar a la Patagonia del irremediable desastre a que se halla abocada, consiste en suprimirle las aduanas, en volver a establecer en ella los puertos francos y en reformar la reglamentación atrabiliaria en vigor de la ley de tierras, que obliga al arrendatario a renunciar a todo derecho a compra, es decir, que le impide categóricamente vincularse a la humilde parcela de terreno, a la cual ha de dedicar largos y trabajados años de ruda labor para colocarla en condiciones de escasa productividad. Haciendo caso omiso de esta monstruosidad administrativa, vamos a examinar la cuestión de más vital importancia para la Patagonia; aquella que debe ser proveída oficialmente con la urgencia con que lo piden las numerosas solicitudes — verdaderos clamores de angustia — que se presentan casi a diario, tanto a la secretaría de la presidencia de la Nación como al Ministerio del Interior.

Nos referimos al establecimiento de los puertos francos a lo largo de la costa atlántica, desde el golfo de San Antonio, al Sur, hasta la lejana Ushuaia.

Por reciente decreto del P. E. se resolvió declarar puerto franco el de Deseado. Se dice que tal medida fué adoptada en virtud de gestiones empeñosas del ministro de Agricultura, doctor de Tomaso, y a título de ensayo.

Muy digna de elogio la actitud del ministro, pero poco satisfactoria, ya que significa entrar en una vía experimental para estudiar la forma y condiciones de solucionar un problema de vastas proporciones, que por su índole misma y por el carácter agudo de sus manifestaciones no admite dilaciones ni aplazamientos.

El problema patagónico es único: sus pobladores viven del producido de unos quince millones de ovejas, diseminadas en cinco gobernaciones, y que a los precios bajísimos de cotización actual de las lanas, no sólo no producen utilidad, sino que ni siquiera rinden lo necesario para cubrir los gastos de explotación.

Desde los puertos costeros o desde el "hinterland" a que alcanzan las vías férreas en comunicación directa con la capital federal, podemos establecer un precio medio de transporte de lanas hasta la plaza de colocación (mercados bonaerenses), de 1.50 pesos por diez kilos. A ellos se agregará otro tanto de cuidado, antisárnicos y esquileo, y 0.60 pesos más por concepto de fletes de carro o camión.

En total, pues, tendremos:

Cuidado, antisárnicos, etc.	$ 1.50
Fletes carro o camión.........	„ 0.60
Fletes marítimos o ferroviarios	„ 1.50
TOTAL..........	$ 3.60

Dejamos sin computar el arrendamiento del campo fiscal, que fácilmente alcanza a 1.60 pesos por cada diez kilos de lana, derechos de entrada y almacenaje y otros imprevistos, porque si lleváramos hasta ahí el cálculo, las conclusiones a que debiéramos llegar serían, en realidad, mucho más desoladoras aún.

De cualquier manera, y en el mejor de los casos, los gastos por cada diez kilos son de 3.60 pesos, y el precio corriente para la lana cruza fina y fina de los territorios es de 3.70 pesos los diez kilos. Vale decir, que la utilidad sería de 0.10 pesos por cada diez kilos, lo que ni siquiera alcanzaría para abonar los gastos y comisión al consignatario que vendió la lana.

Sin embargo, antes de 1916 la Patagonia prosperaba con precios para sus lanas que no excedían de los que se pagan hoy.

¿Cómo podía ser esto?... La explicación es muy sencilla. Los artículos de vestir y de consumo, los antisárnicos mismos, se im-

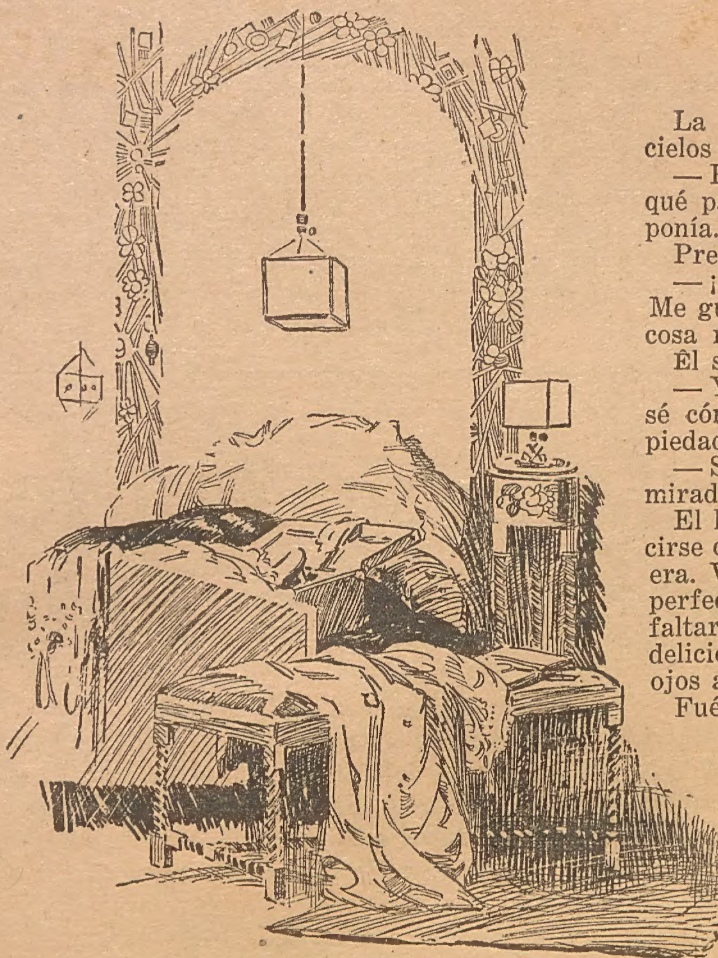
(Continúa en la pág. 41)



Las restricciones aduaneras — vuelta y transbordo en el puerto de la capital — han arruinado la industria principal de la Patagonia — la lana — y, si no se levantan, terminarán por aniquilar la población.

LA SEGUNDA ESPOSA

UN CUENTO HOGAREÑO
de ETHEL MANNIN



LO sorprendente de aquel idilio — la unión de Mauricio Ducasse con la encantadora Sonia Berkeley — no es que se hubiera epilogado en un divorcio, sino que el divorcio hubiera tardado tanto. A partir del día de la separación, Mauricio Ducasse se convirtió en otro hombre. Un profundo desgano de vivir hizo presa de él.

— ¿Qué otra cosa podía esperarse? — decían, comentando este final, aquellos mismos que antes comentaron el casamiento. — No eran seres que pudieran congeniar: un comerciante sesudo, como Mauricio, y esa voluble mariposa de las tablas. El desenlace no podía ser sino ése.

El divorciado cerró la suntuosa casa que había preparado para la artista y fué a ocupar un departamento cualquiera. Desde entonces no fué a otro sitio que a sus oficinas; no hizo otra cosa que trabajar. Nadie volvió a oírle una broma.

A decir verdad, Mauricio Ducasse nunca había mostrado aquella alegría familiar en Sonia, si bien tenía momentos efusivos, a lo que se agregaba cierta espontaneidad que le granjeaba simpatías súbitas. Después del divorcio, volvióse fosco, taciturno. Algunas arrugas comenzaron a surcar su frente y las sienes a cubrirse de blanco, de modo que parecía más cerca de los cuarenta que de los treinta y cinco años, que eran los que realmente tenía, y aún aparentaba menos de esa edad. Todo en él denotaba al hombre en quien la meditación ha sido substituída por un vacío espiritual.

Exteriormente daba la impresión de quien nada anhela ni por nada se conmueve. Sólo en su hogar interior, en lo recóndito de su ser, recordándole siempre, siempre, a la ausente: "¡Sonia, Sonia!..." Pero quizá eso se había desvanecido también, por pesimismo implacable que le hacía dudar de todo y de todos. En él ya no era posible el consuelo.

Los que antes fueron sus íntimos, decían que se había convertido en un carácter torvo, incomprensible. ¿Qué se le importaba de la chismografía social?... Así es cómo quería que pensaran de él. Indudablemente, habría podido casarse con cualquier otra, por brillante que fuera, pues era un excelente partido. Pero las mujeres ya no existían para él. Sólo una había existido, y ésta era Sonia...

LA SECRETARIA

Tal vez una sola persona se percataba de todo eso, y ésta era su secretaria. Anticipemos el dato que la causa de esta comprensión es que la joven le amaba.

María Bordoni, desde los diez y seis años, en que hizo su ingreso a la firma como simple mecanógrafa, alimentaba una gran pasión por este hombre, y siguió amándole en silencio cuando contrajo enlace con la "divette", esa fascinadora mujer por la cual toda la oficina sentía admiración. Nada importaba que la joven apenas si existía para él. María seguía amándole.

Solamente, cuando a los dos años de haber demostrado su idoneidad y dedicación al trabajo, Mauricio la eligió para secretaria, comenzaron para la joven los días bellos y brillantes. El rosal se juntaba al roble. Esa ocupación significaba que trabajaría a su lado, que podría hablarle en todo momento, rodearle de infinitos cuidados que, aun cuando pasaran inadvertidos para él, no por eso se prestaba con menos extasiada fruición.

Merced a su instinto de enamorada, pudo comprender como nadie, lo que pasaba en el ánimo de su patrón, por qué se encarcelaba en aquella torvedad glacial. En su ingenuidad amorosa, la joven temía la llegada de Pascua, pues por Pascua se había casado, y presentía que la fecha exacerbaría el recuerdo de sus amores frustrados. En los días de esa semana, iba colocando ramos de flores por todas partes, embalsamando el ambiente de la oficina con un perfume tenue, delicado...

Como él no hiciera observación alguna, María pensó que no lo habría advertido; pero en uno de esos días, cuando ya todo el personal de la oficina, excepto ellos dos, se había retirado, Mauricio levantó la cabeza de la pila de papeles que estaba examinando, y la contempló en silencio.

—Esas flores me recuerdan un paisaje ideal — dijo, — donde abundan los nardos y las violetas.

—¡Oh, yo nunca estuve en el campo! — observó ella. — Debe ser bellísimo.

—Sí... — Firmó algunas cartas en silencio y después añadió: — Tendría mucho gusto en llevarla a pasear por allí..., si es que la cosa le ha de agradar.

¿Puede ser feliz una mujer que se casa con un viudo o divorciado? ¿No tendrá que luchar con el recuerdo de la otra, que siempre se presentará en la mente de su marido para evocarle cómo era en todos sus turbadores detalles? ¿No se interpondrá entre los dos el espectro del pasado para amargarles la dicha del amor nuevo?

La secretaria quedóse atónita, cual si los cielos se abrieran a su vista.

— Por supuesto, si no tiene algo mejor en qué pasar las fiestas — oyó ella que le proponía.

Presurosa, contestó:

—¡Oh, no, no!... Nada tengo que hacer. Me gustaría a mí también... Es decir, si la cosa no ha de ser muy molesta para usted.

Él sonrió débilmente:

—Yo tampoco tengo nada proyectado, ni sé cómo pasar estos días. Será un acto de piedad de su parte si me dice que sí.

—Sí..., sí — repuso, contemplándole con mirada húmeda, brillante.

El hombre la miró, extrañado, y puede decirse que en ese instante la vió cual realmente era. Vió entonces a una joven de belleza tan perfecta, que un artista habría podido, sin faltar a la verdad del arte, coronar con su delicioso rostro el cuerpo de una Venus, de ojos azules, animados por la pasión.

Fué así cómo al día siguiente los dos fueron vagando, sin prisas ni escolta de nadie, por un prado que se derramaba dulcemente hacia el mar. De trecho en trecho se detenían, hundidos los pies en la tupida hierba, abandonados a esa sensación de los que se quieren sin habérselo confesado. Les sabía aquella soledad a fruto en plena sazón, azucarado y fragante.

A orillas de un arroyo, que canturreaba placenteramente, Mauricio oprimió entre las suyas una de las manos de la joven, que llevaba un manojo de violetas. La tibieza que de aquella mano fluía hízole sentir la voluptuosidad de la identificación. Inclinóse sobre ella y le preguntó anhelante:

— María..., ¿quieres ser mi esposa?

María nada dijo, nada pudo decir. Una dulce laxitud había invadido su voluntad..., y, por toda contestación, unió sus labios con los del amado que buscaban los suyos.

Entonces supo una cosa, una cosa que nunca se había atrevido a creer, y es que los más grandes milagros son los que suelen ocurrir.

SOMBRAS DEL PASADO

Se casaron en mayo y fueron a pasar la luna de miel a un "cottage" cercano al lugar en que se confesaron su amor.

— Me encanta que te guste el campo — dijo Mauricio. — Antes sentí frecuentes deseos de adquirir una quinta por estos alrededores, pero... — Se interrumpió meditabundo; había pensado agregar: — "Pero a Sonia no le gustaba el campo."

Su esposa le examinó inquisitiva:

— ¿Y por qué no la compraste?

— ¡Qué se yo! Por pereza, quizá — repuso evasivo. — Ya comprenderás que cuando uno ha de vivir en la ciudad...

Lo que había reservado en su pensamiento, lo presintió perfectamente María: ¡su primera esposa! Una casa de campo pugnaba contra sus actividades artísticas.

La joven sintió una inquietud inexplicable. Antes de su boda no le había preocupado lo del anterior casamiento, pero ahora que eran el uno del otro, la cosa presentaba otro aspecto. Todo ese deleite que ella gozaba por primera vez, Mauricio ya lo había sentido con otra..., con la otra, que seguía prendi-

do a su recuerdo. En vano trató de sobreponerse a esa inquietud.

Después de un corto silencio, María dijo:

— Parece que estos sitios ya te eran familiares...

— De pasada tan sólo — dijo él con descuido. — Algunos domingos solíamos venir Sonia y yo a pasear en automóvil, pero pronto volvíamos a la ciudad.

De la fronda, antes cálida y fragante, llegó hasta ella una brisa helada que le azotó el rostro. Presintió entonces que siempre ocurriría lo mismo; siempre habría entre ellos dos la sombra de su primera mujer, la presencia invisible, el espectro del pasado. Una serie de menudencias evocaba a cada instante la temible sombra... Una cigarrera con la inscripción "A Mauricio, de su Sonia"; un alfiler de corbata que María admiraba, y su explicación desplicente de: "Es linda, ¿verdad? La compramos en Niza, durante nuestro viaje de novios." Y así a cada instante...

A la vista de la cigarrera, María exclamó:

— Quisiera comprarte otra igual, pero con dedicatoria mía.

Mauricio sonrió:

— ¿Para qué?... ¡Son tantas las cosas que me hacen falta! — dijo sin haber comprendido.

María creyó advertir también que seguía pensando en Sonia, y que hasta la añoraba. En el fondo, creíase segura de que su esposo la quería, pero sin enamoramiento, sin pasión. Y en esto no le había mentido. El día que se le declaró no le había dicho que la amara. Se había dirigido a ella por simple convencimiento de su amor, y porque este amor era una defensa contra su opresora soledad. Pero esto no le hacía olvidar los años pasados junto a la primera mujer; esa mujer mucho más bella, más fascinadora, más elegante, más mundana, más ingeniosa que ella.

Pasóse la mano por la frente. Cuando un hombre ha amado a uno de esos astros teatrales, ¿puede, acaso, volverse hacia la lucecita, visible apenas, que no tiene la majestuosidad de las de allá arriba? ¿Cómo podía estar enamorado de ella, después de haberlo estado de la deslumbradora Sonia Berkeley?

María era crepúsculo y penumbra; Sonia resplandeciente de luz y encanto. María usaba ropas sencillas, de tonos grises; Sonia lucía vestidos espléndidos a la última moda. María sonreía; Sonia echaba la cabeza hacia atrás y estallaba en risa detonante, sin término. María era un huertecito a la luz de la luna; Sonia era un maravilloso prado inundado de sol...

LA SUBSTITUTA

María empezaba a comprender el porqué de su casamiento con Mauricio. Ella debía ser como una primavera que prodigara flores y hierbas sobre la losa de sus amores malogrados, cubriéndola, borrándola.

— Si se casó conmigo — se decía — fué porque buscaba una substituta, y, como substituta de la otra, debo reconocer que soy un lamentable fracaso. Luego, para serle de alguna utilidad, he de procurarle todo cuanto le ofreció la otra; de lo contrario, su segundo casamiento resultará un desastre como el primero.

Recordó entonces las visitas de Sonia a la oficina, cuando sólo era novia. ¡Con cuánto gusto y distinción vestía! ¡Qué maneras tan atrayentes y finas!... Ella debía hacer lo mismo: vestir con la misma finura y distinción, imitar sus poses, su peinado, sus perfumes. Importaba devolver a Mauricio la felicidad perdida, rendirle al mandato del diosecillo ciego, que hiere y encadena con las deleitosas armas de la seducción.



Estrechándola entre sus brazos, la condujo hacia una butaca, donde la hizo sentar y se arrodilló ante ella.

El primer paso para esto era hacer un estudio a fondo de la artista. Iría a verla al teatro en que actualmente trabajaba. El programa, seguramente, mencionaría el nombre de su modisto, y quizá también los del sombrerero, zapatero y los demás que suministraban los adminículos del ornamento femenino. Si preciso era, iría a ese teatro todas las matinées de la semana y de muchas semanas más, hasta llegar a descubrir las mañas más íntimas de la seductora. Y fué.

En su nueva comedia musical, Sonia llevaba "toilettes" llamativas, apropiadas al ambiente, y que la artista lucía con la desenvoltura de la mujer que sabe exhibir sus atractivos. Uno de esos trajes era blanco y rojo, con zapatos y gorro rojos, que hacían magnífico contraste con su cabellera negra, pues Sonia era de esas mujeres que no han querido sacrificar sus cabellos a la moda.

En la escena siguiente se ataviaba de negro y amarillo, que armonizaba igualmente con la índole del cuadro, y en la parte final exhibía una creación de terciopelo tornasolado, casi de cola, que delineaba sus formas y hacía resaltar su figura.

María suspiró, afligida, al pensar en aquel terrible blanco y rojo, y en el no menos temible negro y amarillo; pero como no se trataba de lo que le gustaba a ella, sino de lo que pudiera gustar a su marido, creyó llegado el momento de cambiar de estilo y empezar a parecerse, tanto como fuera posible, a la maravillosa Sonia.

Los primeros días se pasaron entre el teatro, el modisto y una "Maison d'Elegances". En esta "maison", una señorita ultrarrefinada, envuelta en un guardapolvo de seda blanco, le dilató las cejas, le esmaltó las uñas, le ondeó el cabello y ennegreció las pestañas, a tal punto que cuando salió de la "maison" y se miró al espejo, se quedó atónita: apenas se reconocía. Lo que deseaba, ni más ni menos.

Cierta mañana que salía de su casa en busca de Mauricio, con el que había de almorzar, púsose el tal vestido rojo y blanco que hacía volver la cabeza a cuantos encontraba al paso. De este modo, sembrando en todas partes la sensación, entró en el vestíbulo del restaurante donde debían encontrarse. Mauricio, al pronto, no la reconoció, aun cuando iba en derechura hacia él. Su primer pensamiento, al ver la figura roja, fué éste: "¡Bella toilette para una playa o para una escena teatral!" Luego, estupefacto, descubrió que la persona del pintoresco traje era su mujer.

Ella sonrió al verle incorporarse y comprobar que la escrutaba de pies a cabeza.

— ¿Te gusta? — preguntó ansiosa.

Esta ansiedad aumentó el desasosiego de Muricio:

— Me parece..., realmente maravilloso. A decir verdad, no te había imaginado nunca con un traje tan florido...

María sonrió feliz:

— Tal vez empiece a florecer..., si es tiempo todavía, — observó enigmática.

La vió él tan satisfecha de sí misma, que no se atrevió a confesarle lo que le parecía con aquel traje inconveniente; que la habría preferido de otro modo, con las ropas sencillas, de buen gusto, que generalmente usaba.

Lo mismo ocurrió durante la comida, en que ella se sentó a la mesa con un vestido de terciopelo tornasolado. Mauricio, en una crispación, sólo acertó a decir:

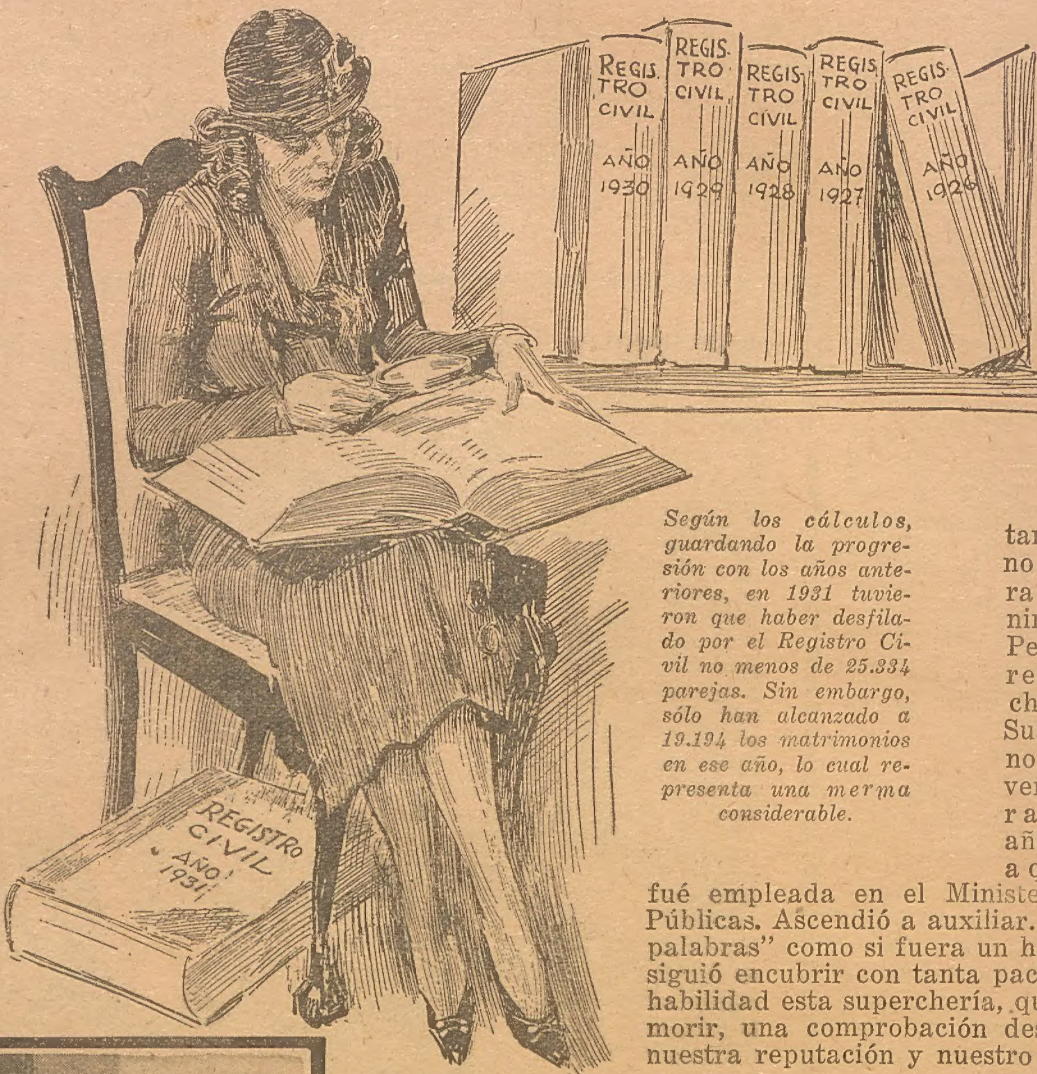
— ¡Cómo! ¿Otro vestido nuevo?

— Sí — repuso ella, entre juguetona y coqueta. — ¿No te parece que ya era tiempo?...

(Continúa en la pág. 38)

Si aquí está "el paraíso de las solteras",

En un reciente estudio hecho por el Departamento de Comercio de los Estados Unidos sobre la población mundial, se manifiesta que nuestro país es nada menos que "el paraíso de las solteras", porque la proporción de la población masculina es de 56.6 por ciento, la más elevada de cualquier otro país del mundo. Sin embargo, han mermado, según las estadísticas, los enlaces durante 1931 en una proporción realmente considerable. ¿Por qué razón, si éste es el paraíso de las solteras? Es que las mujeres, al libertarse de la tutela económica, se van librando, asimismo, de la espiritual y se alejan cada vez más del matrimonio. En esta nota de nuestro colaborador se demuestra esto, y, a la par, se nos ofrece el cuadro de muchos hogares en donde el hombre, aun a su pesar, es mantenido por su esposa y sus hijas por hallarse él cesante. La lucha por la vida casi favorece, hoy día, más a la mujer que al hombre, y ésta es otra de las poderosas razones por qué muchos jóvenes no se casan, ya que su situación económica es inferior a la de la mujer con quien quisieran formar un hogar.



Según los cálculos, guardando la progresión con los años anteriores, en 1931 tuvieron que haber desfilado por el Registro Civil no menos de 25.334 parejas. Sin embargo, sólo han alcanzado a 19.194 los matrimonios en ese año, lo cual representa una merma considerable.

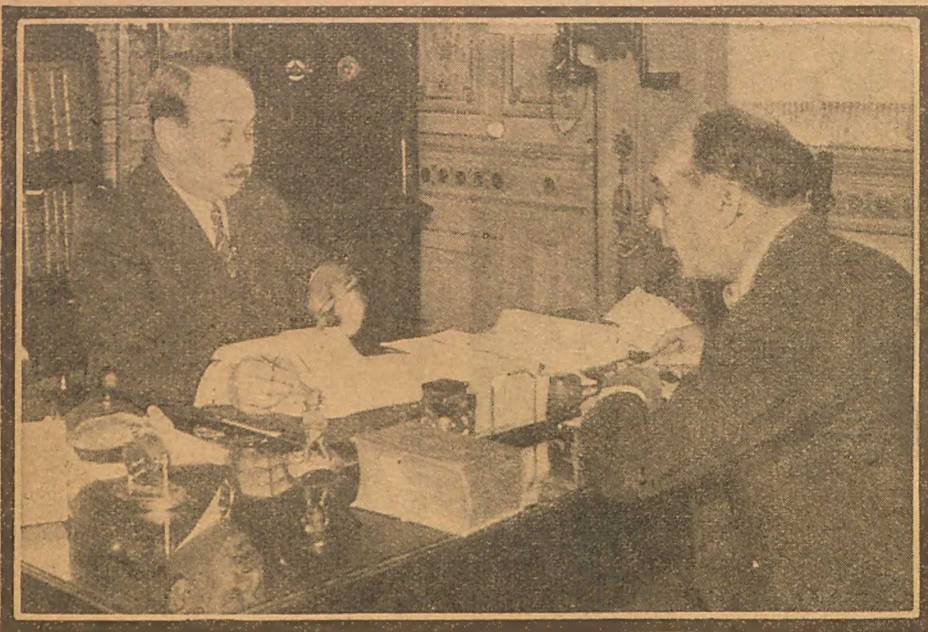
POLLERAS Y PANTALONES

CUANTO *daría por ser mujer!...*

— ¿Lo habéis oído?... Hace veinte años, ningún varón hubiera osado formular una confesión semejante. Estábamos orgullosos de ser lo que éramos. Dueños del mundo, sustentadores de la familia. En los hogares más acaudalados el nacimiento de un varón era una verdadera epifanía. Llevar pantalones constituía entonces un privilegio. Las madres se conformaban con una sola mujer para "adorno" de la casa.

—*Los varones vienen al mundo con el pan bajo el brazo. Es una gran ventaja...*

Era, en efecto, una gran ventaja. Una gran tranquilidad para los padres. A las mujeres había que cuidarlas como alhajas, bajo siete llaves. Además, era un lugar común que los hombres, de un modo o de otro, siempre se daban vuelta en este mundo. Las muchachas se lamentaban de su condición, pensando en la libertad de los varones, a quienes todo les estaba permitido. Y cuando llegaban los carnavales, se disfrazaban de hombres, con el traje del padre o del hermano. Esta revancha ingenua y conmovedoramente grotesca era la única que la sociedad le permitía una vez al año. La deserción era tan fugaz, que no entrañaba para los hombres ningún peligro. Pero un día apareció una muchacha—Raquel Suárez — que no quiso devolver el traje. Durante muchos años, mediante aquel disfraz, fué empleada en el Ministerio de Obras Públicas. Ascendió a auxiliar. Decía "malas palabras" como si fuera un hombre. Y consiguió encubrir con tanta paciencia y tanta habilidad esta superchería, que nos legó, al morir, una comprobación desoladora para nuestra reputación y nuestro orgullo.



El doctor Manuel Celesia, director del Registro Civil de la Capital, que aparece en esta foto con el autor de esta nota, opina que el matrimonio y la natalidad han decrecido a causa de factores económicos. Cuando la situación económica ha sido próspera, las cifras de matrimonios y natalidad fueron las más altas.

UN PRIVILEGIO QUE PASA DE MANO

Es que la pobre Raquel Suárez tuvo que luchar en la época en que todavía los pantalones significaban algún privilegio. Hoy no tendría razón de ser aquel iracundo sacrificio. El privilegio ha pasado de mano. Hoy es la mujer quien se abre camino en todas partes. La mujer invade con análoga desenvoltura las universidades y las oficinas públicas. Las casas de comercio emplean seis mujeres por cada varón. Nuestras esposas y nuestras hijas se han adueñado de casi todas las posibilidades de trabajo reservadas al hombre hasta hace pocos años. Es admirable esta fuerza de penetración.

Cuando llegó el señor Massone al Banco Municipal de Préstamos, designado con muy buen acuerdo por el Poder Ejecutivo para desempeñar la presidencia, manifestó el deseo de conocer al jefe de dirección de personal, una de las oficinas más delicadas y más complejas de aquella importante institución. El secretario se encargó de transmitir la orden. Y acudió, gentil y sonriente, una encantadora muchacha de veinte años. Confuso el señor Massone ante aquella aparición de radiante belleza, cuya presencia no se justificaba, averiguó:

—¿Y el jefe?



Muchas mujeres trabajan como maestras y sostienen su hogar con el producto de sus tareas. Independizada económicamente del hombre, la mujer moderna no siente, como la de antaño, la necesidad apremiante de casarse cuanto antes.

¿por qué disminuyen los casamientos?

Una nota de BENIGNO HERRERO ALMADA



Esta escena —¡el casamiento!— no se produce ahora en la progresión que se hizo en años anteriores, y no porque los jóvenes no deseen ser intérpretes de ella, sino porque diversos factores se oponen a su realización.

—El jefe soy yo, señor.

"¡El jefe soy yo, señor!..." Una muchacha que hubiera podido ser estrella en Hollywood...

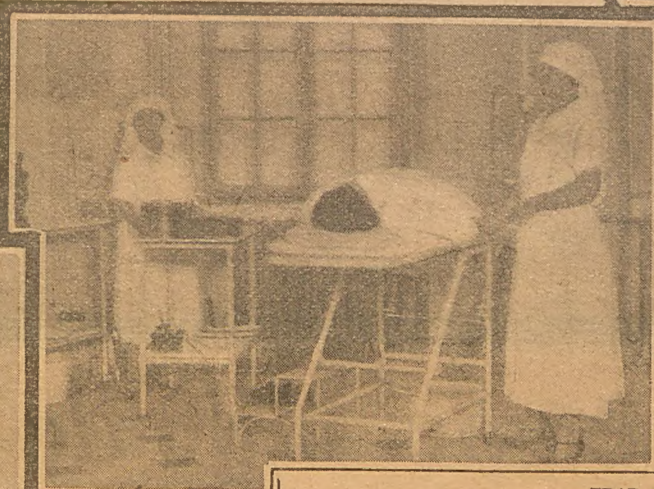
EL VERDADERO DRAMA

Esta competencia que le ha deparado a la mujer su liberación, ha generado, sin embargo, un drama.

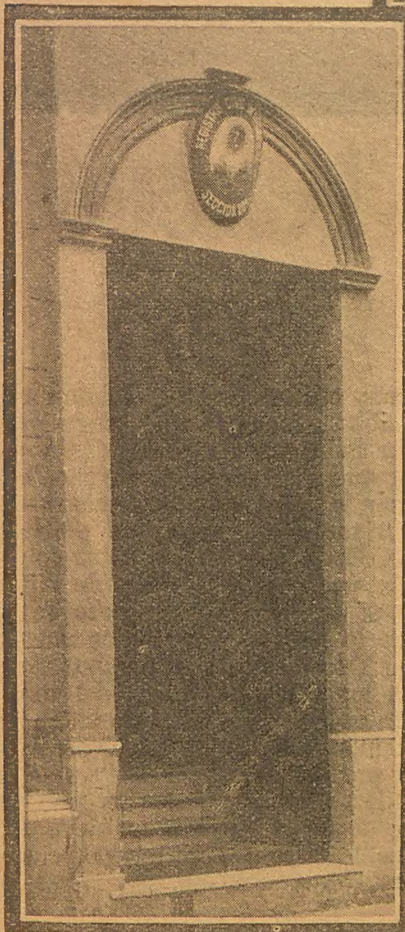
...Hace siete meses que estoy viviendo a expensas de mi esposa y de mi hija. Usted, que me conoce, sabe lo que esto significa para mi delicadeza. Las pobres hacen lo imposible por disimular mi situación. Estoy desesperado. Después de veinte años de ser yo el jefe de mi familia, ¿qué soy ahora?... Le confieso con un poco de monstruoso egoísmo que preferiría cualquier cosa a esta humillación de ayudar en los trabajos domésticos, porque para colmo ya no podíamos mantener la sirvienta. Mi esposa sale temprano para el colegio y mi hija no vuelve de la oficina hasta la noche. Además, yo consumo. Por poco que salga a la calle, a postular, se van los centavos. He pensado cien veces liquidarme, y otras tantas he retrocedido. Consígame aunque sea un puesto de cartero o de vigilante en la provincia. Quiero libertarme de esta humillación...

¡Pobre amigo mío!... De todos los tumbos de la suerte, éste es un tumbo trágico. Desde hacía cuatro años ganaba seiscientos pesos en los ferrocarriles del Estado, y quedó cesante. Yo, que he conocido su dignidad y su decoro, puedo medir la extensión de su drama. Y ¿cuántos hogares hay hoy día en Buenos Aires sustentados por el esfuerzo exclusivo de las mujeres?...

Se han invertido los papeles. La mujer encuentra trabajo con más facilidad que el hombre en las oficinas particulares, en las reparticiones del Estado, en las escuelas de la Nación. Los hombres que se desocupan tienen que valerse para reemplazarlas en las tareas domésticas. Ya que no aportan, que ayuden. Es la ley del Talión. Y no es fácil averiguar hasta dónde le conviene a la mujer este nuevo orden de cosas.



Hasta en el campo de la ciencia la mujer moderna ha penetrado con éxito, pues son muchas las que prestan grandes servicios como médicas u obstétricas.



Desierta, como se ve, permanece casi todo el día la puerta del Registro Civil, cuyo umbral no es transpuesto ahora por las parejas con la frecuencia de hace pocos años.

EL MATRIMONIO: ANTIGUA META



En las oficinas comerciales las mujeres son muy solicitadas y compiten hasta ventajosamente con el hombre como secretarias, taquígrafas, dactilógrafas, etc.

Hasta hace pocos años la mujer tenía un destino. Aprendía a coser y a tocar el piano, a bordar y a cocinar y a lavar. Cuando sabía un idioma, era un adorno más. Así realzaba la belleza sus encantos y se la preparaba para cumplir su destino en el matrimonio. La conquista de marido era una conquista ardua. Pero llegaba el día.

Ahora las mujeres se casan cada vez menos. Hay que apelar a las cifras. Hay que rendirse ante las conclusiones de la estadística. Tiene la palabra el director.

—El año 1900 la ciudad de Buenos Aires tenía 821 mil habitantes, y se efectuaron 6.496 matrimonios. Desde entonces esta cifra fué en aumento hasta el año 1912, durante el cual 14.065 parejas desfilaron por las oficinas del Registro Civil. La población había aumentado en 600 mil habitantes nada más. Quiere decir que a estos 600 mil habitantes de aumento correspondían 7.569 matrimonios. Si la progresión se hubiera mantenido, la cifra total de los enlaces verificados en 1931 no podría bajar de 25.334, pues la población ha aumentado hasta los dos millones trescientos mil habitantes. Sin embargo, mire usted qué por debajo estamos: "19.194 matrimonios"

Hay un déficit considerable. Como se ve, es un signo de los tiempos esta falta de vocación conyugal. Son 6.140 hogares que debieron constituirse y no se constituyeron. 6140 varones que han retrocedido ante el fantasma de la des-

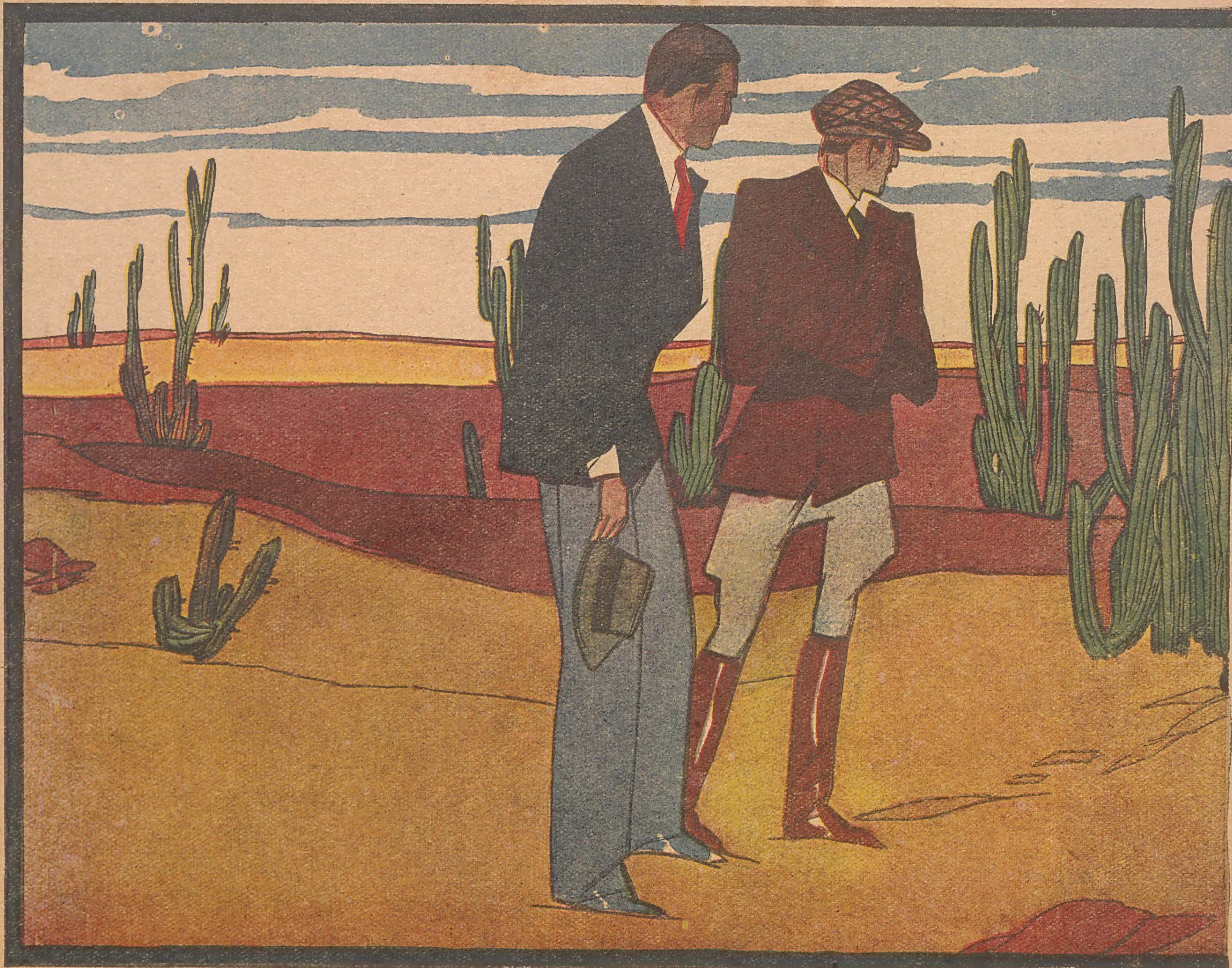
MATRIMONIOS POR EDAD

EDAD DE LAS MUJERES

EDAD DE LOS MARIDOS	Menos de 20 años	20 a 24 años	25 a 29 años	30 a 34 años	35 a 39 años	40 a 44 años	45 a 49 años	50 a 54 años	55 a 59 años	60 y más años	Edad desconocida	Total
					Junio de 1931							
Menos de 20 años	12	4	—	—	—	—	—	—	—	—	—	16
20 a 24 años	114	168	50	3	1	—	—	—	—	—	—	336
25 a 29 „	114	280	175	34	10	—	—	—	—	—	—	613
30 a 34 „	25	101	104	51	12	4	—	—	—	—	—	297
35 a 39 „	2	25	42	29	24	12	2	—	—	—	—	136
40 a 44 „	1	9	11	16	17	9	5	—	1	—	—	69
45 a 49 „	—	4	6	11	7	8	5	—	—	—	—	41
50 a 54 „	—	—	3	—	2	6	1	—	1	—	—	13
55 a 59 „	—	—	—	1	1	2	1	4	—	—	—	9
60 y más „	—	—	—	1	1	1	2	2	1	5	—	13
Edad desconocida	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Total	268	591	391	146	75	42	16	6	3	5	—	1.543

Como puede verse en esta estadística de casamientos correspondientes al mes de junio del año pasado, hay más mujeres que se casaron entre los veinte y los veinticuatro años que a otra edad. ¿Será la edad ideal?

(Continúa en la pág. 35)



La mujer-orquídea del lago de Texcoco

Novela corta de ALEJANDRO SUX

EL resorte diestro de la parte trasera se quebró.

Entonces, el señor Aranda, dijo:

—Vamos hasta la casa de Her Albert Forcht. Tal vez pueda proporcionarnos los medios para hacer una compostura improvisada. Inútil es buscar por otra parte; los domingos no permiten nada imprevisto. Hoy nadie tiene derecho de hacer otra cosa que descansar o divertirse. Lo que nos ocurre es la consecuencia de nuestro desacato a las leyes.

—Y a su excesiva confianza en esta marca de automóviles —agregué.

—Lo lamentable es que se nos ahoga la visita a los terrenos. Ya no saldremos de aquí hasta el anochecer. Usted sabe lo que son estas cosas... Entre pitos y flautas las horas se escabullen... ¡Y Her Forcht nos secuestra entre sus orquídeas!

—¿Quién es ese tipo?

—Un alemán, que además es sabio, viejo, enamorado, misterioso y maniático.

—¿Y las orquídeas?

—Su chifladura. Es coleccionador. Gasta su vida en eso. Pero... ¡qué colección! Ya a verá.

Dejamos el auto a la vera de la carretera de Texcoco.

—¿Está lejos su casa? —pregunté al señor Aranda, convencido de que en toda la extensión salitrosa no se veía habitación alguna.

—Un poco. Pero este camino es delicioso. ¿En la Argentina los hay tan buenos? ¿Y en Europa?

Efectivamente, dudo de que en parte alguna del globo haya carreteras como las de Méjico. Además, esta que conduce hasta la aldea de Texcoco, bordeando lo que fuera histórico lago, salitrera hoy, después de haber sido desecado artificialmente, pasa una película imaginaria por mis recuerdos, y me plazco en resucitar lo que sé de la novelesca y admirable vida de Netzahualcóyotl, rey de Texcoco, astrónomo, ingeniero, poeta, filósofo y guerrero azteca, a quien la leyenda y la historia atribuyen muchas magnificencias en el hacer y en el pensar.

Caminamos. El señor Aranda me dió explicaciones más amplias respecto del hombre que veríamos pronto.

—Es un ser extraño; casi loco —me dijo. —Veinte años en Méjico no lograron borrarle el acento teutón, pero en cambio come, bebe y vive a la manera nuestra. Pulque será lo primero que nos ofrezca; de las costumbres aztecas nos hablará siempre que tenga ocasión... Conoce la historia de nuestros antepasados mejor que muchos de nosotros. Pero su lado flaco son las orquídeas. De esas flores que me horrorizan sería capaz de platicar noches enteras. Estoy seguro de que su colección es la más completa y variada de América..., ¡tal vez del mundo! Sale poco de su rincón; cuando lo hace es para traer nuevos bulbos. Conoce Yucatán de cabo a rabo; tiene relaciones con los caciques mayas del territorio de Quintana Roo; ha recorrido todas las regiones tropicales de la república. Nadie sabe cuáles son sus medios de existencia, y aunque lleva vida modesta, *se siente* que su nombre debe ser conocido en los bancos. Le sirve una criada. A veces he visto una mujer, por cierto muy hermosa, ayudándole en sus tarea de horticultor.

Me contó algunas consejas extravagantes de Her Forcht que corren por la comarca... y llegamos.

La casa está al pie de un cerro. Es lo que llaman aquí un "jacalón" (1) de



Esa rara y maravillosa flor tropical, la orquídea, cuya variedad de especies y familias ha creado el tipo clásico del coleccionista obstinado y temerario que necesita aventurarse en regiones extrañas y peligrosas, proporciona el tema de esta cautivadora y emocionante novela. Es un drama fantástico, desarrollado al margen de la bellísima leyenda azteca de la diosa Xochitlquetzal, reina de las flores y de la primavera, la mujer maravillosa encarnada en una orquídea gigantesca por virtud de artes mágicas y de un tributo de sangre humana. El espeluznante drama se desarrolla en la región del lago legendario, donde un naturalista teutón, mezcla de sabio y de loco, vive y lleva a término hasta que el genio del mal interrumpe su labor, la obsesión de reproducir en nuestro siglo el prodigio de la orquídea prodigiosa que viviera en la leyenda de los tiempos lejanos.

"tepetate" (2) techado con placas de asbesto-cemento; levántase el invernáculo tras de la miserable construcción como inmensa ampolla verdácea. Ni jardín, ni huerta. El cerco es una sucesión compacta de "órganos" (3), esa curiosa variedad de nopal que semeja tubos; el terreno adyacente está invadido por mirasoles y magueyes enormes. Un perrolobo hace de portero, amarrado a un poste por descomunal cadena.

El animal nos anunció con ladridos furiosos.

Apareció una vieja india, recelosa, y se acercó con cautela a los cuatro palos unidos entre sí que hacen de tranquera.

—¿Está el patrón? — preguntó el señor Aranda.

—¿De parte de quién? — interrogó la vieja, maquinalmente.

— Aranda — respondió mi amigo.

Salió a recibirnos el dueño de casa.

Es hombre cincuentón, fornido, rojizo, con ojos de vidrio ordinario, nariz respingada, exagerada por un tabique nasal que se extiende hasta el labio superior. Paja seca en desorden por cabellera. Ni un pelo en la cara. Vestía pantalón de manta, como los indios, una camisa rayada anudada sobre el vientre y un cortísimo saco de pana color tabaco.

—¡Quí húbole! — exclamó a guisa de saludo. — Vaya milagro. ¡Adelante!

Nos presentó Aranda pormenorizando títulos y profesión, capacidades y gustos. Lo segundo le interesó y le agradó, e incontinenti pospuso a mi nombre un "profesor" pronunciado a la prusiana, que me agrandaba a mis propios oídos.

La pieza que cumple con su noble misión de salón y comedor, es pequeña y destartalada. Cuatro "equipales" (4), un viejo sillón hamaca y dos banquitos de ocote rodean la mesa larga y estrecha cubierta por mantel de hule floreado con mal gusto, en el centro del cual se levanta un gran vaso de Talavera de Puebla empenachado con numerosas orquídeas, multicolores y multiformes.

En uno de los "equipales" estaba una dama rubia, hermosa, en la plenitud de su belleza decorativa y provocante, vestida con elegancia y en actitud un poco teatral.

— La señora Bertha von Kröner — nos presentó.

Era de Bonn, la patria de Beethoven, y como le hablara con entusiasmo de un viaje por el Rin, de Maguncia a Colonia, la señora Kröner facilitó la formación de un ambiente cordial que nos puso muy a nuestro gusto.

No perdí oportunidad de elogiar las orquídeas que estaban a la vista, y enteré al señor Forcht de que conocía la existencia de su colección.

El efecto fué magnífico.

Her Forcht y frau von Kröner se pusieron en competencia para explicarnos las particularidades de cada especie, tribu o familia de esas flores, y poco después estábamos en el invernadero admirando las mil maravillas que guarda.

Voló el tiempo. Cuando nos dejó un momento de reposo, al final de sus largas y minuciosas explicaciones, deseamos conocer la hora. El reloj del señor Aranda marcaba las siete.

—¿Y nuestro coche?—preguntó mi amigo.

(1) Especie de rancho.
(2) Piedra natural porosa y deleznable.
(3) Familia de cacto que afecta formas de tubos.

(4) Silla rústica de origen indio con el asiento y el respaldar de cuero y el resto de mimbres.

No hubo nada que hacer para arreglar el desperfecto. Her Forcht no contaba con elementos adecuados para reparar el resorte roto, y debimos ir por el automóvil, llevarlo hasta el pacalón y dejarlo a la intemperie.

Nosotros no sabíamos cómo resolver el problema del retorno a Méjico.

—¿Y ahora? — preguntónos Frau von Kröner con acento extrañamente angustiado.

—La verdad..., no sabemos... — balbuceó el señor Aranda visiblemente molesto.

—¿No hay ninguna posada por aquí cerca? — inquirí.

Her Forcht sonrió.

—¡Estamos en un desierto! — exclamó la dama con tono casi jubiloso, mirando con rapidez al dueño de casa.

— Aquí se puede hacer lo que a uno se le antoje sin que nadie estorbe. Mi casa es un islote en este páramo — dijo Her Forcht subrayando cada palabra intencionadamente.

— En una legua a la redonda no hay alma viviente—terminó la señora.

Cayó un poco de silencio.

—¿No pasan camiones para Méjico? — interrumpí.

— El servicio termina a las seis, los domingos. El último vehículo pasó hace una hora. Tendrán que pernoctar aquí — dijo el alemán.

Mi intranquilidad debió ser visible. La del señor Aranda lo era patente en el movimiento rítmico de sus cejas enmarañadas y tupidas.

Quedó un instante preocupado, y de pronto preguntó con decisión:

—¿A cuántos kilómetros estamos de la ciudad?

— A unos veinte — afirmó Her Forcht;— imposible volver a pie. Una noche se pasa de cualquier manera.

— Siempre que no se tenga miedo... — dijo con ironía y riendo Frau von Kröner.

—¿Miedo?... ¿De qué?... — pregunté, por decir algo.

—¡Oh, de nada!... ¡Pero los señores suelen ser más miedosos que las señoras! — exclamó la rubia dama con sorna.

Yo hubiera dado cualquier cosa por hallarme muy lejos de allí. Presentí, olfateé un peligro, o tal vez, algo peor. El señor Aranda sacó un cigarrillo maquinalmente, lo encendió y empezó a chuparlo con frenesí.

Her Forcht fué al cuarto contiguo diciendo:

— Como no hay más remedi, vamos a poner alegría en las cabezas.

Y volvió con un barrilito de pulque.

— Es de la hacienda de Hueyapán — nos dijo, llenando grandes vasos con el lechoso y nauseabundo licor de maguey. — No lo beben mejor junto al tinacal (5).

Hice de tripas corazón y bebí como los demás.

En el comedor nos acomodaron dos camas hechas con tres petates (6) superpuestos y una manta como toda frazada.

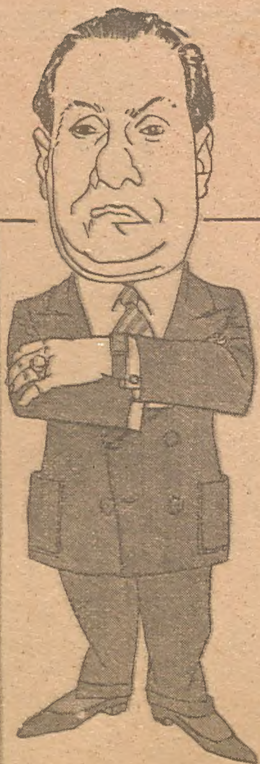
Al despedirse nos dejaron un cabo de bujía pegado con su misma estearina en el fondo de un vaso.

Naturalmente, apenas pude entornar los ojos. Al señor Aranda le pasaba lo propio, pues le oía moverse a cada instante, toser, suspirar...

Yo no lograba borrar de mi memoria el asunto de la conversación que mató dos largas horas de sobremesa. Her Forcht habló de sus orquídeas, como era fatal que sucediese, pero también habló del lago de Texcoco, de las ruinas de la antigua capital del reino de Netzagualcóyotl, aun visibles, de las ceremonias sangrientas, de las guerras entre señores para proveer de corazones palpitantes a los altares de los dioses, y, sobre todo, de la orquídea de la diosa Xochitlquetzal, especie de Venus azteca simbolizada por flores. La historia de esa flor monstruosa, que Her Forcht pretende haber conocido de labios de un herbolario indígena, descendiente del príncipe poeta, me preocupaba y me inquietaba más que todo. Sus palabras últimas se me habían grabado, y mentalmente, a pesar mío, las repetía: "Soy el único en poseer un bulbo de esa orquídea sobrenatural, y cuento con TODOS los elementos para lograr que florezca". Esa manera de pronunciar la palabra TODOS, dándole una importancia primordial, vistiéndola con galas de intención, adornándola con penachos de orgullo, me daba escalofríos de terror.

Porque la historia de esa flor nacida en los pantanos, prolongación del lago, es ésta, en cuatro palabras:

Un sacerdote, sabio, paciente, admirador de su señor y devoto de la diosa Xochitlquetzal, quiso ofrecerle una flor viva que la encarnara. Para ello cultivó las más bellas orquídeas que se daban en los pantanos de Texcoco, y durante años estuvo haciendo experiencias misteriosas, hasta que un día logró una flor cuyo carpelo afectaba las formas perfectas de una mujer. Después, se supo que había podido crear una verdadera Xochitlquetzal, una flor diosa, o una orquídea mujer, sin jamás desprenderla del bulbo, sin poder nunca hacerla evolucionar hasta convertirla en ser humano. El viejo herbolario que contó esta historia a Forcht, le confió el secreto del sacerdote azteca, le consiguió un bulbo, de los mismos que sirvieron para alcanzar lo que alcanzara, y le explicó cómo debía proceder para que la flor mujer llegara a ser mujer completa. Y Her Forcht había exclamado al final de esta ex-



ALEJANDRO SUX

AUTOR *de la* NOVELA CORTA *que se* PUBLICA *en este* NUMERO

La MUJER-ORQUIDEA *del* LAGO *de* TEXCOCO,

hace para los lectores de *Mundo Argentino* *su* AUTOBIOGRAFIA

Aunque diccionarios y biógrafos no estén de acuerdo respecto del lugar de mi nacimiento — unos dicen Madrid, otros Montevideo, otros Méjico, otros París, — lancé mi primera protesta en la ciudad de Buenos Aires, calle Independencia y Jujuy, a las cuatro de la mañana de un 9 de agosto de no sé qué año, puesto que me regalan, indistintamente, de a cuatro a doce lustros de edad. Según leyendas familiares, desciendo, en línea sinuosa, de piratas normandos o marinos bretones; entre mis ascendientes paternos próximos cuéntanse varios héroes de la Independencia y del Paraguay que todavía pesan sobre el angustiado presupuesto nacional en las personas de tías y primas; unas, viudas desconsoladas, y otras, fiambres para el matrimonio. El origen de mi familia materna está aún en discusión: hay quien asegura que la rama arranca del cacique Namum-Curá, y quien se empeña en hacerla nacer de un gentilhombre napolitano, aventurero, trotamundos y alegre, fundador de la primera empresa de transportes en la república. Soy, pues, lo más argentino que es posible ser. En Morón (F. C. O.) hice mis primeros estudios. Pascuala Cueto, directora del colegio oficial, alentó mis vagidos literarios haciendo representar dos obritas de teatro que escribiera para las fiestas de fin de año. Mi segunda producción fué un poema de dos mil quintetos dedicado a una chica del barrio que es hoy una buena madre de familia. El poema no se publicó nunca, y, mejor aún, jamás llegó a manos de ella. En 1906 era anarquista militante. Escribí en "La Protesta" una serie de crónicas románticas que titulaba "Mis Domingos"; ellas me acarrearon un amor y varias prisiones. Después dirigí "Germen", revista que se publicó durante seis años. Emigré a Mendoza y allí Civit me encarceló de miedo. Cuando recobré mi libertad fundé "La Ilustración Andina" y un colegio moderno. Ambos duraron un año. Volví a Buenos Aires; conocí a Ernesto Herrera y nos fuimos a Europa. En Barcelona me vi mezclado en la asonada de la semana trágica de 1909; me condenaron a muerte; logré huir a Francia. En París me defendí del hambre y del frío durante dos años, como me fué posible. Con Rubén Darío fundé "Mundial Magazine"; solo, "Ariel". Estalló la guerra europea; "La Prensa" me nombró su corresponsal especial en los frentes aliados, y en combates y batallas, terrestres, marítimas, submarinas y aéreas, la Muerte me respetó. Casi no hay carretera europea que no me haya visto, ni ruta marítima que no me conozca.

En 1925 dejé el Viejo Mundo por el Nuevo; llevaba una gran esperanza y un amor mayor. Con tal tesoro desembarqué en Méjico. Iba por tres meses y me quedé seis años. Allí fundé un periódico: "La Batalla", una compañía de transportes marítimos — ¡sangre del trotamundos napolitano!, — una empresa de espectáculos y otra de explotación petrolera. Ahora llego de las sierras aztecas, haciendo una curva para refrescarme en las aguas del Sena.

¿Libros? "De mi yunque", "Cantos de Rebelión" y "Todos los Pecados" (versos); "Cosas del Mundo", "Bohemia Revolucionaria", "Amor y Libertad", "El asesino Sentimental", "Cuentos de América" (novelas); "La Juventud Intelectual de la América Hispana", "Del Reino de Bambalinas" (crítica); "Lo que se ignora de la Guerra", "Curiosidades de la Guerra", "Los Voluntarios de la Libertad" (crónicas); etc., etc. Algunos de estos libros se han traducido a idiomas extranjeros; una curiosidad: "Todos los Pecados" fué publicado en Calcuta, traducido al industán por el hermano de Rabindranath Tagore.

Como periodista he colaborado en: "La Prensa" de Buenos Aires, de Nueva York y de Lima; en "La Nación" de Santiago de Chile, en "El Mundo" de la Habana, en "El Universal" y "Excelsior" de Méjico, en "El Norte" y "El Diario" de Bolivia, en "El Universal" de Caracas, en "El Tiempo" de Bogotá, en "El Télegrafo" de Guayaquil, en "El Pueblo" de Barcelona, en "El Liberal" de Madrid, en "L'Illustration", "Comoedia", "Le Figaro", "La Revue Contemporaine", "Monde", etc., etc., de París; en "L'Ambrosiano" de Milán, en el "Berliner Tageblatt" de Berlín, en "La Tribune de Génève" de Ginebra, en el "Pravda" de Moscú, en "The Times" de Londres, en "The New York Herald", en "Pictorial Review", en "The Nation", etc., de Nueva York, en "Saigon Republicain" de Saigon (Indochina), etc., etc. Y en las principales revistas ilustradas del mundo.

(5) Lugar de las haciendas donde se elabora el pulque.
(6) Esteras.

travagante revelación: "¡Es una experiencia terrible y magnífica!"

Esa historia fué asociándose en mi cabeza a frases del alemán y de su bella cuanto inquietante compatriota. "Aquí se puede hacer lo que a uno se le antoje sin que nadie estorbe", que dijo él; "Siempre que no se tenga miedo", que dijo ella...

El señor Aranda debía estarse haciendo preguntas sin respuestas, porque de pronto, pegando su boca a mi oreja, me preguntó:

— ¿Qué piensa de todo esto?

Iba a contestarle, cuando oímos un quejido prolongado. Enmudecí.

A los pocos instantes se abrió la puerta que comunicaba con el comedor, y Her Forcht apareció en el umbral armado de una pistola y Frau von Kröner teniendo en alto una lámpara eléctrica portátil. Ella nos echó el haz de luz a la cara, uno después del otro, dijo no sé qué en su idioma y se retiraron.

Después oímos de nuevo el mismo quejido, pero más agudo y más lejano, como si saliera del invernáculo.

— ¿Qué es esto? — preguntó el señor Aranda, alarmado.

—¡Pues si usted no lo sabe, que es su amigo!... — le repliqué notoriamente disgustado.

— Y lo peor es que ninguno de los dos estamos armados — continuó diciendo sin hacer caso de mí.

—Este individuo está loco..., ¡y quién sabe lo que intenta!—dije.

— ¿Qué vino hacer con esa pistola? Yo me hice el dormido — siguió monologando Aranda — porque tal vez... Bueno..., ¿y ese quejido? A mí me pareció de mujer.

— ¡En lindo lío me ha metido usted con estos alemanes! — protesté, sin contestarle.

— ¿Y tendrá algo que ver todo esto con su maldita orquídea de Xochitlquetzal?

...Y así hasta que amaneció. Los ruidos de la carretera nos aportaron un poco de paz; la luz de la madrugada un alivio espiritual... Y nos dormimos.

Desayunamos los cuatro opíparamente. Frau von Kröner y Her Forcht estaban encantadores.

No se hizo ni la más ligerísima mención de lo que hubiera podido ocurrir aquella noche.

Yo noté algo nuevo en la expresión de la dama. Parecía ocultar una angustia; hasta disfrazarla con excesivas risas. También debió notarlo Her Forcht, porque varias veces la miró con extrañeza.

Arreglamos nuestro coche con ayuda de algunos camioneros y entramos a Méjico.

Naturalmente que durante el trayecto, tanto el señor Aranda como yo agotamos las conjeturas, y pusimos más de un par de alas a nuestra imaginación para explicarnos algo de lo sucedido.

Olvidaba decir que cada uno de nosotros había sido agraciado con un opulento ramo de orquídeas extravagantemente magníficas, y que el elogio desbordante que ellas merecieron cuando fueron expuestas ante los ojos de los amigos, nos borronearon la mala impresión que nos dejaran Frau von Kröner y Her Forcht.

Quince días después de esta aventura, ni el señor Aranda ni yo pensábamos en alta voz respecto de la noche de Texcoco. Digo así porque, aunque nada nos decíamos, estoy seguro de que, como yo pensaba para mis adentros, lo mismo haría mi amigo. Por lo que a mí atañe, confieso que las orquídeas del alemán, la dama hermosa y rubia que le hacía tan poco explicable y decente compañía, la criada, el jacalón y el perro, tramaban variadas pesadillas para mis noches de sueño o llenaban el vacío de mis insomnios con insistente frecuencia.

¿Para qué contar las extravagantes sospechas que todo ello creó en mi cabeza? Lo que relato en seguida basta y sobra para satisfacer la curiosidad de los que esto lean.

La mañana del 22 de noviembre — lo recuerdo perfectamente porque debí ser testigo de una boda — me levanté más temprano que de costumbre, y mientras la criada preparaba mi baño eché una ojeada al periódico que cotidianamente penetra a mi habitación por debajo de la puerta.

La segunda sección de los periódicos mejicanos está dedicada casi exclusivamente al escándalo y al crimen sensacional, para dar gusto a una buena parte de sus lectores. Empalagado por el sensacionalismo de estas páginas, las abandono al pie del lecho para que sirva de merienda intelectual a la servidumbre. Esa mañana, con más razón que las otras, arrojé la segunda sección y conservé la primera para enterarme de lo más notable que ocurre en este planeta. Hice mi tocado en la sala de baño, me vestí, y a la calle salía para representar mi papel de testigo matrimonial, cuando me llamaron al teléfono.

Era el señor Aranda que me hablaba desde su casa particular.

— ¿Ha leído usted la noticia? — me preguntaba.

— ¿Cuál noticia? ¿En dónde? — le pregunté a mi vez.

— ¡Todos los periódicos de la mañana la dan! Léala de cabo a rabo... En la segunda sección... El alemán Forcht... Frau von Kröner... ¡Las orquídeas!...

Y no hablamos más. Corrí a mi pieza, recogí del suelo la segunda sección de mi periódico, y leí textualmente:

Un crimen misterioso y espeluznante en las soledades de Texcoco. Un horticultor alemán asesina a una noble y hermosísima dama. Una orquídea gigantesca y monstruosa. ¿Es un loco el criminal? Sangre y magia negra.

(Continúa en la pág. 15)

Las peripecias de PANCHO y PANCHITO



—Te la cambio por un cacho de bananas... Hacés negocio... Te juro que es la última que usó Carlés en París...

LAS LLAVES DEL EXITO

LA IRA ES MALA CONSEJERA

La cólera, la ira, son indudablemente, no sólo malas consejeras, según lo quiere la sabiduría popular, sino defectos de capital importancia en el conjunto de cualidades armónicas que contribuyen a formar el carácter humano, y lo son a tal extremo, que es casi seguro que su existencia anula o inutiliza todo esfuerzo.

La cólera, pues, es una enemiga del éxito. Los más grandes hombres se han caracterizado por su tranquilidad, por su serena actitud frente a la vida, por su desprecio de las miserias y pequeñeces que ella entraña y por el hecho de no haberse dejado arrastrar jamás por la cólera. Un incidente ocurrido hace años en que actuó el general Bartolomé Mitre, prueba el dominio que sobre sí mismo y sus sentimientos tenía aquel ilustre patricio

Contigua a la redacción del diario "La Nación", se halla la casa que habitó el general hasta su fallecimiento y que le fuera regalada por subscripción pública.

Cierta noche de invierno un grupo de jóvenes repórteres se entretenía en practicar una especie de esgrima mosquetera, tal vez como un medio de combatir los rigores de la temperatura. Uno de ellos, más Juan Moreira o más diestro que los otros, se había ubicado en lo alto de una escalera y se defendía contra el ataque de una media docena que lo asediaban bravamente, tratando de desalojarlo. Todos ellos estaban armados de palos que hacían de hojas toledanas. Probablemente aquellos jóvenes se sentían soldados del señor Treville, los cuales, según lo asegura Dumas, se entretenían en el pasatiempo indicado, pero empuñando armas de verdad.

En cierto momento los asaltantes amenguaron las embestidas descubiertas, y, cambiando de táctica, resolvieron proceder por sorpresa. Para ello se quedaban quietos, y tras un rato de silencio ascendían los escalones, procurando no hacer ruido alguno, pero el de arriba se mantenía siempre alerta y emboscado. Así oyó pasos que se acercaban, y preparando su arma, esperó. Apenas distinguió una silueta que se adelantaba, avanzó y le lanzó un formidable mandoble a la cabeza... ¡Es de imaginarse la sorpresa y consternación del joven periodista, al percatarse de que el enemigo a quien acababa de alcanzar era... el general Mitre!... Felizmente el golpe no había sido bien dirigido y apenas tocó fuertemente el ala del amplio chambergo del prócer.

Mitre, dándose cuenta de lo que ocurría, se arregló el sombrero, miró al joven, y al constatar su apuro, lo tranquilizó, diciéndole:

—¡Buenas noches!... — Y siguió su camino como si nada hubiera ocurrido.

Es fama que sólo una vez perdió la compostura, Mitre. Fué pocos años antes de su muerte. Sobre uno de sus escritorios tenía la pluma con que se firmaran los pactos con Chile en 1902, que le fuera obsequiada por su eficaz intervención en el difícil pleito de límites a que se puso término en aquel año. Un día notó el general que aquella pluma no estaba en su sitio habitual y la buscó por toda la biblioteca. Todos los empleados y los servidores se entregaron a la busca, pero transcurrido algún tiempo y sin que apareciera por ningún lado, fué menester convencerse de que se había extraviado, o más claro aún, que debía haberla substraído alguno de los numerosos visitantes que tenían libre acceso a la biblioteca.

Fué tan violenta la contrariedad que experimentó el general, que recorrió toda la casa, y apoderándose de las lapiceras que encontraba, las arrojaba al suelo y las pisoteaba. ¡Sin embargo, no hacía mucho que un mucamo le robara una regular cantidad de monedas valiosas sin que él se preocupara mayormente del asunto!

El profesor Stratton ha estudiado la cólera como expresión del carácter humano y da los siguientes consejos para dominarla.

—Primero. — Ahorre su cólera. Es su fuerza de reserva para casos de emergencia. Recurrir a ella significa que la ocasión es demasiado grande para ser afrontada con las facultades ordinarias. Molestarse por pequeñeces es perder el tiempo.

Segundo. — Espere y prepárese contra explosiones violentas de ira cuando se sienta cansado, hambriento, deprimido o envejeciendo. Recuerde lo que ha visto en otros, y, sobre todo, en los niños. La ira engendra lamentables disgustos familiares. Por eso hay que saberse dominar. La suavidad de modales y la atmósfera serena del hogar desarman al iracundo. A los que se violentan con facilidad se les da el consejo de contar hasta diez antes de hablar. La palabra dura que se deja escapar provoca la ira.

Tercero. — Enójese lo estrictamente necesario para lo que el caso lo requiera, y cuando haya terminado, olvide todo lo que hubo.

Cuarto. — Sólo en un caso se justifica la cólera: cuando tiene por causal el mal que se ha hecho a otros, pero es menester procurar que sea absolutamente justa y honrada.

Quinto. — Recuerde que su ira provoca también la de los demás. La cólera acepta riesgos y separa; su resultado es el rompimiento de fieles amistades. El hábito de la justicia y simpatía produce la calma, el raciocinio y una atmósfera poco propicia a los estallidos de la ira.

Este códice de la cólera se refiere al fuero privado, que es para la mayoría de las personas el problema más vasto y práctico. La ira es una molestia en privado y una amenaza en público. Puede ser utilizada cuando se le pone diques. Para ello se combinarán la buena voluntad, el raciocinio y la vigilancia permanente que es el precio de la seguridad.

Indica Stratton que si llevamos anotaciones diarias de nuestros arrebatos de ira, nos sentiremos tan avergonzados o divertidos con el espectáculo de los arranques tempestuosos e injustificados a que cedemos con harta frecuencia, que no tardaremos en suprimirlos tal vez totalmente.

La ira es una emoción que consume y se presenta con la rapidez del rayo. Produce el odio y la inquina, dos pasiones inferiores. Es necesario que nos acostumbremos a no dejarnos llevar de la ira, para evitar cometer injusticias y actos de los que luego tendríamos que arrepentirnos.

FIN

INDICACIONES PRACTICAS *para* *el* ARREGLO *de los* OJOS

EL EMPLEO DE LAS PESTAÑAS POSTIZAS, DEL SOMBREADO DE LOS OJOS Y DE LAS PINZAS PARA DAR A LAS CEJAS UNA LINEA ATRAYENTE



Una novedad muy práctica es esta paleta con tres tonos de sombras para los ojos. Se pueden combinar los distintos colores para conseguir el tono que más sienta al cutis individual.

Antes de colocar las pestañas postizas, empape un pedazo de algodón en hamamelis y páselo suavemente por los párpados.

El uso del espejo de aumento facilita mucho la tarea de aplicar las pestañas postizas.

Se debiera usar el lápiz para las cejas que mejor combine con el colorido natural del cabello, para terminar la línea de las cejas después que se hayan depilado.

Después de aplicar el líquido (que se hace especialmente para usar sobre las cejas antes de depilarlas), los pelos superfluos se pueden remover con facilidad.

EL retoque de los ojos para hacerlos más hermosos es un arte que progresa constantemente. Un arte en que toda mujer debiera perfeccionarse, si es posible hacer más bellos los ojos con el uso hábil de cosméticos, no importa cuán hermosos sean en su estado natural.

En el artículo de hoy comentaremos sobre tres productos especiales para embellecer los ojos, accesorios que son mucho más nuevos de los que hasta ahora han estado en uso, aunque quizá esta no sea la primera vez que los habéis oído nombrar.

La depilación de cejas con pinzas es bajo todo punto de vista preferible a darles la forma deseada afeitándolas. Los pelos que han sido sacados con pinzas no crecen con tanta rapidez como cuando se corta el pelo en la superficie de la piel. Además, el sacar un pelo a la vez nos brinda una mejor oportunidad para darles a las cejas la forma deseada, sin el peligro de echar a perder la línea como suele suceder cuando se emplea una navaja o tijera.

Aquellas de ustedes que están acostumbradas a depilarse las cejas, son inmunes al pequeño dolor que produce. Sin embargo, si se desea eliminar esa pequeña molestia, hay una preparación especial para ese propósito que venden las casas de belleza y que sirve como un anestésico local suave que adormece por varios minutos el área de la ceja. Es un producto completamente inofensivo y de mucha conveniencia, que utilizan la mayoría de las peluquerías, y no hay ninguna razón por la cual no pueda ser empleada en la casa con la misma seguridad y buen resultado.

Habiendo suprimido el dolor, no hay ninguna disculpa para cejas desarregladas.

Otro accesorio importante, además de las pinzas, es el espejo de aumento, que facilita la tarea de dar forma a las cejas. Por supuesto, que no me canso de recalcar la importancia de este accesorio, como lo he hecho en otros artículos.

Los espejos de aumento pueden ser empleados para tantos usos de belleza, que muy pronto llegan a ser indispensables para aquellas mujeres que los usan. Además de revelar pelos en la línea de la ceja que hubiesen pasado desapercibidos durante uno o dos días más, revelan la primera inclinación a muchos otros defectos del cutis.

Sin un espejo de aumento es casi imposible colocar las pestañas postizas

(Continúa en la pág. 49)

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

LA MUJER-ORQUIDEA del LAGO de TEXCOCO

(Continuación de la pág. 11)

Un herbolario y la diosa Xochitlquetzal. Otro cadáver de mujer en el invernáculo del profesor Her Forcht. ¡Sensacionales revelaciones!

Y luego la crónica del repórter, en la cual se describía con pelos y señales la postura del cadáver, el lugar del crimen, la biografía enrevesada del criminal, etc.

De toda esa prosa reporteril saqué en limpio:

1º Que Her Forcht había apuñaleado a Frau von Kröner por la espalda, durante la noche del 20 al 21, en el invernadero.

2º Que Frau von Kröner estaba aún con vida cuando unos arrieros que pasaban por la carretera acudieron al oír ayes en el jacalón del horticultor alemán.

3º Que Frau von Kröner pudo hablar antes de morir, pero que sus palabras, alemanas posiblemente, resultaron ininteligibles, como es natural, para los indígenas que fueron en su auxilio.

4º Que la policía había descubierto un cadáver de mujer escondido en un rincón del invernáculo; de una mujer SIN UNA GOTA DE SANGRE EN LAS VENAS y extremadamente flaca.

5º Que las mismas autoridades hallaron una gigantesca orquídea materialmente despedazada con arma cortante, y en el mismo sitio un gran charco de sangre.

6º Que el asesino había desaparecido.

7º Que un herbolario había confesado espontáneamente, y hecho revelaciones sensacionales respecto de las actividades hortícolas de Her Forcht, en las que era cuestión de las orquídeas del rey Netzahualcóyotl y de la diosa Xochitlquetzal.

Apenas terminé de firmar el acta de matrimonio en mi calidad de testigo, corrí a la oficina del señor Aranda.

—¡Qué le parece! — exclamó a guisa de saludo, al verme.

—¡Incomprensible y monstruoso!— exclamé.

— ¿Qué hacemos? ¿Hablamos?

—¡Ni una palabra!... ¡Dios nos libre de tener que hacer con la justicia!

— Sin embargo..., nuestro deber...

— ¿Usted se imagina lo que nos pasaría si abriéramos la boca? ¿Usted no ha pensado en los repórteres, en los diarios, en los fotógrafos, en las idas y venidas, en las complicaciones que nuestra historia podría acarrearnos?

— Sí, sí..., es cierto... Pero si relatáramos lo que vimos y oímos aquella noche...

— Pero es que los jueces no se conforman con relatos... ¡Y los abogados, menos! Piense un rato en los careos, en las contradicciones inconscientes, en las intrigas de la defensa y el fiscal... ¡Sería nuestra ruina!

Los periódicos de la tarde, que no cuentan con primera sección como los de la mañana, estaban dedicados únicamente al misterioso crimen de Texcoco. Cada uno daba su versión y todos juntos embrollaban el asunto de lo lindo.

Al anochecer empezaron a vocear un "extra" del "Gráfico".

Sobre el título del periódico campeaba en negras y enormes letras la noticia sensacional:

"EL ASESINO DE LA BELLA ALEMANA SE HA ENTREGADO A LA POLICIA."

Efectivamente, Her Albert Forcht se había presentado a las autoridades confesando tranquilamente ser el autor del asesinato de su compatriota y amiga Frau von Kröner, pero negándose a decir una palabra más.

Diez días después, cuando la opinión pública estaba acaparada por las aventuras de un general revolucionario, el señor Aranda y yo obtuvimos permiso para visitar a Her Forcht en la prisión de Belén.

Her Forcht había logrado alojarse en el departamento de "distinguidos"; cuando llegamos jugaba al ajedrez, muy tranquilamente, con un potentado petrolero acusado de estafa. Nos reconoció inmediatamente.

Hízonos señas de esperar un instante para mover un peón sobre el tablero, y una vez realizada la estratégica operación, colocó en su sitio a otro procesado que estaba de mirón detrás suyo, y vino hacia nosotros con las manos extendidas en actitud afectuosa, sonrientes los labios y erguida la cabeza.

En seguida adivinó el alemán a lo que íbamos, y cuando comprendió que el prólogo de banalidades era lo bastante largo, dijo con calma sorprendente:

— Voy a contarles lo que ha pasado.

Tanto el señor Aranda como yo intentamos un gesto de protesta desinteresada, pero Her Forcht sonrió, y mirándonos con malicia, dijo:

— El hombre es tan curioso como la mujer..., ¡tal vez más! ¡Si lo sabré yo! Aquí estoy por eso. Lo que ha sucedido es un drama de la curiosidad!... Si no hubiese querido saber... ¡Pero es tan hermoso saber!

Miró las baldosas un instante. Nosotros nos observamos, perplejos.

— Comprendo — continuó, alzando la vista; — ustedes también quieren saber. Lo he dicho todo a periodistas y abogados; los primeros transformaron mi relato en atroz ensalada de disparates; los segundos no quieren creer una palabra. Pero hay terceros: los médicos alienistas. Estos señores se empeñan en considerarme loco. Mi defensor me aconseja acentuar la nota en el sentido de los periodistas para embrollar el asunto y salvarme del paredón y del pelotón. A ustedes les diré lo mismo... ¡Ojalá lleguen a comprenderme!

Y acomodándose en su asiento, empezó:

— ¿Conocen ustedes la historia de Netzahualcóyotl, rey de Texcoco?

— Algo — respondí.

— ¿Saben quién era la diosa Xochitlquetzal?

— Un personaje de la mitología azteca — respondió el señor Aranda.

— La Venus azteca, diosa de la belleza, hermana de las flores, dispensadora de las buenas cosechas y madre de la primavera — explicó el germano.

Me sentí humillado y temí la prolongación del interrogatorio al que nos sometía.

Pero Her Forcht continuó:

— ¿Han leído algo serio respecto de la magia negra?

Nosotros cambiamos una mirada elocuente. El preso la sorprendió, y con tono bonachón cambió el tema, diciéndonos:

—¡Ah, no! Si ustedes me creen loco, como los médicos... ¿Para qué? Si hablo ahora es con la esperanza de ser comprendido, aunque no sea más que a medias...

Intenté una explicación enrevesada.

— Tenga en cuenta que nosotros no cambiamos impresiones con usted au-

(Continúa en la página 17)

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

YA QUE SU AMOR POR EL llega a la adoración, y como según parece él tampoco la ha olvidado, aunque los hechos demostraban otra cosa, acéptelo, amiga mía; no hay por qué sufrir y desesperarse tanto; pero eso sí, exíjale ahora más formalidad en su conducta, dígale que no está dispuesta a ser juguete de sus caprichos.

Cdo. a "Corazón triste", de Nogoyá.

• •

SI LOS PADRES de ese joven le prohiben sin motivo que continúe las relaciones con usted, y él les obedece, demuestra que no la quiere como debiera ser. Trate de entrevistarse con su candidato y de poner en claro el asunto, y así sabrá si puede o no aceptar al reemplazante.

Cdo. a "Porota", de Rodríguez.

• •

NO ABRIGUE ESPERANZA alguna. Las manifestaciones de ese joven son claras y convincentes: no la ama.

Cdo. a "Corazón destrozado", de Torrecita.

Procura amar, porque tarde o temprano es el amor quien te ha de salvar.

LA ESPERANZA es lo último que debe perderse. Espere; quizá él vuelva; pero si eso ocurre, observe en adelante una conducta de la cual no tenga que arrepentirse como ahora.

Contestando a "Loca de amor", de Bolívar.

• •

NO ABANDONE SU HOGAR, pues creo que se arrepentirá. Piense muy bien antes de dar ese paso, máxime si no tiene parte ni persona alguna conocida a quien recurrir. En cuanto a ese hombre, su proceder revela que no tiene interés alguno por usted. Tenga paciencia, espere, que ya encontrará un joven bueno que la sacará de ese tedio que hoy tanto la martiriza. Lo de la fotografía no es posible.

Cdo. a "Rubia de Mendoza".

• •

SI NUNCA LE HABLO DE AMOR, nada debe extrañarle que al ausentarse no le escriba. Por otra parte, si son tan malos los informes que le han dado respecto a esa persona, creo que lo mejor es que no piense más en él.

Cdo. a "Jamás lo olvidaré", de Elortondo.

• •

ENVIE UNA ESQUELA a su novio preguntándole la causa de su silencio. De la respuesta que reciba dependerá la resolución que deberá tomar.

Cdo. a "Eva", Chacras de Coria, Mendoza.

• •

SI ESE JOVEN LE DICE QUE por su situación no puede pensar con formalidad, cuando vuelva a hablarla, respóndale que usted esperará a que él asegure su porvenir para continuar esas relaciones. Si lo guían buenas intenciones se apresurará a resolver su problema financiero.

Cdo. a "Enojada 2 años", de capital.

AMOR



Para aliviar a aquellos que destierra,
y darles la esperanza y el consuelo,
puso Dios las mujeres en la tierra
y derramó los astros en el cielo.

Dió luz al valle y a los bosques bruma,
nieve a los montes y a los soles llama;
a la entreabierta flor, dijo: —¡Perfuma!
y al corazón de las mujeres: —¡Ama!

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.

ACLARE SU SITUACION, y si tiene buenas intenciones, hable con los padres de la niña a quien ama, quienes nada tendrán que objetar, dada la corrección de su proceder.

Cdo. a "Corazón herido".

• •

CONOCIENDO SU NOVIO el desagrado que le causa su amistad con esa otra personita, él debe ser complaciente y alejarse de ella; si así no lo hace, usted, sin consultar la opinión ajena, sabrá la determinación que debe tomar.

Cdo. a "Indecisa", de Pergamino.

• •

HABLE REPOSADAMENTE con su novio y el comprenderá que nada tendrá que ver la felicidad futura con ese pequeño inconveniente, surgido a raíz de su traje de desposada; no se empecine ninguno de los dos, y llegarán a ponerse de acuerdo muy pronto.

Cdo. a "Chica Rafaelina", de Rafaela.

• •

NO ACCEDA a ese pedido, no por el qué dirán, sino por usted misma. Eso puede traer consigo la desilusión; más bien busque la forma de apresurar la boda.

Cdo. a "¿Qué haré?", de La Plata.

No se publicarán las poesías enviadas por:

"Niela", de Capital.
"E. R. B.", de Capital.
"R. B. G.", de Tucumán.
"E. Y. P.", de Rosario.
"R. A. B. M.", de Chivilcoy.
"M. V.", de Rosario.
"V. G.", de Bolívar.
"M. C. M.", de Córdoba.
"M. L. C.", de Capital.
"H. S. M.", de Capital.
"D. L. F. O.", de Capital.
"M. M. R.", de Paraná.
"M. J. H.", de La Plata.
"Goodbye", de San Juan.
"R. E. T.", de Salta.
"N. D. V.", de Capital.

• •

EL AMOR DEBE SER ESPONTANEO y no por obligación. Si ese jovencito no le inspira cariño, no le engañe.

Cdo. a "Negrita mala", de Villa Alba.

• •

ESCRIBA SIN TARDANZA a la dueña de sus pensamientos, expresándole el inmenso cariño que por ella siente. No deje pasar más tiempo, sobre todo ahora que está lejos, porque puede perder su felicidad.

Cdo. a "Un Villamariense de Palermo", de capital.

ENLACE DE LA SEMANA



La señorita Delia Saporiti el día de su enlace con don Leandro W. Saporiti, acompañada de las niñas que constituyeron su cortejo.

PROCURE VER Y TRATAR con más frecuencia a la persona cuyo cariño desea conquistar.

Cdo. a "Bebe Daniels", de Campana.

• •

SI POR SU PROPIO ESFUERZO y trabajo ha llegado a ser usted una persona digna y se ha labrado la posición de que hoy disfruta, no tiene por qué revelar el origen de su cuna. Las propias obras son las que dan el valer a un hombre; así que a pesar de lo que me dice, lo considero muy merecedor de la dicha que le espera junto a la mujer amada.

Cdo. a "Papá Bonard", de Mercedes.

• •

ESTA EMPECINADA en que sus padres no entienden razones, y me parece que es usted la que no razona bien. Deje primero a su candidato que hable con ellos, y después sabrán a qué atenerse. Por otra parte, es demasiado joven para pensar como lo hace; no se deje llevar por esos arrebatos que pueden ocasionarle serios disgustos. Continúe sus estudios; haga poco a poco ver a sus padres las bondades del elegido de su corazón, y ya verá que ellos acabarán por ceder.

Cdo. a "Margarita triste", de Junín.

El amor es tan consciente de su poca duración, que se experimenta un invencible deseo de preguntarse: "¿Me quieres? ¿Me querrás siempre?"

SI EL AUSENTE reúne todas las buenas condiciones que me ennumera, a él debe esperar y tener confianza de que a su lado será dichosa. Si usted lo ama realmente, me extraña que piense en otros hombres y vacile sobre lo que debe hacer. Responda con la indiferencia a "esos buscadores de presa", y no la molestarán.

Cdo. a "Sola en el mundo", de Tucumán.

• •

Los padrinos los eligen los novios; en su caso pueden ser el padre de él y su mamá, o también una hermana de él y su papá.

2º Siendo la ceremonia religiosa en el domicilio, no es de rigor que el novio y el padrino lleven guantes.

3º Para la ceremonia por el civil, las personas que acompañan deben vestir traje de calle.

4º Si después del casamiento religioso hay recepción, vestirán las hermanas del novio trajes de fiesta, de la tela que esté en boga en la estación.

Cdo. a "Joan Crawford", de San Nicolás.

• •

ALEJE ESE PESIMISMO impropio de su edad, y deseche de su mente esas ideas de muerte. Cambie de táctica. Sea usted el indiferente, el que desaira; simule atender a otra chica, y si ella ante su actitud no revela sentirse afectada, entonces, amigo mío, trate de arrancar valientemente ese cariño de su corazón; olvide a la ingrata y busque en otro amor la felicidad que aún puede ofrecerle la vida.

Cdo. a "El pesimista de las 3 R", de Tucumán.

AUSENCIA ES MADRE DE PENAS - **Fray Gabriel Téllez**

LA MUJER-ORQUIDEA del LAGO de TEXCOCO

(Continuación de la pág. 15)

tes de "lo sucedido"... Que no tenemos más informes que los dados por la prensa... Que los periódicos afirman unas cosas... Que el señor Aranda es hombre de negocios, alejado por completo de estas elucubraciones, estudios y lecturas un poco extrañas...

Her Forcht me interrumpió colérico:

—¡Pues no saben palabra de magia negra! Ustedes no saben nada serio... Son ustedes un par de mediocres, cada uno en su esfera; tienen la cultura de los libros mal traducidos y baratos... En América todo el mundo es así... Sois los abalorios de la humanidad... Chaquira y plumas, papagayos y monos...

Nosotros no supimos cómo interrumpirlo, ni qué decir para defendernos.

De pronto cambió su cara colérica por una sonriente, y golpeando el hombro del señor Aranda con familiaridad, dijo:

—Bueno, no hay que espantarse. Deben tomarme como soy. Excusen mis palabras. Voy a decirles lo que pasó, lo que intenté hacer, lo que soñé realizar para gloria de la humanidad, lo que logré gracias a conocimientos poco comunes y a la posesión de secretos casi personales... No estoy loco ni hago nada para que me crean tal.

Nos ofreció cigarros, y empezó:

—Netzahualcóyotl, rey de Texcoco, el Salomón azteca, fué un revolucionario para su época y su pueblo. Quiso elevar el alma de sus súbditos hasta la altura de la suya, pero la casta sacerdotal se opuso decididamente y debió ceder, so pena de perder el trono y la vida. Uno de ellos, Metzhuacama, llegado del Sur, su consejero espiritual más preciado y su amigo más leal, le persuadió de que el momento no era oportuno para realizar las reformas deseadas. Por eso continuaron perpetrándose sacrificios humanos, a pesar de las repugnancias humanitarias y las rebeliones de conciencia del monarca. La sangre corría pues, como en Tenochtitlan, capital del imperio azteca. Para desviar sus pensamientos y emplear su inteligencia, dedicó gran parte del tiempo al cultivo de las flores del espíritu y de las plantas. Sus poemas se han traducido ya a todos los idiomas civilizados conocidos, y por ellos puede juzgarse de la nobleza de su alma y la limpidez de su intelecto; en cambio, nada se sabe de las maravillas, de los milagros hortícolas realizados en sus jardines... Si los conquistadores no hubieran sido tan ignorantes y fanáticos, la humanidad conocería prodigiosos vegetales, asombrosas flores, divinos frutos... ¿Qué llevaron a Europa en ese género? La plebeya patata, el estúpido maíz, el idiota vicio del tabaco y el disparatado chocolate. En los Estados Unidos algo se conoce de los magníficos jardines del emperador Moctezuma, pero en ninguna parte se ha dicho nada respecto de las maravillosas monstruosidades logradas en los del rey Netzahualcóyotl.

—Los periódicos han dicho algo de eso —interrumpió el señor Aranda.

—Pero estamos zapando fuera del almácigo... ¿Hablábamos?

—Del rey Netzahualcóyotl, de un sacerdote amigo suyo, de sus jardines... —le recordé.

—Efectivamente. Metzhuacama era devoto servidor de la diosa Xochitlquetzal. El monarca despreciaba a las divinidades de piedra que adoraba su pueblo, porque él creía en la existencia de un solo Dios Todopoderoso, y algunos visitantes, venidos de reinos lejanos, le habían enseñado la ciencia del cielo, de los astros... A este hombre, conocedor de muchísimos secretos heredados de generación en generación por los hombres del Sur, se le ocurrió dar vida a la diosa Xochitlquetzal, en carne y hueso, de las más bellas flores que nacían en los jardines de Netzahualcóyotl...

—¿Cómo sabe usted todo eso? —preguntó el señor Aranda con irreverencia.

—Puede usted reír, si quiere—dijo calmosamente el alemán;—yo sé lo que digo; ya lo sabrán también ustedes. Un poco de paciencia.

Y como si estas palabras estuviesen encerradas en un paréntesis, prosiguió su naración con toda naturalidad:

—Y comenzaron los trabajos para lograr el milagro. En los pantanos que rodeaban el lago de Texcoco cultivaban los jardineros reales una clase de orquídeas solinepedium, de la familia de las cypripediéas, de las que en vez de pistilo poseen un carpelo muy desarrollado, y cuyo ginostemo ya no era un medio de comunicación entre los órganos masculino y femenino, sino verdadero instrumento hembra de reproducción, al que se debía fecundar artificialmente, exenta de polinias, con pétalos carnosos y vibrátiles.

—¿Vió usted alguna de esas flores? —preguntó mi amigo en el mismo tono impertinente.

—Existen todavía, aunque atrozmente degeneradas —explicó el detenido sin vacilar, —y fué, precisamente, a causa de haberlas descubierto... En fin, continúo mi historia con la ilación que me dé la gana. Si les aburre pueden irse.

Protesté. Estaba intrigado por el relato, aunque, para ser franco, no le daba un átomo de veracidad.

—Metzhuacama y sus ayudantes —prosiguió— trabajaron muchos años para lograr algo de lo que se proponían. Netzahualcóyotl era el único que estaba al corriente de la extraordinaria experiencia y facilitaba cuantos medios de lograr un éxito dependían de él. Al revés de los actuales jardineros japoneses que a un árbol gigantesco convierten en enano, los aztecas de entonces, pertenecientes a la noble servidumbre del rey de Texcoco, agigantaban las plantas más minúsculas, habiéndose salvado de la degeneración algunas familias de actuales cactos que fueron modestos líquenes en su origen. Los que entonces empleara el sacerdote de Xochitlquetzal, lograron una orquídea quinces veces mayor que las más grandes conocidas, de duración proporcionada con su tamaño. Afectaba el carpelo formas de mujer perfecta, y los cinco pétalos la arropaban como con vestiduras multicolores... Pero llegaron días de enfermedad mortal para el monarca poeta y horticultor; Metzhuacama fué perseguido y debió huir; los jardineros reales murieron sobre la piedra de los sacrificios; posiblemente la orquídea que estaba a punto de convertirse en diosa fué destruída... Pero los secretos no se pierden jamás. Los descendientes de Metzhuacama y los de Netzahualcóyotl transmitiéronselos hasta hoy.

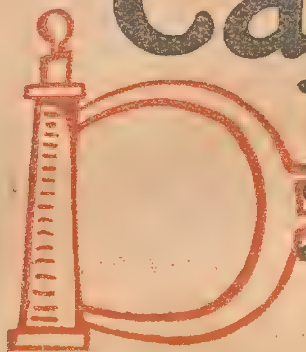
Her Forcht calló un momento; frunció el ceño, quedó mirándonos con fijeza, y después de encender un segundo cigarrillo, continuó:

—Ahora, mi historia. Soy prusiano, botánico, ocultista, mazdeísta discípulo de Zoroastro, astrólogo alumno de Nostradamus y recientemente miembro del

(Continúa en la pág. 30)

Por **ARTURO F. NEIL**

Cuarenta años cazando hombres



Me llaman cazador de hombres! A veces, cuando me hallo sentado en mi jardín, por las tardes, o en mi sillón al lado del hogar crepitante, cierro los ojos y numerosos rostros vienen hacia mí del pasado. Los veo como los vi en vida; veo su confianza y desfachatez ser reemplazadas por la furia y el terror; veo las almas desnudas, cobardes y pequeñas de los asesinos cuando el juez pronuncia su sentencia.

¡Me llaman "cazador de hombres" en la prensa! No me importa. Ni me preocupo cuando mi memoria evoca las procesiones de seres endiablados que he arrastrado ante los estrados de la justicia. Las maldiciones que algunos de ellos me han lanzado no me han molestado. El recuerdo de la suerte que ellos corrieron no me quita el sueño, porque esos seres a quienes perseguí tan implacablemente eran enemigos de la sociedad, y la prueba que entrega un criminal a las manos del verdugo puede ser muy bien un medio de salvar vidas inocentes. He aprendido en mi larga experiencia que el hombre que mata y logra escapar, probablemente volverá a matar.

NO TENGO REMORDIMIENTOS

No tengo, pues, remordimientos. En verdad puedo echar con orgullo una mirada retrospectiva a una carrera que ha tenido su parte de honores y recompensas, que culminaron en el otorgamiento de la medalla real de policía que me fué entregada por su majestad Jorge V, así como su dosis de emociones y peligros.

Estimo que puedo sentirme especialmente orgulloso de la participación que he tenido en convertir a Scotland Yard en lo que es en la actualidad, el más formidable organismo de investigación criminal que haya conocido el mundo, pues fuí uno de los "Cuatro Grandes" originarios de aquella institución. De aquellos primeros "Cuatro Grandes" el ex jefe de gendarmería Wensley y yo somos los últimos sobrevivientes. Los jefes Richard Hawkins y Francis Carlin ya han fallecido.

Antes de retirarme, en 1928, después de haber prestado cuarenta años de servicios como empleado de policía, treinta y siete de los cuales como agente de investigaciones, vi operarse una revolución en los métodos de Scotland Yard: la ciencia reemplazó a la rutina, todo el servicio fué modernizado.

UN NUEVO PUNTO DE VISTA

Me propongo conducir al lector detrás de las bambalinas del crimen. Le haré ver al detective en acción; le haré palpar las dificultades contra las cuales tiene que luchar y le enseñaré la forma de vencerlas.

No me propongo presentar un cuadro de lo ocurrido ante los estrados de la justicia. No me preocupa como al periodista el drama humano de los criminales. Me propongo exhibir un drama mucho más serio, el de la cacería del hombre. Voy a mostrar los crímenes, no según ocurrieron, no como supo de ellos el público, sino como fueron desentrañados por la habilidad, la paciencia y la perseverancia de los pesquisas.

Al hacerlo, tal vez pueda proyectar nuevas luces sobre crímenes tan famosos como el de Jorge José Smith y las "Novias en la bañadera", o el asesinato de Ilford, por el cual fueron ahorcados Edita Thompson y Federico Bywaters. También me ocuparé de otros crímenes desconocidos para la gran mayoría de los lectores, y que, sin embargo, figurarán en los anales del delito por sus curiosas interioridades.

¿ERA "JACK EL DESTRIPADOR"?

Para empezar, permitiome que exponga uno de los primeros casos en que actué y que también es uno de los más sensacionales e intrigantes de la historia criminal. Es el de José Chapman, que en realidad se llamaba Severino Klosowski, el judío polaco que asesinó a tres mujeres. Así lo probamos, por lo menos, y bastó para llevarlo al patíbulo... Pero, ¿eran esas tres sus únicas víctimas? Según lo demostraré más adelante, nuestras investigaciones nos condujeron a una interesante interrogante, que algunos respondimos a nuestra propia satisfacción.



¿Tenía Chapman otro alias más siniestro? ¿Serían el tabernero envenenador de Borough y "Jack el Destripador" el demonio que asoló a Whitechapel, la misma persona? El marbete de un boticario de Hastings ¿sirvió para vengar al fin el reinado del terror del East End?

Según lo aprende muy pronto todo detective, hay cosas que no se pueden probar ante los tribunales, pero a las cuales uno, para su fuero interno, considera verdades absolutas.

LAS SOSPECHAS DE UN MEDICO

El caso Chapman comenzó cuando el doctor A. J. Stokes, que había atendido a Maud Chapman en el curso de una larga y misteriosa enfermedad, se negó a firmar el certificado de deceso al morir la mujer. El doctor había atendido antes a una anterior señora de Chapman — ninguna de ellas era esposa del hombre cuyo apellido llevaba — y sus sospechas se vieron despertadas porque los síntomas eran idénticos en ambos casos. Por eso insistió en que se realizara una autopsia, que reveló la existencia de veneno en los intestinos de la mujer muerta.

Fué justamente después de medianoche del 24 de octubre de 1903 que se me entregaron los informes del doctor Stokes y del analizador químico. Recién regresaba a la comisaría de policía de Borough a presentarme después de un día de ruda labor, y me aguardaba otro igualmente arduo porque el 25 sus majestades el rey Eduardo y la reina Alejandra pasarían con su carroza de gala por el Sudeste londinense.

"Por lo que hace a los años de servicio, soy el detective británico más antiguo existente."

Así dice el ex jefe de investigaciones Neil, y agrega:

"En Scotland Yard no computamos por años de servicio, sino por casos en que se haya intervenido. Desde este punto de vista, no conozco a ningún detective que se aproxime directa o indirectamente a mi "récord". En el transcurso de los últimos cuarenta años he intervenido directa o indirectamente en todos los casos de homicidio que se han producido y he estado en contacto con todos los criminales de mayor nota de la Gran Bretaña. Conozco mejor los bajofondos que la calle en que vivo; la manera de proceder de los reyes del hampa me es más familiar que la vida de mi vecino."

El ex jefe Neil, durante su larga actuación condujo al cadalso a quince criminales. Es el único detective viviente que haya capturado a dos asesinos múltiples. Ha sido citado más de cuatrocientas cincuenta veces en la orden del dia de Scotland Yard.

Neil ha escrito para MUNDO ARGENTINO una serie de artículos en los cuales referirá a los lectores sus principales actuaciones, que se publicarán en los capítulos siguientes:

Caso número 1. — CHAPMAN, "EL ENVENENADOR DE LA ALDEA" Y COMO LO CAPTURE. Historia de un secreto de ultratumba.
Caso número 2. — LA CAPTURA MAS IMPORTANTE. Cómo eché el guante a Joseph Smith, el asesino múltiple del caso de las "Novias en el baño".
Caso número 3. — ¡A LAS VUELTAS CON LA "PANTERA"! Persecución del más terrible criminal solitario de Londres y mi lucha cuerpo a cuerpo por la vida con él.
Caso número 4. — "JACOBY", EL NIÑO ASESINO. Vendido por su indiscreción.
Caso número 5. — "JEM, EL SASTRE", EL MAS GRANDE DE LOS FALSOS MONEDEROS y cómo lo sorprendí en su cueva.
Caso 6. — LAS FATALES CARTAS DE AMOR de Thompson y Bywaters.
Caso 7. — DESTRUYENDO LA COCINA DE UN LADRON: El dato de la sortija de rubíes. Vendido por un botón de puño.
Caso 8. — ¡EL RASTRO DE SANGRE! Cómo capturé al ladrón más antiguo.
Caso 9. — ¿ASESINATO U HOMICIDIO? El estrangulador de Hyde
Caso 10. — LOS ROBOS MISTERIOSOS en la división "Y".
Caso 11. — EL CUADRUPLE ASESINATO DE FOREST GATE. Las huellas de la fiera, detenida en dos días.
Caso 12. — EL MATADOR DE TUFNELL PARK. La acusación desde el lecho de muerte. Mc Guire el asesino loco.
Caso 13. — LA HISTORIA DEL MISTERIO DE GOLDERS GREEN.
Caso 14. — EL ASUNTO DEL NENE DE LA CHACRA. Secuestro de dos niños.
Caso 15. — ¡CHERCHEZ LA FEMME! En el fondo de casi todos los crímenes existe el elemento femenino como móvil.
Caso 16. — LOS CHANTAGISTAS EN ACCION.

Capturo a CHAPMAN, el famoso envenenador y asesino de mujeres.

LA SOMBRA EN LA CORTINA

Esperaba dormir algunas horas, pero la documentación médica recibida destruyó toda posibilidad de hacerlo. Corrí a la Corona, la taberna existente en la calle principal de Borough, explotada por Chapman, dejando un mensaje para mi jefe, el inspector de división Godley, a fin de que se reuniera conmigo.

Una ventana del piso alto estaba iluminada y desde la calle pude ver la silueta de Chapman dibujada en la cortina. Andaba de un lado para el otro, al parecer muy atareado.

—Se diría que se prepara para emprender viaje —le dije al inspector Godley, cuando se me hubo reunido un poco más tarde.

Ocultos en las sombras trazamos un plan de acción. Debían ser la una o las dos de la mañana.

—Temía que ya hubiera volado —repuso Godley, —pero supongo que quiere recoger antes de marcharse los ingresos del día. Mañana a esta hora habrá desaparecido. Tenemos que movernos con rapidez.

Era cierto. Suponiendo que Chapman fuera culpable, no había que perder tiempo. Corríamos un riesgo grande al efectuar el arresto. Es cierto que la mujer había muerto envenenada, pero ello no probaba que el veneno le hubiera sido suministrado por Chapman. Podría ser inocente, o podría ser un caso de suicidio. O bien podría haber sido la obra de una tercera persona. Aunque fuera culpable, teníamos que probar el crimen en forma que convenciera al juez y al jurado.

Ningún detective de nuestros días se hubiera atrevido a realizar un arresto en condiciones tan precarias. Ni siquiera mediaba una denuncia. Godley no vaciló. Estábamos convencidos de que Chapman se preparaba para huir. Sabíamos que no tenía cuenta bancaria, que guardaba todo su dinero en su casa. Si podía salir del país era muy difícil que nos fuera dado volverlo a ver.

—¡Quédese aquí y vigile! —dijo Godley.—Regresaré a la hora de apertura del negocio y lo tomaremos en seguida.

MAUD MARSH HA SIDO ASESINADA

Por aquellos tiempos la hora de apertura eran las cinco y media de la mañana en Borough. Un cuarto de hora antes de las seis se me reunieron Godley y el sargento de investigaciones Kemp, y los tres penetramos al interior de la taberna. Chapman estaba detrás del mostrador. Con una ligera seña de cabeza Godley le indicó que se acercara. Mientras avanzaba, sus ojos grandes y lustrosos—aquellos ojos que habían conducido a la muerte a tantas mujeres—miraban como si hubieran entrevisto la sombra fantasmal del patíbulo. Bajo el jopo negro de la cabellera, el rostro aparecía lívido y el bigote espero no podía ocultar el movimiento convulsivo de la boca, que se abría y cerraba continua y espasmódicamente.

—Deseo hablarlo reservadamente, señor Chapman —dijo Godley.

—¿Sobre qué? —dijo el hombre, tratando de ganar tiempo. Le constaba, empero, que habíamos ido en busca de él.

—Quisiera discutir el punto en otra parte —aseguró Godley. —Se trata de algo demasiado importante para ser tratado en el salón de su taberna.

Sin una palabra más, Chapman nos guió a un cercano salón de billares. La puerta estaba cerrada y los tres lo rodeamos.

—Somos agentes de investigaciones —dijo Godley. —Maud Marsh, que ha estado viviendo con usted como esposa suya, ha sido envenenada. En vista de las circunstancias en que se produjo su deceso, tengo la obligación de conducirlo hasta la comisaría, mientras se investiga el asunto.

Chapman no respondió nada por un momento. Sus ojos iban del uno al otro de nosotros. Estaba armado, pues al revisarlo le encontramos en el bolsillo zaguero un revólver cargado y posiblemente pensó en la posibilidad de huir, pero éramos tres a uno y había ya gente en el bar. No podía escapar en forma alguna, y la resistencia hubiera equivalido a una confesión de culpabilidad.

—Nada sé de ese asunto —repuso, por fin. —Ignoro cómo consiguió ella el veneno.

—Muy bien; entonces tiene que acompañarnos. Quédese usted aquí, Kemp, y haga desalojar el local.

Al marcharnos con el preso, las gentes ya empezaban a reunirse para el desfile real, y tuvimos que abrirnos paso por entre una gran muchedumbre.

Llegamos a la comisaría y encerramos a Chapman en un calabozo. Luego regresamos a la Corona y realizamos una prolija revisión del local.

LISTO PARA HUIR

Regresamos al local e iniciamos la búsqueda. En una habitación que estaba llena de cajones encontré una cantidad de cartas en ruso y varios libros sobre anatomía. Al tomar inventario de las existencias de la caja fuerte contó Godley unas cuatrocientas libras en oro, plata y cobre.

Subimos al cuarto en que Chapman había estado tan atareado esa madrugada, cuando yo vi su sombra en la ventana. Era la misma pieza en la cual había expirado Maud Chapman. Había una cama camera y otros muebles más. Sobre un sofá se veía una valija a medio cerrar y en un rincón una caja de hierro. Extrayendo las llaves de Chapman, las probé, hasta que encontré una que encajaba en la cerradura. Abierta la caja, había en su interior un rollo de billetes de diez esterlinas, del Banco de Inglaterra y unas cartas viejas en ruso, así como también una hoja de papel escrita por Chapman con anotaciones sobre las salidas de trenes y vapores desde Londres.

¿UNA TERCERA VICTIMA?

—No cabe dudar de que pretendía huir —dijo Godley.—Llegamos justamente a tiempo.

En ese momento hice el primer gran descubrimiento, un paquete de polvos blancos. La mayor parte del contenido había sido usado, pero todavía quedaban como tres cuartos de onza. Había uno o dos paquetes más de un polvo parecido, pero el que más nos atrajo la atención fué el más grande, que tenía una vieja etiqueta roja con el nombre de una firma de farmacéutico en Hastings, Sussex.

—¿Por qué siempre se entregan así estos asesinos? —exclamó Godley.

—¿Qué es esto? —grité.

Es que entre otros papeles, había descubierto dos cuentas de empresas fúnebres. Una se refería al entierro de Isabel Taylor, predecesora de Maud Marsh, que había fallecido en la misma forma. Sabíamos quién era por el doctor Stokes, pero la tercera se relacionaba con una mujer desconocida, cierta Catalina Chapman.

—¿Otra más? —dijo Godley. Y se puso a examinar los billetes de banco, agregando en seguida: —¿Tiene aún los números de esos billetes que no pudimos rastrear?

—Sí —respondí.

El se refería a un caso ocurrido el año anterior, en que Chapman había demandado a un tal Alfredo Clark, sosteniendo que le había sacado setecientas libras esterlinas por medio de engaños. Chapman nos había facilitado la numeración de los billetes, que correspondían con la de los que había recibido del Banco de Inglaterra, pero no habíamos podido encontrar una sola.

Sin embargo, con el testimonio de Chapman y Maud Marsh, Clark había sido condenado a tres años de trabajos forzados. Controlamos las numeraciones de los billetes encontrados con los que Chapman juró haber entregado a Clark y concordaban exactamente.

—Un hombre inocente ha sido condenado —dijo Godley.—Pues bien, señor Chapman, si no puedo detenerlo por asesinato, lo haré por falso testimonio.

De repente, nos miramos el uno al otro. Había habido una mujer de por medio. ¿Acaso la sucesora de Maud Marsh ya estaba condenada cuando empezó su misteriosa en- (Continúa en la página 41)

MARIE DRESSLER, la GRAN CARACTERISTICA, RELATA su VIDA

CAPITULO V

DESPUES de haber estado de nuevo un año sin trabajo, fuí llamada para tomar parte en la película "Dangerous Females" (Mujeres peligrosas). Si esto era una ironía, lo sería con respecto a mi gordura, porque lo que es el espíritu, lo tenía bien mansito entonces.

Después trabajé en "Anna Christie", siendo con esta película que comenzó mi nueva figuración. Aunque no tenía un papel muy grande, pues todavía le cortaron varias partes, permítanme que les cuente lo que dijo "Literaly Digest", el 12 de julio de 1930: "A Marie Dressler le cupo el triunfo de "Anna Cristie", llevándose la palma, a pesar de ser Greta Garbo su principal intérprete. Esto ha sido confirmado aquí y en el extranjero. La señorita Dressler tuvo a su cargo el papel de "Marthy", interpretándolo espléndidamente."



Marie Dressler en una escena de "Anna Christie", acompañada de George F. Marión. En este film, a pesar de su escaso papel, obtuvo el más grande éxito.

Con esta película me bautizaron definitivamente con el nombre de

Aunque el material sea bueno o malo, o nos guste o no, lo aprendemos diariamente, hasta llegar a la perfección, o, mejor dicho, a la naturalidad. Recién entonces comienzan los ensayos, que van como sobre rieles, puesto que sabemos el papel. Tenemos que tener con las palabras un cuidado excesivo, y lo mismo con el movimiento de los labios, porque las películas tienen gran facilidad de exagerar cualquier falta, no así en el escenario.

El trabajo de una artista de cine debe ser mucho más cuidado y terminado que en el escenario. Primero, se pone la cámara.

Generalmente, los principales artistas tienen alguien que los ayuda; pero yo lo hago sola: no tengo a nadie.

Una vez que la cámara está colocada, vienen las luces. Es necesario estar en el escenario mientras ensayan las luces, porque hay que cuidar las sombras. Esto lleva tres cuartos de hora, o una hora, y muchas veces dos horas. Los que tienen la dirección de las luces son los que trabajan más.

Es interesante saber que siempre hay un lado de la cosa mejor que el otro, y por eso mismo es necesario estudiar detenidamente las expresiones faciales.

No Todas *son* Flores *en* Nuestro Camino

"Ladrona de películas"; porque aunque mi papel fuera corto, siempre lo hacía resaltar; acaso sea porque soy más grande que el común de los artistas.

"Castillos en el aire" y "Seamos alegres" cerró la serie. Después vino "Min and Bill", producción que aseguraban sería mi estrellato.

Quiero darles una idea de una casa, o, mejor dicho, de un hogar. Cuando mi horizonte se aclaró algo, me fuí de la primera casa y alquilé otra; tenía patio, pileta de natación y vista al mar. La vista era inmensa, pero la casa pequeña y confortable. Siempre ha sido mi costumbre tener las casas sencillas. El confort me agrada más que los lujos sin utilidad; me agradan los sillones confortables para sentarme. ¡Tantas veces en el escenario he tenido que sentarme en



La genial característica en una de sus creaciones en la pantalla.

En el presente capítulo, la renombrada característica continúa relatando sus vicisitudes hasta llegar al feliz momento de poder actuar en la pantalla, en la que desde sus primeros pasos se destacó con relieves de gran actriz. Como ella misma dice, a pesar de la pobreza de los papeles que le designaban, la interpretación que le daba a cada uno de ellos le valía un nuevo triunfo; en este sentido, su escasa actuación en "Anna Christie", la película basada en el drama del norteamericano O'Neill, fué su mejor timbre de gloria.

sillas que por su raquitismo se rompían!.... De ahí mi aversión por las cosas enclenques.

Volviendo a las filmaciones, pocas son las personas que conocen y que se dan cuenta de lo difícil que es filmar una parlante. Las luces son sumamente dañosas para la vista. Hay cosas muy dificultosas; para empezar, uno debe aprenderse las escenas completamente de memoria, y aunque éstas estén muy bien escritas, hay siempre que arreglar palabras o expresiones que son muy cansadoras, lo mismo que el cantor debe arreglar las vocales, de manera que vayan con el tono.



Aquí la vemos en otro de los papeles que le dieron prestigios de excelente actriz.

Una vez que las luces están arregladas, viene el estudio del sonido. Es muy importante saber cómo está la voz registrada. El mecanismo de las máquinas de sonidos debe ser ajustado y sincronizado. Esto lleva alrededor de dos horas, o más. Después de todos estos ensayos, muy pocas ganas le quedan a uno para hacer la escena. Pero cuando el director dice "todo el mundo listo, tomaré esa escena", el actor tiene que poner al mal tiempo buena cara, y hacerlo.

A veces, cuando uno cree haber hecho un trabajo magnífico, el hombre que dirige la cámara dice: "Disculpen, pero me faltaba luz", y volvemos a hacer la escena, esta vez más cansados que nunca. Todos respi-

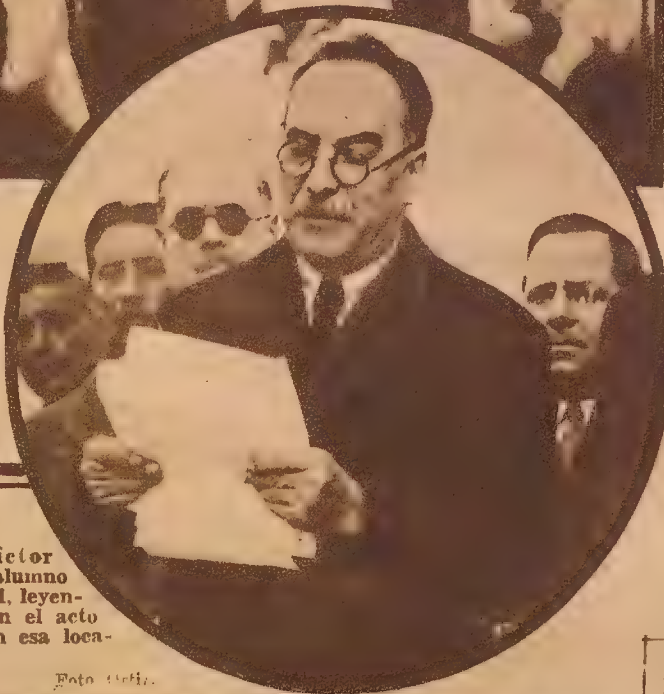
(Continúa en la pág. 35)

En el próximo número: No se PUEDE ser FELIZ sin TRABAJAR

"MUNDO ARGENTINO" *visita la* PROVINCIA



MERLO
Autoridades, alumnos y público que asistieron a la fiesta en conmemoración del 70º aniversario de la creación de la Escuela Nº 1.
Foto Ortiz.



MERLO
El profesor Víctor Mercante, ex alumno de la Escuela Nº 1, leyendo su discurso en el acto que se celebró en esa localidad.
Foto Ortiz.



LA PLATA
Los componentes de las sociedades italianas rindieron un homenaje a Garibaldi, con motivo de la conmemoración del cincuentenario de su muerte.
Foto De la Mela.



LA PLATA
Conjunto de señoritas que tomaron parte en la velada realizada en el teatro Argentino, en homenaje al héroe italiano.
Foto De la Mela.



CASTELAR
Señoritas y caballeros que asistieron al último baile que efectuó el Club Social y Atlético de Castelar.
Foto Ortiz.



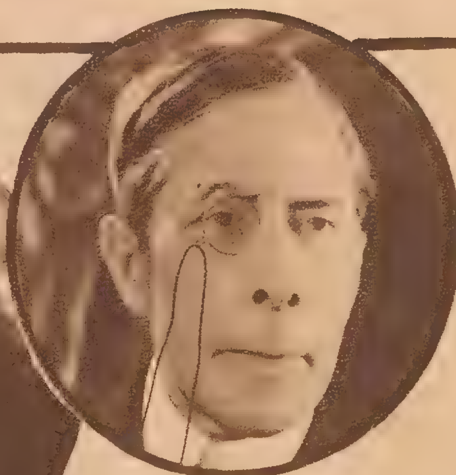
LOMAS DE ZAMORA
El equipo de rugby del Club de Lomas (primera división), jugó un match muy interesante con el de Universitarios de nuestra capital.
Foto Fernández Seijo.



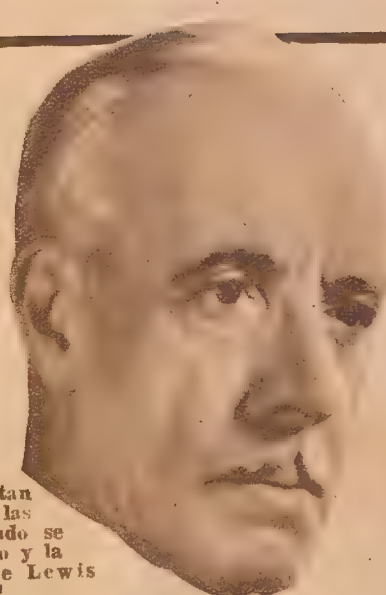
FLORENCIO VARELA
Una original carrera de sortija en automóvil se efectuó en esta localidad. Los ganadores del primer premio fueron la señorita Elisa Girola y el señor José Nocelone.
Foto Fernández Seijo.



Vieja y fea como es, ¡pero tan simpática!... Marie Dressler posee un prestigio y un sueldo que ya lo quisieran tener muchas otras más jóvenes y bellas...



Aunque está en los setenta, George Arliss no ha hecho sino acrecentar en la pantalla su legítima gloria del teatro.



¡Poco importan las canas ni las arrugas... cuando se tiene el talento y la distinción de Lewis Stone!

Los ARTISTAS VIEJOS ASTROS *y* ESTRELLAS

JUVENTUD y belleza... He ahí los dos grandes elementos que, tanto por tradición como por convicción, teníamos derecho a juzgar como los factores fundamentales para alcanzar el éxito en el difícil arte cinematográfico. Bastaba la más ligera experiencia del más profano de los espectadores de la pantalla para establecer ese concepto. Casi ni hacía falta haber ido nunca al cine para pensarlo así... Para ello era suficiente haber visto el abundante material ilustrativo que proporcionan a la prensa diaria y periódica las decorativas figuras de los múltiples galanes y estrellas estilizados en su belleza hasta un grado de perfección inverosímil para el común de los mortales.

De ese modo, todos teníamos una especie de "idea standard" respecto de los leaders del séptimo arte. "Ellos" nos parecían todos "Valentinos", refundidos con levísimas variantes dentro del arquetipo físico que dejara como modelo el famoso y malogrado astro.

"Ellas", con un tipo menos uniforme, pero sin apartarse mucho, tampoco, de los moldes clásicos que todos conocemos y clasificamos en esas dos grandes categorías tan profusamente representadas en el cine: las ingenuas y las vampiresas...

Pero he aquí que un día se colmó nuestro asombro al comprobar de pronto que una extraña revolución se había producido en el mundillo de la pantalla. ¡Los bellos y apolíneos galanes de otrora habían sido desplazados!... Desplazados y relegados por la avalancha de los "feos", de estos feos galanes de ahora, recios y rudos muchachotes, que han pasado a constituir el "moderno ideal" del público femenino, cuyo gusto es ley en materia de cine.

Y lo mismo pasó con las estrellas. Que ni son las más bellas ni las más seductoras las que han conquistado el cetro de la popularidad y la simpatía en la pantalla de nuestra época.

Y no tuvimos más remedio que convencernos, al fin, de que la belleza, siendo un factor muy importante en el cine, es bastante relativo, ya que no es indispensable siquiera.

De donde pudimos deducir, además, que el cinematógrafo no es ya una actividad tan banal como a muchos nos había parecido siempre.

Mas no se detuvieron ahí los progresos del cine.

A poco de advertir aquel cambio tan significativo, henos aquí de nuevo ante otro síntoma no menos sorprendente y revelador de los progresos del arte ex silencioso:

Ya no solamente los feos han derrotado a los lindos, sino que ahora también son los jóvenes los que han debido ceder sus ventajosas posiciones en la pantalla ante el avance de los viejos.

Primero cayó la belleza... Ahora cedió la juventud...

No hay duda de que el cinematógrafo ha progresado una barbaridad.

Si procediéramos a hacer una revisión de los grandes valores que nos ofrece el cinematógrafo en la actualidad, es decir, de los artistas que for-



¡Quién iba a decir que Lionel Barrymore llegaría a obtener sus mejores lauros artísticos al aproximarse a los sesenta inviernos!



Cada día más simpático, Víctor Mc Laglen es otro gran actor que impone sus méritos frente a los galancitos jóvenes.



Después de una larga ausencia del film, ha vuelto Marjorie Rambeau para triunfar con más éxito cuando ya ha traspasado los años de su juventud.



Colocado en un primer plano descollante, Jean Hersholt está culminando su meritoria carrera al pisar casi el medio siglo de su vida.


Ya en los cincuenta años, cuando la mayoría de los astros decaen, John Barrymore ha llegado a ser el galán de Greta Garbo.


Sin pretensiones de juventud ni de hermosura, Wallace Beery, el vigoroso y pintoresco actor es hoy una de las figuras culminantes del cine.

están desplazando a los *del* CINEMATOGRAFO


Un verdadero ejemplo demostrativo de lo que vale la experiencia en el séptimo arte es el que nos ofrece el gran trágico Emil Jannings.


Como prueba evidente de sus años, aquí está la veterana Irene Rich junto a su hija Frances, con quien rivaliza ventajosamente en el cine.

man en su vanguardia, deberíamos destacar en la primera línea de las estrellas, junto a Marlene Dietrich y Greta Garbo, a esa maravillosa y dúctil actriz que es la venerable Marie Dressler, verdadera gran señora de la pantalla, y su intérprete más completa, sin duda alguna, ya que sólo ella puede abarcar una gama tan diversa de personajes como los que encarna, y con los que nos sitúa tan pronto en la comedia como en el drama o en la tragedia.

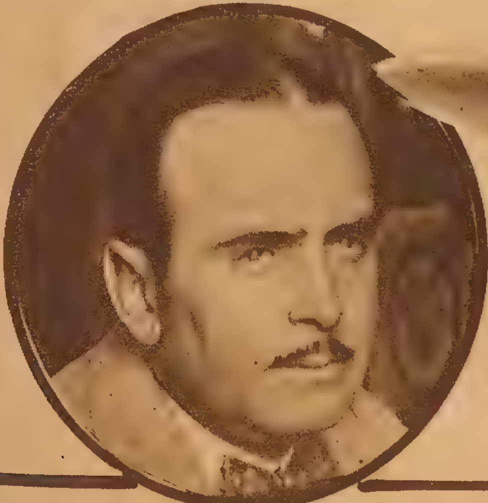
Por otra parte, esa misma vanguardia nos mostraría, entre los astros, a figuras de tanto relieve como Lionel Barrymore y Emil Jannings, otras dos personalidades indiscutibles e indiscutidas en su arte.

Todos los cuales están ya mucho más allá de los treinta y los cuarenta años, por cierto. Como que la Dressler ha traspasado sus sesenta, de los cuales no están lejos Barrymore ni Jannings.

Eso, en cuanto a figuras máximas. Pues no habría que buscar mucho para completar la lista con una verdadera pléyade de astros y estrellas de primera magnitud que se están llevando las palmas hoy día con tanto o más éxito que los jóvenes. Y no solamente en papeles de característicos, ya que la osadía de estos "viejos" llega al punto de invadir hasta la jurisdicción reservada a los jóvenes, como sucede con John Barrymore, por ejemplo, que habiendo doblado el cabo de los cincuenta, aún ha merecido el honor insigne de ser galán de Greta Garbo en "Grand Hotel", lo mismo que lo fué Víctor Mac Laglen de Marlene Dietrich en "Fatalidad", a pesar de los casi cincuenta de Víctor. Y vale la pena citar junto a ellos a Lewis Stone, mucho más atrayente que ciertos galanes a pesar de sus sesenta bien cumplidos y evidenciados por su canosa cabeza.

Alternando, podríamos alegar todavía casos tan interesantes como los de Irene Rich, Mae Marsh y Marjorie Rambeau, que aún continúan cosechando los mejores lauros en el ocaso de su madurez, como lo hacen también Wallace Beery, George Arliss, Tom Mix, Douglas Fairbanks, George Bancroft y Hersholt. Todos alrededor de los cincuenta. Algunos más allá, otros con un pie encima...

A todo esto, ¿qué es lo que podemos deducir de este sorprendente cambio de frente en las posiciones prominentes del cinematógrafo?... Sencillamente, que en esta como en las demás artes es el talento, en primer término, la condición básica que permite alcanzar los mejores triunfos, sobre todo cuando ese talento se apoya sobre una cualidad tan valiosa como la sensibilidad. O, para decirlo en otras palabras y más gráficamente, el fenómeno que constituye el motivo central de esta nota, y cuyas manifestaciones pueden apreciarse hasta la evidencia en el movimiento cinematográfico mundial, es decir, el desplazamiento de la juventud y la belleza en el cine, demuestra que también en la pantalla no son la edad y el físico los factores primordiales del éxito, sino otros más consistentes y perdurables, como lo han sido siempre el corazón y el cerebro.


Tampoco Douglas Fairbanks se ha dado por aludido frente a los cincuenta que, al contrario, parecen haber aumentado sus grandes simpatías mundiales.


Con vente años de cine sobre las espaldas, todavía sigue siendo Tom Mix el "rey de los cow-boys".


No lo conocimos jovencito, ciertamente, a George Bancroft, en cuya labor no podría interesar tampoco un barbilindo.


Después de haber sido "damita joven" otrora, Mae Marsh recoge nuevas palmas triunfando como característica.

¡EL VIERNES!

APARECE MAS GRANDE, COMPLETAMENTE MODERNIZADA,
LA REVISTA DE MAS PRESTIGIO EN SUD AMERICA:

El Hogar

USTED, *mujer moderna,* ha extendido su horizonte, *mira más allá,* pide más a la vida y a las cosas. Por eso *EL HOGAR,* la revista para la mujer, *quiere mantener el ritmo que usted le señala.*

Consecuente con esta tendencia — signo evidente del progreso,* EL HOGAR, *cuyo sólido prestigio cimentaron varias generaciones de lectores, ha resuelto transformarse, ampliarse, dar a sus lectores 100 páginas de inmejorable lectura, impresas con todos los últimos adelantos de la técnica. A pesar de que se ha duplicado el costo de la producción,* EL HOGAR *se venderá por sólo 30 centavos en toda la República.

Cuentos, modas, folletines, consejos, todo lo que la mujer necesita para ella, para su casa y para su niño, lo encontrará desde esta semana en EL HOGAR.

Pídale al canillita que le muestre este número. ***Al primer vistazo Vd. se dará cuenta*** de lo conveniente que resulta una revista así... completa, interesante... como las más grandes y famosas revistas mundiales, como la revista que Vd. necesitaba...

Las modas..., el peinado, el sombrero..., los trajes

para la noche, para el soirée, para el sport..., todo lo que se usa, lo de rigurosa actualidad se publica en las páginas de EL HOGAR.

En sus páginas encontrará la mujer los últimos figurines, las tendencias de la moda, las cuales pueden siempre darle una idea para la confección de sus vestidos.

Todas las mujeres de gustos más distintos encontrarán en medio de profusa cantidad de modelos el que más les sienta.

Elija el suyo en* EL HOGAR *de pasado mañana.



Carátula de EL HOGAR
que el viernes se pondrá a la venta.

En este número se publican, entre otros artículos e informaciones:

AL LADO DE UN ARBOL, de Benito Lynch.
TRES MUJERES (folletín), por Faith Baldwin.
ROMANCES DE AMOR Y DE SANGRE. (Con ilustraciones de Alejandro Sirio), por C. M. Pérez Ercoreca.
MAÑANA ES TU CUMPLEAÑOS (comedia), por Alcides Plaza.
LA MODELO (cuento), de Federico D'Amicis.
DURKO (novela), de Federico Illescas.

Alfonso XIII en el destierro, La mujer y el voto femenino, Crítica y ensayos literarios, Las novias, Las actrices bonitas, Hollywood visto con ojos argentinos, por Néstor.

Y además muchas noticias y críticas sociales, notas gráficas y en colores.

No olvide: El Viernes aparece EL HOGAR reformado a 0.30 en toda la república.



Don Fermín

POR DANTE QUINTERNO





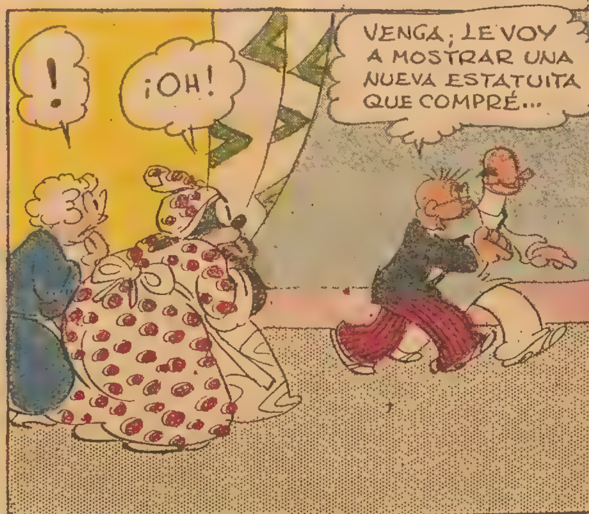




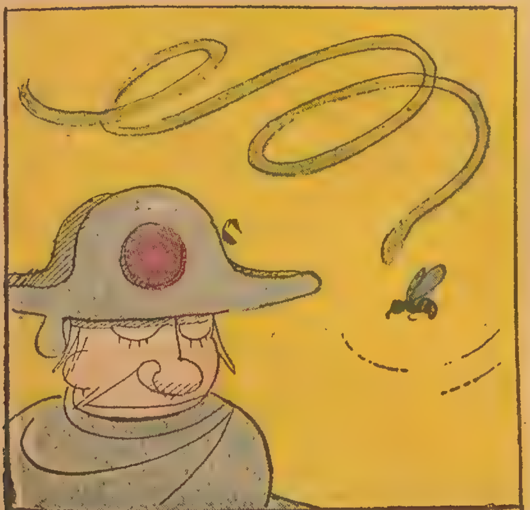


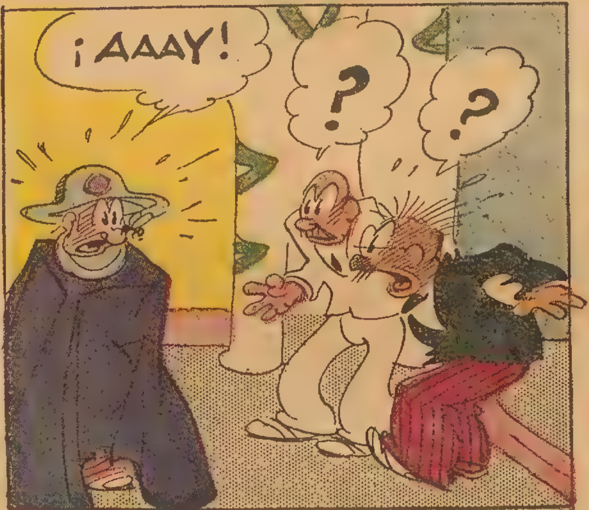


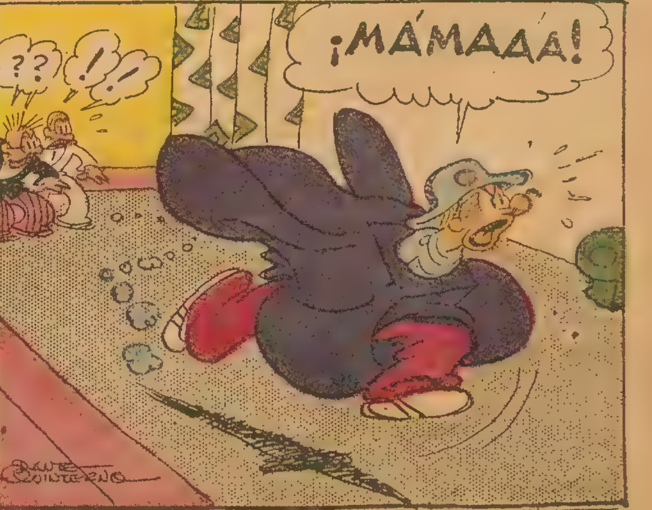












El CHINO MISTERIOSO

Novela policial de J. S. FLETCHER



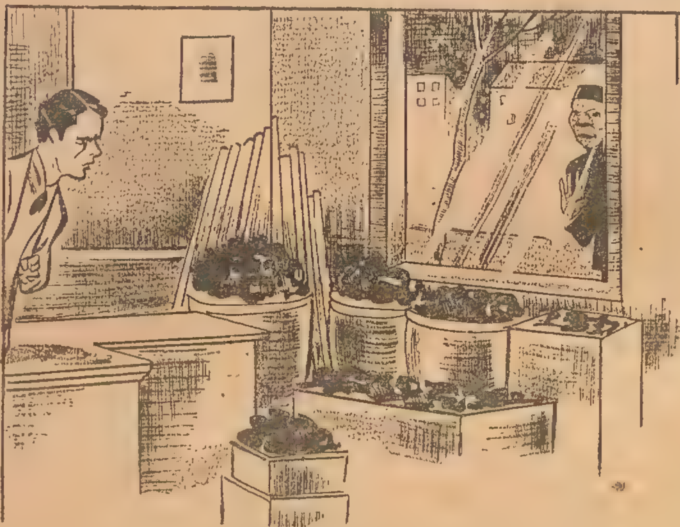
RESUMEN DEL PRIMER CAPITULO, publicado en el número anterior:

"Un joven hambriento y sin dinero vaga por el puerto de Portsmouth, buscando cómo conseguir algo que remedie su situación. En eso ve a un desconocido pasearse nervioso, mientras espera la llegada del bote que ha de pasarlo al otro lado del puerto. Intrigado el joven, se acerca a ofrecerle sus servicios, que el desconocido acepta, encargándole llevar un papelito a cierta persona, por lo que le retribuye con esplendidez. Busca al interesado, que es un misterioso comerciante llamado Holliment, y le entrega el papel. Después de leerlo, el hombre se dispone a salir, y propone al joven quedar a cargo del negocio, mientras él esté ausente, cosa que éste acepta. Recorriendo el local, semi a obscuras, de pronto descubre una escalera misteriosa que lleva hacia arriba. Está en esto cuando entra de improviso al negocio alguien taconeando fuerte y llamando a gritos al patrón.

CAPITULO II

EL CHINO

Quien había entrado en el negocio era el primer cliente, un hombre que necesitaba cierta cantidad de hierro viejo que se llevaría en un pequeño carro que había traído. Se apropió de lo que quiso y luego que le expliqué por qué me encontraba allí, me dijo que su nombre era Toller, y que Holliment lo conocía mucho. Cargó su mercadería y se marchó con ella. Esto pareció dar la señal de partida, pues de inmediato comenzó a llegar gente. Todos parecían saber lo que debían hacer, pues en seguida me daban sus nombres y se iban.



Apretado contra el vidrio distinguí claramente el chato rostro y los menudos ojos de un chino, que me miraban fijamente.

¿Qué diablos harían con la mercadería que se llevaban? Nadie parecía extrañarse por la ausencia de Holliment, ni nadie me prestaba a mí la menor atención, que al fin de cuentas era su representante. Llegué así a la conclusión de que todo aquello era muy extraño. Durante la tarde vendí también algún carbón. Uno me encargó una chata llena y otro cuatro toneladas, y antes de que anocheciera había ya vendido una cantidad que significaba mucho dinero.

Pasó así el tiempo, y a eso de las cuatro y media vino el mozo del restaurante con otra bandeja en la que había una gran tetera llena de humeante líquido y un plato con tostadas de pan y manteca. Mientras arreglaba los platos me preguntó si pensaba quedarme allí hasta el otro día, pues en ese caso trataría de traerme un buen desayuno. Le contesté que lo más probable era que no, ya que Holliment regresaría pronto y con ello me vería nuevamente sin ocupación. Sin embargo, para el día siguiente trataría de visitar el "Almirante Hawke" (que tal era el nombre del restaurante) y allí almorzaría. El me contestó que podía hacerlo, ya que por muy poco dinero tendría allí comida digna del estómago de un príncipe.

Se fué, y yo me dediqué a la tarea de tomar el té y comer las tostadas, que por cierto estaban sabrosísimas. Poco después de terminar empezó a obscurecer. Comencé a ver que las luces de las calles se encendían, lo mismo que las de las casas. Desde la puerta pude distinguir un trozo de mar con los botes y lanchas pasando constantemente. La percepción de sus faroles rojos, verdes o amarillentos me causó, muy a pesar mío, una ingrata impresión, y por momentos deseé el pronto retorno de Holliment, para poder irme. Encendí una lámpara que había sobre el mostrador, pero una ráfaga de viento que penetraba por la puerta la apagó. Me acerqué para cerrarla, y en ese momento pasó un vendedor de diarios. Compré uno; me apropié de otro de los cigarros que había en la caja y, sentándome cómodamente en una silla, intenté leer.

Quizá permanecí así por espacio de diez o quince minutos, pero lo cierto es que al levantar la vista para leer una noticia insertada en la parte superior del periódico, llevé inconscientemente la vista a la vidriera que quedaba justamente frente a mí.



Comencé a sentir deseos de seguirlo. Me encontraba nervioso y molesto al pie de aquella escalerilla.

Apretado contra el vidrio distinguí claramente el chato rostro y los menudos ojos de un chino, que me miraban fijamente.

Esta visión fué tan rápida y se desvaneció tan prestamente, que por unos instantes temí ser víctima de una alucinación. Corrí hacia la puerta y miré hacia donde suponía que aquel hombre debía estar parado. Pero no vi a nadie. Desierta por completo estaba la calle y ni siquiera alcancé a ver a alguien que tratara de esconderse. Sólo unas pocas luces inciertas y los puntos rojos y verdes de los barcos cruzando el negro pedazo de agua que veía se presentaban ante mis ojos.



No pude más y concebí la idea de marcharme.

Entré en el negocio preocupado y presa del miedo. ¿A quién pertenecía aquel extraño y amarillento rostro? ¿Qué quería? ¿Por qué no había entrado, en lugar de mirar por el vidrio? Sí; sin duda me estaba espiando. Esa sola idea me hizo correr un escalofrío por todo el cuerpo. Sin embargo, me calmó la certeza de que no era a mí a quien espiaba. Era a Holliment, sin duda. En ese instante deseé más que nunca que regresara en seguida. No me agradaban en lo más mínimo las perspectivas de ser abandonado en aquel raro y solitario lugar, y teniendo, para colmo, espías en la puerta. Sin tener en cuenta para nada a los clientes que pudieran llegar, cerré la puerta con pasador y corrí una sucia y vieja cortina que había en la vidriera. Al hacerlo, ésta se rompió; pero estaba determinado a cubrirme de todo riesgo y armándome de un martillo y varios clavos que por allí encontré la aseguré fuertemente. Ya un poco más tranquilo, me senté, y de nuevo intenté leer.

No había leído más que unas pocas líneas cuando escuché un ruido suave, pero preciso. Venía de afuera, de detrás de la puerta asegurada. Lentamente me acerqué a ella y agucé el oído. Al principio nada obtuve; pero luego, sí. Escuché el ruido de algo que se movía con la suavidad de un gato. Quien tal cosa hacía pronto se dió cuenta de que era imposible entrar, pues oí sus pasos débiles que se alejaban. Era el chino, sin duda alguna. No pude más y concebí la idea de marcharme. Aquello era demasiado para mí. Pero, ¿cómo iba a dejar solo el negocio? No tenía llave para cerrarlo por fuera. Holliment debía habérsela llevado. Además, la recompensa que él me había prometido y el hecho de que pronto regresaría, pues ya eran las seis pasadas, me hicieron cambiar de idea.

Volví a sentarme y ni siquiera intenté leer. De sobra sabía que me resultaría imposible hacerlo. Pasaron los minutos y a poco, después de oír siete campanadas en el reloj, se produjo otra cosa que volvió a ponerme los pelos de punta. Era un ruido apenas perceptible que venía de lo alto de la torre, a uno de los lados del negocio. En cuanto lo escuché, cesó. Pasó

un minuto sin que nada se produjera; luego volví a escucharlo, y otra vez cesó. Era indudable que en aquel sitio había ratas; pero aquellos ruidos parecían ser provocados por un ser humano.

Armándome de coraje me levanté, tomé la lámpara y alumbrándome con su incierta luz avancé procurando mirar y escuchar con gran atención. Pude apenas ver un pequeño trozo de piso; pero no oí nada más. Sin embargo estaba seguro de que algo se había movido allí. Permanecí unos instantes parado en el mismo sitio, y cuando reaccioné me sentí decidido a marcharme. Aguardaría hasta las ocho y si Holliment no regresaba, me iría. Mis nervios se hallaban demasiado excitados y mi cerebro demasiado febril para que pudiera soportar más aquello. ¡Al diablo mis diez pesos! No valía la pena pasar por tales trances para ganarlos.

No volví a escuchar más ruidos hasta que la campanada del reloj me anunció que eran ya las ocho. Me levanté, arrojé el diario a un lado, tomé un trozo de papel y un lápiz, y comencé a escribir, diciéndole a Holliment que no podía permanecer allí ni un minuto más.

Pero no había escrito todavía cinco palabras cuando de improviso escuché un largo y penetrante suspiro. Pegué un salto como si me hubieran dado un latigazo, y vi parado allí, a no más de tres metros de donde yo me encontraba, al hombre a quien yo dirigía la carta. Su presencia me produjo gran alegría, y me acerqué a él. Levantó una mano e hizo una señal de silencio.

—¡Baja la cortina! — susurró. — ¡Que nadie nos vea!

—Ya está bajada desde las seis — contesté.

—Bien; entonces amengua la luz y corre el pasador de la puerta.

—También lo corrí a las seis — contesté, a tiempo que colocaba un dedo en el regulador de la lámpara.

Aguardó a que la luz permitiera apenas vernos la cara, y luego, andando siempre por la sombra, me dirigió una mirada oblicua.

—¿Vino alguien? — me preguntó.

Señalé el libro en el que había hecho todas las anotaciones.

—Todos esos que están ahí. Y también alguien que no está ahí anotado.

Mi respuesta, que tenía un segundo sentido, hizo que le brillaran los ojos.

—¿Quién es ese alguien — preguntó ansiosamente — que no tuvo que ver con el negocio?

—¡Mejor dicho, yo no sé si tiene que ver con el negocio — repliqué, — pero el caso es que mientras leía, miré distraidamente hacia la vidriera, y vi pegado fuertemente contra el vidrio... el rostro de un chino.

Volví a observarlo nuevamente, y por segunda vez en el día vi que su rostro empalideció terriblemente.

—¿Un chino? ¿Estás seguro?

—Completamente seguro. ¡Juro que no me equivoco!

—¿Y qué más?

—Luego, una vez que corrí el pasador y las cortinas, sentí que alguien hurgaba con la manija de la puerta. Después, poco más tarde..., oí pasos en lo alto...; ruidos muy extraños en eso que parece una torre. Me acerqué, pero no oí nada. ¿No le parece muy extraño todo esto, señor Holliment?

Tenía las manos sobre el pecho y retorcía sus dedos nerviosamente.

—Sí — me contestó, — pero..., tú no comprenderías...

—No lo comprendo ni quiero comprenderlo, señor Holliment — le interrumpí. — Y le agradecería que me dé usted la recompensa prometida y me deje marchar.

Metió la mano en un bolsillo y con gran asombro me arrojó dos papeles de diez pesos sobre la mesa.

—Sí — contestó distraídamente. — Por supuesto..., tú quieres irte. Pero... no lo hagas por esa puerta. Puede costarte la vida..., tanto a ti como a cualquiera que intentara hacerlo.

A pesar de todo me tranquilicé, pues al fin sabía cuál era el sitio en que debía afrontar el peligro. El contacto del dinero acabó de calmarme.

—Gracias, señor Holliment — le dije. — Encontrará todo en orden en ese libro. Pero, ¿por qué tanto acontecimiento misterioso?

Mientras decía estas palabras, vi que él permanecía alerta, escuchando algo. Cuando habló lo hizo en voz baja.

—Te dije que no lo comprenderías, pero trataré de explicártelo con claridad. Ese papel que trajiste esta mañana, te lo dió un amigo mío, un señor grueso y bien vestido, ¿no es eso? ¡Era un aviso! ¡El y yo estamos en peligro! ¡En Portmouth hay alguien que quiere... eliminarnos...

—¿El chino?

—Sí. Pero él no es más que parte del complot..., aunque a decir verdad no esperaba verlo metido en esto. ¡Una parte del complot y nada más! ¡Huye pronto! Ese es el aviso que se utiliza cuando estos demonios andan cerca... ¡Quartervayne, el hombre que te lo entregó, está a salvo en su bote, y nosotros haremos lo mismo cuando salgamos de aquí! ¡Tú debes cuidarte. Yo he estado fuera de aquí toda la tarde, es cierto, pero no he estado lejos. Unas pocas docenas de metros, a lo sumo, en lugar bien seguro... ¡Pero ahora debemos tratar de salir de aquí!

—Y usted, ¿por dónde entró? — le pregunté.

—Por donde ahora saldremos. ¡Y no será a buen seguro por esa puerta! No quiero que me metan un cuchillo entre las costillas. ¡Ven! Deja esa lámpara encendida; así creerán que aún estamos adentro, o, mejor dicho, que aún estoy adentro. Y ahora, ¡sígueme!

Me señaló el rellano de la torre, y hacia ella me dirigí cautelosamente.

—Tenemos que subir por la escalera, pasar por la puerta y llegar... hasta una casa que está vacía. Ten cuidado que es muy estrecha y está un poco rota... Yo iré adelante... Trata de deslizarte pegado a la pared.

—No sé por qué me parece que me voy a romper una pierna, señor Holliment. ¿No hay otro lugar por donde salir?

—¡No! ¡A menos que quieras que te agujereen el pellejo! ¡Vamos, apúrate, que la escalera aguanta!

Me tenía agarrado de un brazo, y de improviso me soltó y me pareció que se llevaba una mano a la cadera. Instantáneamente oí con toda claridad un ruido metálico.

—¿Qué sucede? — pregunté.

—Un revólver — habló él. — Me parece que lo voy a necesitar! ¡Aguarda ahí un momento hasta que te silbe!

Lentamente se separó de mí y oí que subía por la escalera. El ruido suave que sus pisadas hacían me recordaron las que yo había escuchado al anochecer. Debía tener suelas de goma, pues sus pasos apenas se oían. Lo vi pasar por sobre unos escalones, gracias a un rayo de luz proveniente de la calle. Se deslizaba pegado a la pared, silencioso y siniestro, empleando para ello las mismas precauciones que poco antes me recomendó a mí que tuviera.

Comencé a sentir deseos de seguirlo. Me encontraba nervioso y molesto al pie de aquella escalerilla que tanto me había intrigado pocas horas antes.

Y fué precisamente en el instante en que yo colocaba una mano en la balaustrada de la escalera y me pegaba a la pared para empezar a subir, que oí el ruido producido por algo que golpeaba en la puerta del negocio; ¡un ruido que hizo vibrar mis nervios como si fueran las cuerdas de un violín!

¿Quién era Holliment y el chino? ¿Adónde conduciría la escalera misteriosa? ¿Quién había dado el golpe electrizante en la puerta?

Lea el tercer capítulo, que se publicará en el número próximo.



El segundo capítulo de nuestro folletín le ha correspondido a HECTOR PEDRO BLOMBERG, novelista y poeta que goza de mucho prestigio en el mundo de nuestras letras. Autor de numerosas novelas y cuentos, y de versos que se han hecho muy populares, este escritor honra EL FOLLETIN DE LOS DIEZ con su valiosa colaboración, acentuando en este capítulo el carácter de los personajes esbozados en el primero e intrigando al lector al comenzar a levantar el velo del misterio que rodea la vida de la viuda de Salazar.

EL FOLLETIN

El HOMBRE de los

CAPITULO SEGUNDO, *escrito por* HECTOR PEDRO BLOMBERG

RESUMEN DE LO PUBLICADO

A bordo del "Argus" regresan a la patria varios argentinos: Florencia Bulmer de Salazar, viuda del coronel Salazar y su hija Alicia, el doctor Fournier y su señora, Lucio Araujo, Julito Yáñez Palma, los Funes, el matrimonio Almanza, el general Gutiérrez Pinto y un enigmático inglés, Mr. Silverton. Viaja también un camarero singular, Paul, que es poeta, y cuya vida encierra un misterio para todos. Alicia y Lucio parece que se atraen mutuamente. Una noche, al entrar éste en su camarote, encuentra a la viuda de Salazar, pálida pero muy serena, con el índice en los labios implorando silencio.

II

UN HOGAR DESHECHO

ANTES de embarcar, habíale llamado la atención la figura esbelta, envuelta en un ceñido tapado gris, en el muelle del Havre, bajo la lluvia. Lucio Araujo, que hacía un lustro rodaba por ciudades europeas, conocía desde lejos, por instinto, a las argentinas. Sobre todo cuando eran jóvenes y bonitas, como esa Alicia Salazar que comenzaba a causarle una vaga inquietud.

¿Quiénes eran la enigmática muchacha y la madre otoñal y arrogantísima?

Hablaban con acento de porteñas, acento que él empezaba a olvidar ya. No parecían ni ricas ni pobres, como esos centenares de argentinas que andan por los transatlánticos y las calles de París.

La hija, por momentos, resultábale algo desconcertante.

En sus conversaciones frívolas y frecuentes, algunas veces creía ver asomar un alma. Otras disgustábanle sus trivialidades, especialmente cuando le confesaba que "deliraba por el baile" y los cocktails.

Fué don Julián Almanza quien una tarde lo ilustró sobre las Salazar. Almanza era un comerciante de Buenos Aires, verboso y simpático.

— Veo que gusta usted de esa compatriota, amigo Araujo — le dijo una tarde, encontrándolo en el bar, y señalando la figura nerviosa y fugitiva de Alicia moviéndose en la cubierta, seguida por Julio Yáñez Palma.

— ¿Yo? No lo crea usted, señor Almanza — le contestó sonriendo el diplomático.

—¡Hum!... No es éste el primer viaje que hago, y...

— Este es el undécimo que yo realizo, y en cada uno de ellos he encontrado mujeres más o menos como Alicia Salazar...

— La viuda está lindísima, en verdad... ¿No le parece, Araujo?

Araujo no le contestó. Quedó pensativo un instante. Luego, la gallarda cuarentona era viuda. Y Alicia, por lo tanto, huérfana.

— Yo no sabía... — dijo, finalmente.

Almanza le ofreció un cigarro y lo miró sonriente.

— Sí. Enviudó hace cuatro años, cuando la hija andaba por los quince o diez y seis — informó el comerciante, arrojando una nube de humo. — El marido era un coronel Salazar. Murió desempeñando una misión en Europa. Una bella persona, aunque tenía fama de ser un tirano doméstico. Dios me perdone por lo que voy a decir, pero creo que la muerte del coronel fué un alivio para la familia, amigo mío...

Se interrumpió y bebió el cocktail de un sorbo. Alicia, deslumbrante en su blanquísimo traje, volvió a pasar frente a ellos. Al diplomático nunca le había parecido tan linda, ni en aquella mañana lluviosa del Havre.

— Un verdadero tirano—prosiguió Almanza. — Naturalmente que ellas jamás dicen ni dirán nada. Pero yo conocí al coronel. Se había casado a. ‹ maduro ya, y Florencia Bulmer, que era hija de un rico alemán de Rosario, apenas tenía diez y nueve años y era lindísima. Nunca se habló, no... Pero todos los que los conocíamos no ignorábamos que la hermosa Florencia estaba lejos de ser feliz. Tres fueron los hijos. Dos varones y Alicia, la menor. Los hermanos andan por el interior de la Argentina. ¡"Steward"! Otros dos cocktails...



El general Gutiérrez Pinto hizo irrupción en el bar.

— Hasta la hacienda baguala... — exclamó con su ronca voz de viejo militar. — ¿A quién estaban cuereando?

— A un difunto, al coronel Salazar — respondió prontamente Almanza, y el general tosió, frunciendo el ceño.

—Hace mal, amigo Almanza... Juntos salimos del Colegio Militar y juntos anduvimos por las guarniciones y las fronteras. El finado era derecho como una espada.

— Y duro como un sable — comentó el hablador.

Gutiérrez Pinto se encogió de hombros y apuró un copioso cocktail de Old Tom Gim.

— ¡Pobre Venancio!... ¿Quién le iba a decir, allá en el Chaco y en San Martín de los Andes, que iba a estirar las patas en un hotel de París?... Hasta luego.

Almanza y Araujo volvieron a quedar solos.

— La muchacha es linda como un sol — dijo el comerciante, — pero tiene la cabeza llena de pájaros. Siempre fué muy inteligente, pero algo..., ¿cómo diré?, excéntrica. Poco antes de morir el coronel, el abuelo Bulmer se suicidó al verse arruinado, y las Salazar sólo heredaron la pensión del militar. Pero saben darse vuelta.

— Sí — dijo Araujo, — Alicia no sólo es muy inteligente, sino que tiene una rara cultura para una muchacha de estos tiempos en que la cultura está de moda entre las mujeres.

— Eso yo no sé — confesó hidalgamente el comerciante;—lo que sé es que siempre le gustó leer, estudiar... Me consta que escribe versos en francés, pero no los muestra a nadie. A mi mujer, por excepción, le leyó unos que parece eran muy lindos.

DE LOS DIEZ

OJOS de ACERO

***e ilustrado por* OSCAR SOLDATI**

La copa de Araujo, que viajaba hacia sus labios, se detuvo en medio del camino.

Poetisa... Escribía versos, versos en francés... Era lo único que le faltaba a la bellísima Alicia Salazar.

— Ahí va la viuda — siguió diciendo Almanza, — siempre con ese misterioso inglés a remolque... ¡Ah, si la hubiera conocido usted hace diez años!...

Florencia Bulmer de Salazar, más arrogante que nunca, pasó cerca de ellos y les envolvió en una mirada extraña, interrogadora. Pasó de largo, con el británico en su estela.

— ¡Pobre coronel! — murmuró Almanza, reminiscente. — Nunca le faltó... Pero, ¡qué poco lo lloraron las dos cuando entregó su alma al Creador! Un año después de su muerte repatriaron sus restos. La viuda y la hija traían sus cenizas. El coronel muerto viajaba en la bodega, entre la carga, en un suntuoso ataúd, y la hija y la viuda bailaban y flirteaban en la primera de lujo... ¿Qué me dice usted, amigo mío?

Lucio Araujo no decía nada. Pensaba en la escena de la noche anterior, cuando sorprendió, atónito, a la bella viuda de Salazar en su propia cabina, pálida y serena.

Los bellos ojos de su compañera de viaje eran límpidos. Y él estaba seguro de haberla oído llorar la noche antes tras la cerrada puerta del camarote. Volvió a pensar en la incomprensible aventura de la madre, tanteándose el hermetico bolsillo donde guardaba el misterioso depósito



— No piense usted mal de mí, señor Araujo... Después le explicaré todo... Sí, después — habíale dicho, volviéndose lívida. — Ahora — agregó, demostrando cierta agitación, — ruego a usted que cierre la puerta de esta cabina...

— ¡Señora! — balbuceó él.

Ella misma cerró la entornada puerta. Antes de cerrarla, creyó Araujo ver una sombra que se deslizaba por el pasillo.

— He venido a dejar "esto" en su camarote, en su poder, señor Araujo...

La voz temblaba un poco. Al decir estas palabras, la viuda puso en las manos del diplomático estupefacto una cartera guardapapeles atada con una cinta negra.

— Guárdeme "esto", por amor de Dios, señor Araujo... Y que no se entere nadie, nadie, se lo imploro... Después le explicaré todo... ¿Me promete usted? — añadió, con acento de ansiedad.

— Se lo prometo, señora—dijo él, inclinándose profundamente, y ella, abriendo la puerta de la cabina, murmuró: "Gracias", y desapareció.

Lo de esa noche parecíale un sueño. Esa mañana deslumbrante del mar cruzóse con ella dos o tres veces en los "decks" asoleados. Y ella habíalo mirado con la misma expresión extraña, suplicante.

— Aquí está mi mujer — exclamó Almanza, incorporándose. — Hasta luego, amigo mío.

No quedó mucho tiempo solo el diplomático. Un leve perfume de violetas ahogó el agrio aroma de los "cocktails", y Alicia Salazar se sentó frente a él en el sillón que el comerciante acababa de abandonar.

Los bellos ojos de su compañera de viaje eran límpidos. Y él estaba seguro de haberla oído llorar la noche antes tras la cerrada puerta del camarote. Volvió a pensar en la incomprensible aventura de la madre, tanteándose el hermético bolsillo donde guardaba el misterioso depósito.

— Invíteme con alguna cosa — dijo ella.

Araujo le ofreció un cigarrillo turco, lo encendió y llamó al "steward".

— ¿Qué le estaba diciendo Almanza?

Las límpidas pupilas se clavaron en él. Araujo bajó los ojos, a pesar suyo.



Siguiendo el propósito enunciado, este segundo capítulo de EL HOMBRE DE LOS OJOS DE ACERO está ilustrado por otro dibujante argentino de renombre: OSCAR SOLDATI, quien nos presenta otra escena del folletín: el momento en que Alicia Salazar toma el cocktail acompañada de Araujo en el bar del lujoso transatlántico donde se desarrolla la novela. El cuadro es sobrio y expresivo.

— Me estaba contando cosas de sus viajes — repuso intranquilo.

El "steward" colocó un vaso colmado sobre la mesilla y se alejó. No era Paul, el camarero poeta de Eça de Queiroz. Era un italiano corpulento y resplandeciente.

Alicia Salazar bebió un trago de "gin-fizz". En ese instante llamaron al almuerzo. Desde la mesilla del bar veíase el Atlántico, quieto y azul como una laguna sin límites.

— ¿Vamos al comedor, Alicia? Ahí van entrando todos: el general, el doctor Fournier, Yáñez Palma, Mr. Silverton...

Al oír el nombre del inglés, Alicia se estremeció ligeramente, pero Araujo no lo advirtió.

— No tengo deseos de almorzar, señor Araujo — dijo con voz firme. — Vaya usted, hágalo rápidamente y vuelva, que yo lo espero aquí, bebiendo "gin-fizz" y fumando sus cigarrillos turcos.

Lucio puso su cigarrera de oro sobre la mesilla.

— ¡Qué casualidad! Yo tampoco tengo apetito esta mañana... Me quedo acompañándola, Alicia.. Quiero que usted me recite algunos de sus versos franceses, ahora que estamos solos, ya que no me esperó en la pileta a las diez...

— ¿Mis versos franceses?—repuso la Salazar, lanzándole una mirada penetrante. — De ellos sólo puede haberle hablado Almanza... ¿Qué más le dijo de mí, de mi madre?

La voz hacíase imperiosa, casi dura.

— Me dijo quién fué su señor padre, un honorable militar me habló de la extraordinaria belleza de su señora mamá, a quien conoció en su juventud...

Ella le oía, ansiosa, pálida. Los ojos profundos parecían devorarlo. En el súbito silencio sólo oíase la música apagada del comedor, el murmullo ronco y monótono de las espumas, la palpitación jadeante de las máquinas.

— ¿Y qué más? ¿Qué más?

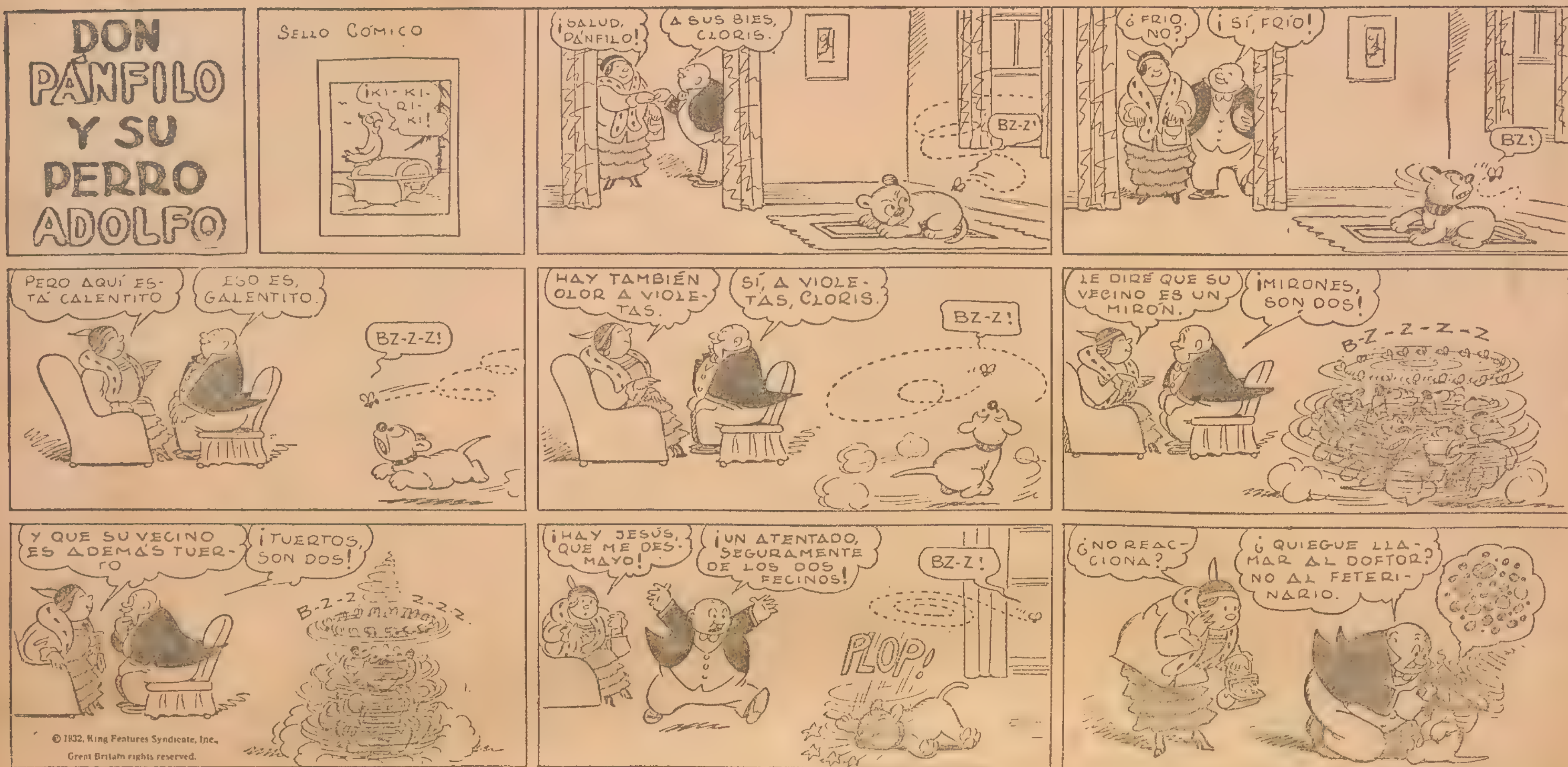
El acento era ahora angustioso, casi suplicante. Araujo empezó a experimentar como un mareo ante aquellas pupilas fijas, llenas de cosas misteriosas...

— Dígame usted la verdad, Araujo...

Sintió que dos manos ardientes se aferraban a una de las suyas; el aliento de Alicia Salazar pareció abrasar sus mejillas.

— ¡Alicia!... ¡Alicia!... Que nos pueden ver... Y pensar mal de nosotros... — rogó él, turbadísimo.

Apartóse ella bruscamente, jadeante, cada vez más pálida. Araujo, maravillado, preguntábase si esa Alicia Salazar que tenía delante, descompuesta por emoción profunda y



extraña, era la misma que vió subir a bordo en el Havre, la misma que endulzaba con sus conversaciones sutiles o triviales, incoherentes a veces, los ocios largos de aquel viaje.

¿Qué había en aquella alma?

La joven guardaba silencio. Parecía estar luchando consigo misma, una lucha entre su emoción y su voluntad.

—Déme usted otro cigarrillo...

Se había serenado ya. Araujo advirtió que la mano frágil y blanquísima no temblaba al apoderarse del cigarrillo.

—¿Qué pensará usted de mí..., de nosotras? — preguntó de repente. Y él la miró atontado, mudo, sin saber qué decir.

—Yo, Alicia... Yo... Pues que..., que es usted una de las mujeres más interesantes que he encontrado hasta ahora, palabra de honor... Y si usted me quisiera recitar alguna de sus poesías en francés...

—Déjese de poesías—respondió ella con ligero fastidio. — Sí .., lo que Almanza le ha dicho es la pura verdád...

—¡Alicia! — reconvino él, hábil, discretísimo. Pero ella continuó:

—Sí... Mi padre era un hombre duro, frío, cruel, con los suyos. Cuando él murió, a mi madre ya no le quedaban lágrimas. Y digo que era cruel por su frialdad y su dureza con nosotras, su mujer y su hija. Creo que era igual con los demás. Mis dos hermanos se fueron del hogar cuando todavía casi eran niños.

Hablaba con voz lenta y triste. El olvidado cigarrillo se consumía entre sus dedos inmóviles.

—No hablemos de cosas tristes, Alicia — rogó Araujo con acariciador acento.

Por las cubiertas soli\ rias sólo veíase pasar de cuando en cuando algún camarero apresurado. El llanto de las espumas tornábase ronco por momentos.

—¿Tristes? ¡Ah, si no fuera más que eso!...

—¿Quiere que bebamos otro "ginfizz", Alicia? No hay nada mejor para los nervios... Y usted está muy nerviosa...

—Bueno. Pero con muy poco "gin". En cuanto a mis nervios...

El italiano resplandeciente sirvió los vasos azules y desapareció. Araujo experimentó una sensación de alivio. Era el menos curioso de los hombres, y, aunque bueno y generoso, le aterraba la idea de servir de confidente a una mujer en trance de revelaciones más o menos desoladas. Hombre, al fin...

Pero ella volvía al tema con melancólica insistencia.

—Le decía que mi padre...

El la interrumpió dulcemente.

—Hay caracteres así, Alicia... Hombres de exterior helado y rígido, pero llenos de luz y de calor por dentro... Yo he conocido algunos...

—¡Qué poco me conoce usted! — quejóse ella, sonriendo tristemente. — ¡Y con qué delicadeza trata de desviar la conversación, de esquivar el tema!... Pero yo debo decírselo... Decírselo todo, después de lo que ocurrió anoche...

La vió palidecer otra vez. Araujo oyó el roce de un vestido femenino a su espalda, y al volverse, se encontró frente a Florencia Bulmer de Salazar.

—Te he estado buscando por todo el barco, Alicia — dijo con voz tranquila, paseando su mirada clara, interrogadora, del rostro del diplomático al de su hija. — ¿Por qué no has venido a almorzar?

—Ya voy, mamá — murmuró la joven, poniéndose de pie.

Lucio Araujo, inclinándose, las vió alejarse por la cubierta solitaria. En la entrada del bar tropezó con Mr. Silverton. Los ojos enigmáticos del inglés estaban fijos en las dos mujeres que desaparecían en la puerta del comedor.

Luego se aproximó al diplomático.

—Señor Araujo...

Las pupilas de color de agua, bajo las cejas rubias, del pasajero británico, escrutaban los suyos, penetrantes, implacables.

—Usted dirá, Mr. Silverton...

El otro se inclinó hacia él, grave, casi sombrío, y le dijo en inglés:

—¿Cuánto quiere usted por los papeles que anoche le confió la señora de Salazar en su propio camarote?

(Continuará en el próximo número)

LA MUJER-ORQUIDEA del LAGO de TEXCOCO

(Continuación de la página 17)

"Consejo de los Caxcanes" y socio de la "Institución de los Quetzales", que está resucitando pacientemente la sabiduría autóctona. Un viejo herbolario me contó la historia de la orquídea de Xochitlquetzal. La historia de la flor...

—Ya nos la contó usted aquella noche pasada en su casa, ¿recuerda? —le interrumpió el señor Aranda.

—Y la recuerdo perfectamente — agregué; — por cierto que no me dejó pegar los párpados en toda la noche..., lo que me permitió oír ciertos ruidos...

—¿Oyeron ustedes? — preguntó bruscamente el alemán.

—Oímos — afirmamos los dos.

Reflexionó un segundo, y exclamó:

—¡Mejor! Así comprenderán con más facilidad.

Luego reanudó su relato como si tal cosa:

—Lo que todavía ignoran ustedes es que los bulbos de las orquídeas se nutrían con sangre humana, con la de las víctimas inmoladas en el altar de Huitzilopoztli, dios de la guerra. El herbolario me procuró uno de esos bulbos, hace de ello muchos años, y entonces se me ocurrió repetir la experiencia del sacerdote Metzhuacama.

—¿Crear una Zochitlquetzal?—pregunté.

—O simplemente una mujer—afirmó el alemán.

—¡Eso es imposible! — exclamó el señor Aranda. Y con franqueza natural en él, agregó: — O está usted loco de remate, o quiere hacerse pasar por tal... Esa historia es simplemente una novela aconsejada por sus defensores...

—Escuche hasta el fin, amigo Aranda — dijo Her Forcht con bohomía, — después piense lo que le dé la gana; a mí me importa un comino su opinión. Ninguno de ustedes es mi defensor ni puede hacer nada en pro de mi inocencia porque he declarado todo, como lo estoy haciendo ahora.

Se acomodó en su asiento, y dijo:

—Decía que los bulbos de las orquídeas empleadas por Metzhuacama se alimentaban de sangre humana. El error residió en el empleo de sangre masculina, cuando debió ser de mujer; por eso no lograron éxito completo. Además, la ciencia oculta de Netzahualcóyotl era incompleta, rudimentarios sus conocimientos astrológicos y mágicos... Los magos y ocultistas que escaparon a la catástrofe vulgarmente conocida por Diluvio Universal, y que fué la causa de la desaparición de la Atlántida, se refugiaron en las altas tierras de Oriente. En las altiplanicies de Irán yacen sus secretos más extraordinarios; por eso Persia, Afganistán y Beluchistán...

Her Forcht se había transfigurado al hablar así, y su razón incomprensible para nosotros, o su locura genial, inspiraba respeto y admiración.

—Sería abusar de la paciencia de ustedes enumerarles las mil prácticas usadas por mí para lograr lo que no lograra sino de modo incompleto, el sacerdote de Xochitlquetzal. Sepan que eché mano de todos mis conocimientos europeos más modernos, de todo el producto de mi saber ocultista y astrológico, de todo lo que enseña la mal llamada magia negra o demoníaca, de todo lo que sé como iniciado mazdeísta. La sangre necesaria al triunfo de mi experimento me la proporcionó mi propia esposa, la que oyeron quejarse aquella noche... Ella estaba dispuesta al sacrificio, a la transfusión de todo su ser humano en la flor extraordinaria que había logrado producir a fuerza de paciencia y energía. La orquídea de Xochitlquetzal era ya una mujer cuando ustedes llegaron a mi casa, pero una mujer vegetal aún; necesitaba todavía adquirir la conciencia humana. La heroica Medy dió hasta la última gota de sangre para la orquídea diosa; dió más aquella noche del "suceso": ¡dió su alma!

Her Forcht lanzó un suspiro desgarrador; se oprimió el pecho, y continuó con voz temblorosa:

—¡Oh, señores! A pesar de mis convicciones sentí en aquel supremo momento algo indecible... La transfusión del alma de Medy en el cuerpo de la mujer vegetal tuvo un éxito absoluto...

(Continúa en la pág. 38)

Elegantes y novedosos



1. — *Traje de lanilla con saquito corto. La pollera ligeramente acampanada en su parte inferior. Este vestido lleva debajo del saco un sweater de lana tejido en punto jersey. En el escote tiras de colores vivos forman un dibujo simétrico terminando en su parte delantera en un pequeño moño.*

2. — *Este otro traje por el estilo del anterior, está realizado en lana tejida. Lleva una chaqueta corta adornada con vivos más obscuros y un cinturón que acentúa el talle, completándose el conjunto con un sweater de color vivo adornado en su parte delantera con un jabot de lo mismo.*

3. — *Traje de mañana en tela de lana diagonal. Tiene un gracioso chaleco cruzado, con gran escote y que, como adorno, luce un pespunte que se prolonga en su derredor, y en su parte delantera una doble fila de botones. El saco largo hasta el ruedo lleva un gran cuello de zorro gris y en las mangas una hilera de botones hasta la altura del codo.*

4. — *Traje en seda muy suple. Su parte delantera es muy sencilla. La novedad de este traje la constituyen los cortes que van sobre las caderas y que terminan atrás en un cinturón que llevan varios frunces y se cierran en un moño.*

modelos de invierno



5. — Pequeño sombrero de forma graciosa, adornado con pespuntes. Sobre la frente forma un elegante pico. Medias de tul muy apropiadas en la época invernal para reuniones y bailes.

6. — Pañuelo de seda en colores pálidos. Gargantilla muy de moda apropiada para fiestas, con cuentas formando pétalos en dos colores. Sombrero en fieltro, adornado con un moño en seda de color más claro.

7. — Sencillo traje en dos colores. La blusa cerrada en el escote por un moño en color distinto al del vestido. La pollera es acampanada y muy amplia en su parte inferior. Tiene cortes que acentúan las caderas.

8. — Tapado en moire. Gran cuello de zorro. En su parte inferior ligeramente acampanado.

9. — Tapado en tela de lana, adornado con piel. Cuello, parte de las mangas y tiras originalmente dispuestas en piel. El cuerpo está cortado en forma japonesa muy amplia.

*10. — Tapado entallado y cruzado, algo acampanado en su parte inferior. **Lleva** un gran cuello de piel que armoniza en color con el tono del tapado.*

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING



1. — *Thomas Meigham.*
2. — *Charles Rogers.*
3. — *Buster Keaton.*
4. — *William Powell.*
5. — *Pola Negri.*
6. — *Clark Gable.*
7. — *Norma Talmadge.*
8. — *Norma Shearer.*
9. — *Gloria Swanson.*
10. — *Anita Page.*

Prosiguiendo con mi serie de análisis casi psicológicos, debo referirme hoy al lector que protesta porque tardo en contestarle. A mi juicio entiendo que debe ser bastante desagradable eso de esperar por una contestación que se hace más tardía que el alza del peso. Y entiendo asimismo que en este lío con el señor que protesta yo llevo las de ganar, lo que no impide que él piense todo lo contrario, y semanalmente despache una carta portadora de sus quejas dichas de las más diversas maneras.

—Pero, ¡señor King! —dice uno, —¿es que para merecer su atención hay que pertenecer a la alta sociedad y ser socio del Jockey Club? ¡Caramba! ¡Esta es la cuarta vez que le escribo y... las estampillas ya no valen cinco!... ¡Tenga en cuenta la crisis, amigo cronista!

Y yo tengo en cuenta la crisis, el alza de la estampilla y la rabieta del que aguarda. ¡Pero nada puedo hacer! ¿Acaso el espacio de que ahora dispongo es menor que antes? ¡No! ¿Y no empleo la página y media casi totalmente en contestaciones? ¡Sí! ¿Y todo eso no lo he explicado ya un montón de veces! ¡También!

De lo que deduzco entonces que el señor que protesta porque tardo en contestarle, lo hace injustamente, sin tener en cuenta mi defensa, mi imposibilidad para evitar esa demora y el hecho de que no es él solo quien escribe. Además, y esto sucede con mucha frecuencia, la protesta es un poquito tonta. Veamos: un lector me pregunta hoy dónde nació Edmundo Lowe. Por regla general son tres las semanas que deberá aguardar antes de obtener contestación. Pero sucede que casualmente otro lector me ha hecho la misma pregunta tres semanas antes, y entonces la respuesta aparece a los dos o tres días de haber el primer lector enviado la carta. Aunque la contestación no es para él directamente, es innegable, en cambio, que en ella hallará satisfacción a su pedido, es decir, sabrá cuándo nació Edmundo Lowe. ¡Pero eso no importa! Porque como la respuesta no fué dirigida a él... Pasan así dos semanas y ese señor, que ya sabe de memoria dónde nació tal actor, lanza su airada protesta.

—¡Pero esto es el colmo, King! Hace cuatro meses le pedí un dato cinematográfico, y aún no se ha dignado contestarme! Si no puede facilitarme esa información porque su sabiduría no le da para tanto, hágamelo saber, dígame por lo menos que ha recibido mi carta, dé señales de vida, contésteme...

Y yo por milésima vez pongo el disco que hace oír la cantinela del exceso de cartas, del espacio, etc., etc. Pero el disco debe estar gastado porque a juzgar por los resultados que obtengo, nadie entiende lo que dice...

★ Encantado de volver a tener carta de ustedes. ¿Cómo les va? ¿Qué tal pasaron Año Nuevo? ¿Y Navidad? ¿Y la fiesta patria? ¿Contribuyeron al Empréstito Patriótico? ¿Por qué tardaron tanto en escribir? Bueno; a ver si me contestan a todo eso en la próxima. Yo, por ahora, voy a contestarles a ustedes. Algunos de los artistas más fotogénicos de Hollywood son **CLIVE BROOK, LORETTA YOUNG, BARRY NORTON, RAMÓN NOVARRO, PHILLIPS HOLMES, PAUL LUKAS, IVOR NOVELLO, JEANNETTE MAC DONALD** y otros que ahora no recuerdo. **MARY PICKFORD cumplió 39 años el 8 de abril** pasado, y ha filmado más o menos cuarenta películas. Sí; creo que **El código penal** es lo mejor que ha hecho **BARRY NORTON**, además de enamorar a todas las porteñas. **LON CHANEY** murió a los 47 años de edad. **LORETTA YOUNG se pronuncia Loreta Iang y SALLY BLANE, Sali Blein.**

a **Joe y John.**

★ ¿Que está usted enamorado de **ANITA PAGE** y no sabe qué hacer? ¡Pues yo en su lugar iba de inmediato a pedirle su mano al papá...

a **Juan Ríos.**

★ No; **NILS ASTHER** no es norteamericano, sino sueco. Esa jovencita de **En pos del amor** es **MARIAN MARSH, nacida en las Indias británicas el 17 de octubre de 1913.** ¿Qué cuanto le costará solicitarle una foto a **BARRY NORTON**? Yo creo que colicitársela no habrá de costarle más que los diez centavos de la estampilla. Ahora que en cuanto a recibirla... tampoco creo que le cueste mucho, pues **BARRY**, como buen porteño sabrá ser condescendiente y comprenderá..., comprenderá que si no la envía gratis será muy difícil que de Buenos Aires le pidan muchas...

a **Etelvina y Lola.**

★ En efecto; no son pocas las veces que he podido advertir que las películas son cortadas en determinados cines de esta capital. Por ejemplo: **Hoja de escándalo** y **El hijo del destino.** Naturalmente, esto es incorrecto pero no deja de tener sus ventajas, porque suponga usted que la película es mala. La cortan, es decir cortan el mal y el público se retira satisfecho de haber soportado por poco tiempo tal exhibición. En cambio, si la película es buena significa que el dueño del cine recordó aquella máxima de Gracián que dice: **"Lo bueno, si breve, dos veces bueno"** y la puso en práctica...

a **Una Chacarera.**

★ **VERA REYNOLDS** nació el 25 de noviembre de 1907 y **LYA DE PUTTI** era húngara, de Vecse. **THOMAS MEIGHAM, BETTY COMPSON** y **LON CHANEY** fueron los protagonistas de **Hombre milagroso.** Sí; recuerdo la película **Macho y hembra** interpretada por **LILA LEE, THOMAS MEIGHAM** y **GLORIA SWANSON.** Puede usted estar segura de que **Quo Vadis?** fué filmada hace más de cuatro años. Por lo pronto, le advierto que yo la vi hace seis.

a **Octaviano.**

★ ¡Por favor le pido a usted, lo mismo que a todos los demás lectores, que no hagan preguntas relacionadas con los valores artísticos de **GRETA** y **MARLENE!** ¡Nada de nuevo puedo decir, ni en serio ni en broma! ¡Tanto hemos ido a la fuente que la pobre se secó!...

a **Luis Cortel.**

★ **EDDIE NUGENT nació en Nueva York (EE. UU.) el 7 de febrero de 1904 y CONCHITA MONTENEGRO el 11 de septiembre de 1911.** ¿Que para evitar que nos den malas películas el público debería tener derecho a hacer bochinche en los cines? ¡Ese derecho ya lo tiene pero de muy poco le vale! ¡Casi todos los biógrafos tienen las butacas aseguradas contra el piso!...

a **Guerrera.**

A Vd. le conviene saber que...

Al conocido galán Clark Gable no le agrada que lo comparen con Rodolfo Valentino, de quien muchos se han empeñado en decir que es el sucesor.

Lewis Ayres está pagando actualmente las deudas que, cuando soltera, contrajo la que hoy es su esposa, Lola Lane.

Constance Bennett usa continuamente en su brazo una pulsera que jamás se quita. Hay quienes dicen que es un viejo recuerdo de amor.

Marion Marsh tiene apenas diez y siete años de edad, y a cualquier parte que va lo hace acompañada de su hermano Eddie Morgan, que es el encargado de cuidarla.

Greta Garbo ha hecho una gran fortuna en Hollywood, y de quererlo podría duplicarla con sólo firmar un nuevo contrato con la Metro.

William Powell y Richard Barthelmess sus amigos inseparables fuera de los studios. Adentro, no se dirigen la palabra.

Tom Mix ha filmado ya dos películas de cow-boys.

Charles Chaplin, luego de su prolongado viaje por varios países europeos regresa a Hollywood donde reanudará sus tareas como director y actor cinematográfico.

★ Sí; las películas cómicas me agradan mucho, sobre todo las de cow-boys... **A JEANNETTE MAC DONALD** envíele la siguiente carta: **Dear madame: since the day I saw you in one of your pictures I became one of your most devoted fans. Here you have many fans because you are certainly one of de most known stars. There is something. I want to ask you. I am anxious to have one of your lovely photos. Will you be so kind as to send it to me? Thanking you very much in advance I am yours truly. (firma)** Y le deseo que tenga usted la suerte suficiente como para que **JEANNETTE** no le envíe, en lugar de la foto una tarifa de precios...

a **Joven ambicioso.**

★ **A LORETTA YOUNG** escríbale en inglés a **Warner-First National Studios, Burbank (California). Nació en Salt Lake City (Estados Unidos), el 6 de enero de 1912.** Se llama en realidad Gretchen Young, y es hermana de sus colegas **POLLY ANN YOUNG** y **SALLY BLANE,** mide 1.58, cabello castaño, ojos color avellana, y está divorviada del actor teatral **GRANT WITHERS,** con quien se casó el 26 de enero de 1930. Es una

gran bailarina clásica e hizo su debut en la pantalla a los cuatro años de edad. Dejó luego de aparecer hasta que en 1927 volvió al cine actuando al lado de **COLLEN MOORE**. Su última es **El honorable Mr. Wong**, con **EDWARD G. ROBINSON**.

a 2613.

★ Si quiere usted tentar suerte con **CHARLES CHAPLIN** puede escribirle en inglés a **United Artists Studios, 1041 North Formosa Avenue, Hollywood, California**, pero no le aconsejo que lo haga ya que lo más probable es que nunca reciba contestación.

a **Futuro actor.**

★ Esa tarjeta que usted me ha enviado y que **MAURICE CHEVALIER** le remitió, dice así: **Paramount Studios, Hollywood; estimado amigo: por la presente le comunico que mucho le agradezco el envío de su amable carta. Sería mi deseo poder enviarle, libre de gastos de franqueo, la fotografía que me solicita, pero tengo la seguridad de que usted reconocerá la imposibilidad de hacer tal cosa debido a la enorme demanda que tengo de pedidos similares al suyo. Por lo tanto, creo que no tendrá ningún inconveniente en remitir el importe de dicha fotografía. Quedo muy agradecido y con la seguridad de que aceptará usted mi agradecimento y mi aprecio.** Sinceramente (firmado), **MAURICE CHEVALIER.** Y en un pequeño recuadro le envía la tarifa de tales fotografías de acuerdo a su clase y tamaño: **Una foto de 12 ½ por 17 ½, diez centavos oro; de 20 por 25, veinticinco centavos oro; de 27 ½ por 35, un peso oro y una de 20 por 25, con retoque a pluma, un peso oro.** Ya ve usted, amiguito, de dónde sacan plata los astros de 1932; de las fotografías que les piden sus admiradores... ¡Ya ni gratis podemos rendir culto a un artista! ¡Ahora tenemos que pagar para hacerlo! En fin, dentro de varios días le remitiré la tarjeta original a su casa, pues pienso publicarla en esta página. Si tiene usted algún inconveniente en ello, le ruego que me lo comunique y se la enviaré inmediatamente.

a **Concordiense.**

★ En efecto, esa película de **TARZAN** ha sido ya finalizada e interpretada por el famoso nadador **JOHNNY WEISMULLER**, que es ahora actor de cine. **CATHERINE DALE OWEN** acompañaba a **LAWRENCE TIBBET** en **La canción del vagabundo**. Y para la próxima haga el favor de no poner términos tan dulces ni dedicarme versitos, por más que sean hechos a cuatro idiomas, como el suyo.

a **Noviecita de King.**

★ ¿Quiere usted una foto mía? Pues aguarde, que para contestarle voy a hacerlo a lo **MAURICE CHEVALIER**: "Estimada amiguita"; mucho le agradezco su atenta cartita en la que me solicita mi foto. ¡Ja, ja, ja! Yo se la remitiría con mucho ¡ja, ja! gusto, pero es el caso que son tantos los pedidos que tengo... Sin embargo, creo que podremos ¡ja, ja! llegar a un acuerdo. ¿Tendrá inconveniente en remitirme su importe? ¡Créame que me ruborizo al hacerle tal proposición, pero qué quiere... ¡Son tantas las chicas que me piden ¡ay! mi fotografía!... De todos modos, aquí tiene la tarifa: **por una foto en la que aparezco con la sonrisa que usé en El desfile del amor, cincuenta pesos** (y conste que ese es precio de liquidación, porque son las últimas que me van quedando); **una en la que estoy guiñando un ojo y sonriendo, sesenta pesos; una de cuerpo entero, con rancho, bastón y sonriendo, cien pesos** (si me envía veinticinco pesos adicionales le colocaré mi autógrafo) y, **por último, una en que aparezco con mi esposa y sin la sonrisa, dos pesos con cincuenta centavos...** Esperando que me enviará usted la platita lo antes posible, la saluda atte., N. N.

a **Noviecita correntina.**

★ **Luces de la ciudad** fué el film que más éxito obtuvo en 1931. A **ANITA PAGE** puede verla esta temporada en **Las calles de Nueva York** con **BUSTER KEATON**. El trabajo artístico de la sueca **GRETA GARBO** me parece bueno. El de **MARLENE DIETRICH**, sin parecerme maravilloso, creo que es muy bueno. No sé si vuecencia me entiende...

a **Marcelo y Connie.**

Si aquí está "el paraíso...

(Continuación de la pág. 7)

ocupación y del hambre.

Yo era amigo de Etchart. Era un profesor estimado por sus colegas y sus discípulos, correcto, inteligente.

Fué al matrimonio empujado por un gran amor. ¡Dichoso júbilo! Pero a los pocos meses el gobierno incluía su nombre en un decreto de cesantías. El flamante hogar quedaba sin amparo. Y cansado de andar y de buscar sin resultado, se pegó un tiro. El último acto de esta tragedia silenciosa y simple se cumplió en la Recoleta...

EN TREN DE COMPETENCIA

La liberación económica de la mujer es un gran paso hacia su liberación espiritual. Pero, ¿y después? ¿Y lo demás?... Los años pasan. El hogar paterno se deshace. La familia no puede improvisarse. Y al llegar el otoño, una inexpresable tristeza se apodera del corazón femenino.

El hombre colocado en situación desventajosa para la lucha por la vida, resiste el matrimonio.

Conozco muchachos de veinticinco años que no se casan porque los ingresos de la novia son muy superiores a los propios. Conozco padres que han asegurado heroicamente durante años y años el pan de sus hijas, a base de sacrificios y de privaciones, y que ven de pronto superada su retribución por el sueldo de esas mismas hijas que se han emancipado de su tutela, y que le compadecen.

—*¡Pobre papá!...*

Se explica. Las mujeres admiran en el varón la superioridad de su talento, de su fuerza física o de sus aptitudes para ganarse la vida. Y cuando esta superioridad no existe o se anula en imprudente competencia, el hombre les inspira desprecio o lástima.

Cada vez será más difícil llegar al matrimonio por las antiguas vías.

EL PARAISO

No sé qué diario extranjero aseguraba días pasados que la Argentina era el paraíso de las solteras. Para ser más exacto, debió asegurarse que era el paraíso de los solteros. Hay millares de muchachas económicamente mejor colocadas para casarse que millares de hombres. Tienen talento, actividad, entusiasmo y... suerte. Es la última mala pasada que el eterno femenino le ha jugado al varón en este mundo...

FIN

No todas son flores...

(Continuación de la página 20)

ramos y nos volvemos a poner en posición, pero determinados a sacarla bien, y nuestro entusiasmo, aunque algo forzado, nos ayuda y sale bien. Muchas veces, después de la segunda prueba, el camerán dice otra vez: "Un momento, hay demasiadas sombras en esto", y la escena vuelve a repetirse.

El camerán está contento, pues así hace más experimentos; pero la tercera vuelve a ser interrumpida por otra causa. Después de haberles hecho tantas observaciones a los actores, termina uno por enojarse y olvidar los papeles, y esta vez nos echa la culpa a nosotros de lo sucedido, y el único consuelo que nos queda, es que esto les pasa a todos los actores de cine, novicios y veteranos.

(Continuará en el próximo número)

Juan y José

(NOTICIAS DE POLICIA)

UN CUENTO DE

B. GONZALEZ ARRILI



I

SIN recurrir a lo clásico, sin lucimiento de citas eruditas, no quedaba persona, en toda la provincia, ignorante del odio exterminador que alimentaba a aquellas dos familias.

La tragedia inicial se registraba en los días de la tiranía rosista, a mediados del pasado siglo. Unos eran federales; la casa, los muebles, los vestidos, echando llamaradas rojas, el cintillo partidario triunfante y desbordante. Los otros eran unitarios, vencidos, los más audaces emigrados, los más serenos, ocultando discretamente la divisa celeste en cualquier detalle del indumento; en el festón de las enaguas, las mujeres; en la inicial bordada del pañuelo o en la escarapela clavada sobre la vuelta de la solapa, los hombres.

Una noche veraniega rodearon la casona campesina — cinco leguas del pueblo — unos hombres emponchados. El dueño de casa, político en rezago, unitario tibio, padre de prole numerosa, tomaba el fresco mirando al guardapatio, bajo los copudos paraísos. Entraron los emponchados, se acercaron, y cuando los perros comenzaron a "torear", cayeron sobre don José y lo degollaron... En la noche negra se oyeron cascos de caballos al galope y en seguida, el grito, aindiado, que celebraba la hazaña.

El rival pueblerino, federal ardiente, don Juan, fué culpado, con razón o sin ella, de aquel crimen. La justicia, menos que ciega, bizca y sin balanza, no intervino. Entonces, los hijos del degollado, juraron vengar aquella muerte. Cinco años después logró uno de ellos enfrentarse con don Juan y acostarlo en el barro de una calleja, con un tiro de pistola que le entró en el cerebro por el camino de un ojo. Los hijos del nuevo mártir de la santa causa juraron, a su vez, acabar con toda la familia del difunto don José.

La cadena trágica eslabonó sus muertes durante más de cincuenta años. Los nietos de don José y don Juan andaban por el mundo oteando la oportunidad de matar y de morir para vengar a sus abuelos. Sus comprovincianos, cada vez que se enteraban de una nueva "desgracia", se convencían más de que "la cosa ya no tenía remedio" y de que "estaba de Dios" que Josés y Juanes acabaran sus días a tiros o puñaladas.

II

Los descendientes de aquellas víctimas y victimarios habían trasladado sus petates a la capital, donde se atemperó un tanto el odio mutuo.

Nieta de Juanes, aunque con apellido distinto por descender de aquéllos por vía femenina, apareció en los salones de la gente enriquecida, Lucía.

Lucía era un encanto trigueño, logrado con esplendor. Tenía unos ojos obscuros que se llevaban todos los homenajes en un naufragio de voluntades. Educada con esmero, unía sus conocimientos a una gran viveza mental, a unas gotitas de picardía y a una reconocida y elogiada bondad de carácter, todo lo que encuadraba muy bien su personal belleza.

Los "pretendientes" le brotaron desde la noche que hizo "su primera presentación en sociedad", famosa fiesta de que hablaron los diarios — y las chicas y las viejas — durante una semana. Pero no los atendió en serio. Se le ocurrieron ridículos, melosos, gomosos, "sonsotes", como ella decía.

El que ella quiso tardó unos años en "llegar", pues lo buscaba con muchos miramientos, y, además, esperando la llamada de un aldabonazo en el corazón...

No podía ella aceptar "al primero que se presentara". De la entraña misma nacíale la fuerza necesaria para "elegir". Lucía no era mujer para ser elegida y resignadamente seguir a quien la eligiera. Ella proponíase "verlo venir" hacia su amor y estar segurísima de que marchaba hacia él sin un solo titubeo. La más ligera duda, la más pequeña vacilación, la más suave y alada de las inseguridades, haríanla desistir de aliar *para siempre* su vida a una vida extraña...

Tal como lo ansiaba, en la misma forma que lo esperaba, *él* llegó. "Vino" en el paseo de una tarde otoñal por los caminos de Palermo. Lo vió, junto a unas plantas chaparras, conversando con un grupo de amigos. Lo vió y sonó el aldabonazo en la grande y segura puerta de su corazón...

Y él la vió a ella descender de su automóvil para andar, cimbreante, por aquellos mismos caminos con sombra de árboles sobre el rosa lavado de los ladrillos molidos...

A poco sucedió lo que debe decirse con unas pocas palabras elocuentes, que el uso y el abuso tienen muy vulgarizadas: se amaron.

Cuando Lucía, valientemente, dijo a los suyos:

—Amo a Diego... Me comprometeré con él...—en su casa se produjo una tormenta: brazos en alto, gestos de enojo, trueno de palabras, relámpagos de miradas enfurecidas.

Diego era nieto de aquellos irreconciliables enemigos que tenían salpicadas de sangre todas las páginas de la historia familiar.

III

Diego le dijo a Lucía la penúltima vez que se vieron:

—Toda esa terrible historia de los nuestros, ya no sirve nada más que como argumento gastado de una novela que ningún autor se atrevería a escribir... Un drama-

Hay odios que se heredan como una enfermedad, como una lacra fisiológica, y por más que se pretenda luchar contra su terrible influencia, tarde o temprano estallan y se realiza la ansiada venganza. Así en este relato de González Arrili, una mujer que ama oye esa voz misteriosa de sus antepasados. ¿Y puede una mujer que ama ser más grande que su propio odio?

turgo, por mucha fe que tuviera en su arte, temería dramatizar, otra vez, el odio sangriento que movió a dos familias... Por mi parte, Lucía, mi amor está por encima de toda esa sangre inútilmente derramada... Acaso, en nosotros, el destino ha querido...

Ella cortó aquel discurso con un enérgico:

—¡No!...

El, apenas desconcertado, quiso insistir:

—Nosotros humanizaremos otra vez a los hijos de Juan y de José con nuestro amor...

Lucía respondió en voz bajísima, como si de golpe fracasara toda su energía:

—Yo no te quiero más...

—Entonces, no me has querido nunca... — exclamó Diego.

Unas lagrimitas aparecidas en los ojos negros de Lucía, esclarecieron suficientemente el punto.

Unas semanas gastó Lucía en balancear sus ideas con sus sentimientos.

Como un químico meticuloso, pesábalos por miligramos, con mucho temor de equivocarse.

Repasó, lentamente, la historia escrita de su familia: cartas, testamentos, recortes de viejos periódicos...

Después a la tía María Juana, la más anciana ascendiente, de clara y firme memoria, hízole repetir la odiosa y sangrienta historia de los Josés y los Juanes.

La tía vieja comenzó su relato como si fuera un cuento para infantes: *"Una vez, en la época de unitarios y federales..."*



Y terminó recalcando con un imprevisto endurecimiento de su mirar:

—Nosotras descendemos directamente de Juan..., pero, ¡es una lástima!... Nacimos mujeres, y las mujeres de ahora ya no servimos para estas andanzas...

—Tía, tía... — protestó Lucía cariñosamente, — te estás poniendo vieja...

A lo que doña María Juana respondió, remedándole el tono:

—Niña, niña, tú eres demasiado joven y no entiendes de estas cosas...

Ambas rieron alegremente.

Entonces, la tía vieja sacó otros recuerdos de los rincones de la alacena de su memoria, historias de mujeres criollas, patriotas, varoniles, magníficas

—La víctima fué una tía mía que yo alcancé a conocer. Tenían la estancia cercana al fortín "Federación"... Un día llegaron unos forajidos que se venían anunciando la aproximación de un malón indio... Ella sola se les plantó a los tipos, con un cachorrillo en cada mano. A uno tuvo necesidad de darle pasaporte para el infierno, metiéndole una bala en la boca, a diez pasos de distancia. ¡Qué mujer!... ¡Y qué buena moza!... Era la madre de tío Salvador...

IV

Han publicado los diarios una noticia un poco confusa para los que no conocen la verdadera historia de Juan y José, y demasiado desconcertante para los que aún creen en la fuerza del amor: en Romeo y en Julieta.

La noticia, sobre poco más o menos, se ha divulgado así:

"La señorita Lucía X., perteneciente a nuestra más distinguida sociedad, ayer descerrajó dos tiros de revólver sobre el joven doctor Diego N., matándolo casi instantáneamente.

"La señorita X., detenida por la policía, se ha negado a declarar las razones que la impulsaron a cometer este homicidio.

"Se sabe que la señorita X. y el doctor N. estaban por comprometerse en matrimonio.

"El deceso del doctor N. enluta, etc."

Hemos podido averiguar nosotros que Lucía después de negarse a declarar frente a los policías, lo hizo ante el juez. Su declaración serena, clara, valiente, no fué más que la historia de Juan y José continuada a lo largo de todos los homicidios que tintan en sangre los recuerdos de ambas familias.

Al final explicó:

—Yo soy nieta de Juanes. Me consideré obligada a eliminar a Diego, a pesar de que lo amaba... Es una fatalidad que el señor juez, posiblemente, no se explique. No importa. Este asunto no tenía, para mí, ninguna otra solucción... Ahora, ¡será lo que Dios quiera!...

V

Juez y secretario, solos, frente a la "homicida", pese a la dura práctica, se sintieron conmovidos.

Aunque no podemos decir si se conmovieron por las razones absurdas del crimen, o por los veinte años magníficos de aquella mujer trigueña...

La MUJER-ORQUIDEA del LAGO de TEXCOCO

(Continuación de la pág. 30)

¡Yo creé a la diosa Xochitlquetzal de una orquídea nacida en los pantanos de Texcoco! Y la orquídea mujer era de belleza incomparable, única, maravillosa... Frau von Kröner y yo quedamos deslumbrados... Era mi esposa, era la heroica Medy... Pero de una hermosura desconocida en la tierra... Había en ella como el resumen del encanto de todas las flores.

El alemán volvió a guardar silencio. Nosotros estábamos sobrecogidos, fascinados; yo sentí vértigo, mental desequilibrio, mareo ideológico... ¡Cuántas nebulosas elucubraciones produjeron mis células grises! ¡Qué variedad de afirmaciones y negaciones relampaguearon en mi conciencia! ¡Qué orgía de ideas contradictorias!... ¿Era posible admitir en este siglo del rotundo "probado" las teorías puramente cerebrales de humanidades tan viejas? ¿Este germano sería alucinado, loco o genio?

Her Forcht nos miró en los ojos sin vernos.

—Continúe usted, ¡por favor!...— le grité.

—Continúo.

Pero no siguió. Su mirada vagó un momento como un pájaro que buscara la rama donde posarse. Luego si:

—La humanidad actual no ha logrado más que una milésima parte del éxito sobre las fuerzas naturales comparado con el que obtuvieron los hombres llamados antediluvianos: atlantes, lemurios... Y no ha logrado más porque su ciencia es unilateral, porque sufre del prurito vanidoso de basar la sabiduría en la obra exclusiva de sus contemporáneos, y confunde, estúpidamente, la charlatanería, el escamoteo y el curanderismo que ejercen algunos pícaros, con las verdades científicas, con las artes auténticas que dominaron aquellos hombres superiores, alcanzando perfeccionamientos que los alzaron hasta los dioses. Frau von Kröner fué ciego instrumento del principio malévolo que rige al mundo de hoy; por eso destruyó mi obra; obedeciendo impulsos repugnantes asesinó a la mujer orquídea, sirviendo los intereses de los magos negros destructores de Atlántida, aniquiló a mi heroica Medy, mi esposa idolatrada convertida en la diosa Xochitlquetzal, espécimen de una humanidad infinitamente superior a la nuestra...

—¡Extraordinario!—exclamó el señor Aranda.

Her Forcht no hizo caso de la exclamación y siguió hablando:

—...Porque somos el extremo producto de una evolución animal, y en nosotros viven los instintos bajos de la bestia en estado latente... El animal es el parásito, el microbio dañino, el bacilo destructor, el elemento que enferma al individuo sideral que llamamos Tierra; el vegetal, por él contrario, lo arropa, lo defiende, lo nimba de nubes y contribuye a su desarrollo y evolución. Frau von Kröner fué el más dañino de los bacilos, el más satánicamente orgulloso de los microbios... ¡por eso la destruí! Ahora espero resignado la venganza de los microbios como ella.

Mi curiosidad no fué satisfecha más que a medias, y aunque el señor Aranda desistió de acompañarme, fuí hasta el jacalón de Her Forcht con la esperanza de hallar en él algo que pudiera ilustrarme.

En su casa no hallé nada, absolutamente nada útil.

Entonces traté de encontrar al herbolario indígena descendiente de Netzahualcóyotl, para averiguar lo que pudiese, pero a pesar de mis esfuerzos no pude dar con él. La policía perdió su pista, y nadie informaba de su paradero.

El cadáver de la hermosa Frau von Kröner, después de servir de material para experiencias a los estudiantes de la Escuela de Medicina, había sido inhumado en el cementerio de Dolores.

Los trozos de la gigantesca orquídea, los restos de la flor mujer, están guardados cuidadosamente en una urna, y las autoridades no permiten que nadie los vea; los sellos que cierran la urna se romperán solamente el día que Her Forcht se presente ante los jueces populares que deben decidir de su suerte.

Los periódicos ya no se ocupan del asunto de Texcoco, interesados por otros crímenes recientes, y yo sé por el alcaide de la cárcel de Belén que el alemán se ha encargado de la panadería, y vive en paz las horas libres, esperando con inalterable tranquilidad que llegue el día de su jurado.

Naturalmente que me prometo no faltar a ninguna de las vistas del proceso, con la esperanza de saber algo más de lo que sé sobre este fantástico drama, digno de la Edad Media por muchas razones, pero incomprensible en este 1932, testigo de las más numerosas y estupendas conquistas del hombre.

FIN

HOJEANDO LOS ULTIMOS LIBROS

Comentarios de LUCAS GODOY

José M. Salaverría: "Iparraguirre, el último bardo"

Editor Espasa-Calpe. Madrid.

En la excelente colección de "Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX", José María Salaverría — que ya había escrito para la misma una cumplida biografía de Bolívar — añade ahora un excelente estudio de conjunto sobre la vida y la obra del más extraordinario cantor de las libertades vascas.



José María de Iparraguirre

La obra de este hombre singular, ingenua y fresca, alcanzó con su himno famoso al roble legendario, "Guernikako Arbola", la nota más alta de su lirismo. Se ha dicho, y con razón, que aquel canto fué la Marsellesa de los vascos. Como la Marsellesa también, nada hay en él de rencor y de odio: "¡Arbol de Guernica, árbol bendecido! Entre todos los vascos, tú eres el árbol profundamente amado. ¡Da y prodiga tus frutos por el mundo! ¡Oh, sagrado árbol, nosotros te adoramos!" Así dice la primera estrofa y en ella están como refundidas las demás.

Guerrillero carlista en un principio, expatriado después, José María de Iparraguirre fué una mezcla desconcertante de trovador y bohemio, de felibre y juglar. Como todo eso lo fué en verdad, según las edades y las tierras. En su vida trashumante de incorregible trotamundos, vivió tan intensamente la vida de las montañas del Tirol como la de los bulevares de París; lo mismo la de las calles de Nápoles que la de los fogones de la pampa. Porque este hombre singular que en su vida no conoció otra cosa que cantar, se vinculó también y en buena parte, a la vida argentina.

Casado en Buenos Aires en 1859, se trasladó después al Uruguay, cuyo paisaje más quebrado que el nuestro, le recordaba en algo las serranías de la tierra nativa. Olvidado de todos, después de haber conocido la popularidad más radiante, vivió en Uruguay alrededor de diez y ocho años. Y allí hubiera terminado sus días, a no mediar una circunstancia dolorosa para su patria, pero que le devolvió a Iparraguirre su altísimo prestigio de cantor de la patria. La ley de Cánovas que suprimía los fueros vascongados trajo, como era de esperarse, una vigorosa reacción regionalista. Sus paisanos de las Españas volvieron los ojos al bardo inspirado, y un intenso movimiento dirigido a reintegrarlo a su país alcanzó, por fortuna, el mejor de los éxitos.

Como un triunfador, Iparraguirre pisó la dulce patria: candoroso y límpido a pesar de los años; sin dolor y acritud, a pesar de los reveses. Con su vieja guitarra que había paseado bajo tantos cielos, de nuevo empezó a cantar. Y así siguió hasta el día de la muerte. Así lo ha fijado el escultor en la estatua que se alza en Villarreal de Urrechua.

Vasco por la raza y por el cariño que guarda a sus tradiciones, José María Salaverría ha evocado al "último bardo" con generosa emoción, lo ha acompañado en sus andanzas, lo ha seguido a través de sus versos cristalinos. No contento con eso, y deseoso, sin duda, de pintar vivamente el paisaje que Iparraguirre amó más que a ninguno, Salaverría ha evocado en páginas hermosas los blancos caseríos de las montañas, "basarri eder, zuri zuriak", y la belleza adusta de sus barrancos.

El libro pierde así buena parte de su unidad. Dijérase que a falta de material biográfico suficiente, el ilustre escritor de los "Retratos" se hubiera propuesto evocar el alma vasca a través de un poeta primitivo. Se explicarían así las digresiones del texto, y los ensayos del apéndice. Pero poco importa, sin duda, ante el propósito plenamente realizado de ahondar con sutileza en obscuros rincones del alma de una raza.

M. S. Victoria: "Descartes"

Edición de la Universidad del Litoral. Santa Fe.

Después del poeta, hablemos ahora del filósofo; después de la vida aventurera, la vida razonable... El señor Victoria, que conoce bien el tema que ahora expone, se ha propuesto en su breve ensayo señalar en Descartes las líneas más fundamentales de su pensamiento. Ha compuesto para eso un esquema sencillo, y aunque su prosa carece de robustez y de nervio, consigue interesar dentro de su uniforme tono gris.



Descartes

Trabajo sin originalidad y sin grandes méritos, no deja por eso de ser útil. Escrito con una intención de vulgarización, no puede ser apreciado desde un punto de vista superior.

Raniero Nicolai y Carlos Bosello: "Risata Argentina"

Los señores Nicolai y Bosello han tenido la feliz idea de traducir al italiano una serie de cuentos de humoristas argentinos: desde el más clásico de todos, el incomparable Eduardo Wilde, hasta los valores menos inseguros de los contemporáneos.

Fué propósito de los compiladores, según lo declaran textualmente, "ofrecer un panorama completo", y aunque se disculpan a continuación de algunos olvidos involuntarios, no sería ése el reproche más indicado. Quizá se podría hablar más bien de algunas inclusiones involuntarias...

Pero si no todas las producciones se justifican plenamente en una antología, no es menos cierto que constituye un esfuerzo meritísimo, y al cual un ensayo de Enrique Méndez Calzada sobre el humorismo argentino, le añade, además, la autoridad de su prestigio.

La SEGUNDA ESPOSA

(Continuación de la pág. 5)

Hace unos días estuve en una gran casa de modas, y, francamente, lo que allí vi me dejó asombrada.

Suspiró tenuemente, pues, a la verdad, las tales exhibiciones le habían gustado poco. Aquel revoloteo de mujeres lujosamente ataviadas, mirando vestidos, hablando de vestidos, no pensando sino en vestidos, y todas aquellas maniquíes pirueteando y ambulando entre la concurrencia femenina, tal cual si los vestidos fueran la única cosa importante de este mundo, dejáronle un sedimento de agobio que no lograba desvanecer.

Una mujer a su lado le había dicho:

—A mí me encantan las modas. ¿Y a usted?

—También... Así creo, por lo menos, — contestó, ensimismada.

Pero bien sabía que no era así. Gustábale, ciertamente, el traje sobrio, bien cortado y confeccionado, que prestara a la finura de la mujer un sello de sencilla elegancia, pero esa preocupación por las ropas — ropas como arte, ropas como ornamento — le parecía un absurdo.

Mas, había que cambiar, tenía que parecerse a la otra, y en ese propósito fué perseverando con las instrucciones del modisto, siguió concurriendo a las exhibiciones de modas, ávida de refinamiento, resuelta a adquirir el atractivo de que carecía...

EL RECUERDO DEL PERFUME

—Aquí, para entre nosotros, señora, — dijo confidencial el modisto — este perfume es casi idéntico a otro que usaba Sonia Berkeley. Lo hacíamos especialmente para ella. Pero este año esa extraordinaria mujer no se sirve de nuestra casa.

María estimó que había llegado al pináculo de la ciencia modística, y no cesaba de preguntarse qué es lo que pensaba Mauricio. Lo que pensaba Mauricio no tardó en saberlo cierta noche, en que al volver a casa la encontró vestida de negro y amarillo entre un aura de perfume que vagamente le recordaba a Sonia.

—¿Qué es eso? — inquirió rudo. — ¿Otro vestido nuevo?



Intimidada por la rudeza del tono, la mujer balbuceó:

—Sí... ¿Te disgusta? No creas que me estoy excediendo en la asignación que me tienes señalada...

—No me refiero a tus gastos. Ya sabes bien, o por lo menos debías saberlo, que lo de la mensualidad fijada para tus gastos es una simple formalidad. Puedes comprarte cuanto te parezca. A lo que me refiero es a que desde hace algunos días te has convertido en una especie de arco iris. Además..., ese perfume es intolerable.

—Tu primera mujer usaba uno igual a éste.

—Lo sé. Ese no es motivo para que lo uses tú también.

Sin escuchar más, María dejó el comedor, tratando de ocultar la angustia que la oprimía.

—Lo aborrece porque le recuerda a la otra — pensó.

Cambióse el vestido amarillo por otro modelo de París, en negro y escarlata, preguntándose si el aroma de Chipre que aún conservaba la tela le recordaría también a Sonia.

Al reaparecer en el comedor, María observó que su marido desviaba la vista del diario y la miraba tenazmente, sin que desapareciera el fruncimiento de cejas.

—He cambiado de vestido — dijo sin rebeldía — a causa del perfume. No es por mostrarte otro vestido.

Él limitóse a contestar:

—¿Quieres que te llene la copa?

Comieron solos y en un silencio torvo. Después de la comida, Mauricio encaminóse hacia la biblioteca para escribir unas cartas.

—Luego, tal vez, vaya un rato por el club. Te ruego que no me aguardes.

María no contestó. Así se separaron. Era su primera querella, brusca, amarga. La mujer se retiró a su habitación, vencida, temerosa de cuanto la rodeaba.

—¡Todo es inútil! — decíase para sus adentros. — He probado de todo, y apenas si se digna fijarse en mí. Soy un postizo en su vida, porque su vida está dedicada a la otra, a la predilecta. Ella está siempre aquí, entre nosotros, como una sombra, como un miraje de la vida que hicieron los dos, y yo, a pesar de ser su mujer, soy menos para él ahora que cuando era su secretaria. Y a todo esto... ¡Señor, Señor! Voy a ser madre. ¡Oh, cuánto me alegra no habérselo dicho! Me alegro que no lo haya adivinado. Ni tampoco se lo diré. Huiremos juntos de esta casa, el nene y yo, y lo dejaremos solo, con los sueños de su sirena.

EL RECUERDO DE LA PRIMAVERA

En las angustias de aquella noche, María había ideado escapar a la mañana siguiente, tan pronto como Mauricio hubiera salido para la oficina; pero era tal su postración al llegar el momento previsto, que se sintió sin fuerzas para preparar las valijas y echarse a buscar nuevo albergue. No se le ocurría adónde podría ir.

Refugiarse en la casa de alguna amiga, suponía tener que explicar su situación, y en aquellas tribulaciones no estaba para explicación alguna.

Antes de dirigirse a la oficina, Mauricio pasó por la habitación de su mujer. Le había contrariado no verla en la mesa a la hora del desayuno, pues eso le demostraba que no había olvidado el incidente de la noche anterior.

Presintió que si aquella noche comían juntos, se repetiría la escena de la noche anterior, y eso, francamente, le seducía poco. Así, pues, resolvió no volver a casa en ese día. Entreabrió la puerta y dijo:

—Esta noche tendremos reunión del directorio y no sé a qué hora podré volver. Probablemente no vendré a cenar.

Al salir de la casa, Mauricio se sentía desasosegado, pues estas escenas le afectaban. Estaba avergonzado, sobre todo, por su irritabilidad de la noche anterior y por no haber sabido tener en cuenta que su segunda esposa era muy joven e inexperta, circunstancias que debían obligarle a ser condescendiente.

De cavilación en cavilación, llegó a pensar que en vez de comer solo en el club, era preferible mostrarse conciliador y llevar su esposa a un restaurante, donde habría una atmósfera menos tensa y la charla cordial sería más fácil.

Resuelto a hacerlo así, tomó el teléfono y pidió comunicación con su casa. La sirvienta — vieja parlanchina — le contestó que la señora no se había levantado aún.

Mauricio se alarmó:

—¡Cómo! ¿No está bien?... ¿Por qué no me telefonearon?... ¿Habrán llamado al médico, supongo?

—No es nada, señor — repuso la fámula; — nada grave, por lo menos. Son cosas naturales en una casada. El señor debe comprender que cuando se sienten los primeros síntomas...

Quedóse atónito. ¡Cómo, María en aquel trance, y él la trataba brutalmente! Aquella revelación dejóle quebrantado.

Pero, ¿por qué razón ella no le dijo nada?... Una sirvienta sabía lo que a él no le habían dejado conocer..., o simplemente había advertido lo que él, ciego, no había sabido notar.

¡Un hijo!... ¡Cielos, cuánto ansió antes un hijo! Pero Sonia temió que esto malograra su carrera artística, aparte de que no le gustaban las criaturas. El querido ideal había sido dado al olvido. Tan al olvido, que ni siquiera lo volvió a evocar durante su unión con María.

Irguióse, entonces, desconocido, alzado el pecho por un extraño gozo. Súbito, abandonó la oficina y ordenó al chauffeur que le llevase a la florería más próxima. Allí compró dos grandes ramos de flores, uno de rosas y otro de violetas, en recuerdo de la Pascua primaveral que pasaron en el campo.

NUEVA VIDA

Finalmente, cuando llegó a su casa, subió a brincos la escalera, hasta encontrarse frente a la habitación de su mujer. Llamó a la puerta, y, como hubiera de esperar un rato, trató de abrir sin aguardar la contestación. La puerta estaba cerrada.

—¿Quién es? — preguntó María desde adentro.

Abstúvose de contestar. Quería sorprenderla, cubrirla de besos y de flores.

Extrañada por aquel silencio, y creyendo que la que llamaba era la sirvienta, María abrió las hojas de par en par. En aquel momento hacía los preparativos de viaje, entre baúles, valijas y ropas diseminadas sobre la cama.

Llevaba puesto el mismo vestido obscuro que usara el día de su casamiento. No quería llevar consigo ninguno de los vestidos suntuosos, ni ornamentos llamativos que tan lamentablemente había usado para imitar a la primera mujer de Mauricio. Antes los aborrecía, por los sufrimientos que le habían ocasionado.

—¡María! — gritó convulso, reteniéndola con firme suavidad. — ¿Qué significa esto?

María, pálida, alzo los ojos hacia él:

—Lo que ves te lo demuestra bien claro. Pensaba partir antes que tú volvieras.

Transfigurado por el asombro, Mauricio se acercó, sujetándola por las muñecas:

—Pero, ¿qué significa esto? ¿Adónde pensabas ir?

—¿Qué importa adónde pienso ir? — repuso, amargada. — ¿Se te importa algo, acaso?... Huyo de esta casa porque no puedo seguir imitando a Sonia. Hice cuanto pude, pero de nada sirvió. No puedo cambiar, no sé ser otra, y como tú me rechazas tal como soy, mejor es separarnos. No puedo seguir más esta comedia.

Y rompió a llorar. Lloraba mansamente, escondiendo su desencanto entre las manos.

Conmovido ante aquella inesperada revelación, la atrajo vivamente hacia sí, estrechándola entre sus brazos y conduciéndola hacia una butaca, donde la hizo sentar y se arrodilló ante ella, sin dejar de tenerla abrazada:

—¡Oh, María, María! ¿Era eso lo que tratabas de hacer? ¿Imitar a Sonia?

Vió claro, entonces, en aquella confusa sucesión de hechos, antes inexplicables: aquellos perfumes, aquel artificio, aquellos trajes chillones; todo eso se le apareció ahora tan sencillo y puro, tan cándido e ingenuo, que sintió un remordimiento vivo, pues en vez de comprenderla y tranquilizarla, en su ceguera no había hecho sino confundirla.

Reclinada la cabeza sobre su hombro, María lloraba sin consuelo.

—¡Oh, perdóname! — dijo, compungida. — Me da tan a menudo por llorar en estos días...

—Comprendo... Debe ser el niño. ¿Por qué no me dijiste el estado en que te encuentras?

Nada se le importó a María cómo o cuándo lo había averiguado. Lo único que supo, al oír la bondad de su tono, es que un peso de ternura en lo hondo del pecho removióse lentamente.

—Yo lo quería, sí, lo quería. Anoche mismo pensaba decírtelo, pero te vi tan disgustado por usar aquel perfume... No pensé que eso pudiera ofenderte. Yo ansiaba por ti ser todo lo que Sonia había sido, hermosa, alegre, elegante; pero no sé, no sé...

La oprimió más estrechamente contra su pecho:

—¡Almita querida! No llores, no llores de ese modo; retén las lágrimas. Es cierto que me disgusté, me disgusté mucho, pero no del modo que supones. Si me irrité tanto, fué porque no quería que fueras una segunda Sonia; porque quiero que seas la tierna, la amante María que besé por vez primera el domingo de Pascua, que engalanaba mi oficina con flores, que vestía con tanto gusto y sencillez. Todo eso que yo amaba sobremanera, y que a mis ojos te hacía aparecer encantadora. Ibase desvaneciendo cuando comenzaste a concurrir a los teatros, a las exhibiciones de modas, y tratabas de parecerte a alguien cuyo recuerdo no me era nada grato.

—Pero tú no me querías tal como yo soy — susurró María más aliviada. — Tú pensabas siempre en ella...

—Tal vez no me dí cuenta de lo mucho que valías hasta el momento que empezaste a esfumarse, diluída en el recuerdo de la otra.

La alentó con su sonrisa franca, haciendo que lo mirase de hito en hito.

—¿Quieres perdonarme, María? ¿Quieres creer que es a ti a quien amo, a ti sola? ¿Y que las sombras del pasado han desaparecido para siempre ante la nueva vida que hay en ti? ¿No ves que más que amor, lo que ahora siento por ti, es adoración?

María se avino a reconocer que la primavera había brotado por fin en su corazón, y que en el alma de él había una vida, así como la había en el cuerpo de ella, y que por esta causa todas las asechanzas del pasado quedaban borradas, como si nunca hubieran existido.

—¡Nueva vida, ricura! ¡Vive confiada en mí!

Y se abrazaron con ansia, con avidez, como seres que al fin se encuentran y no han de separarse nunca más.

FIN

CUENTO PARA LOS NIÑOS

La PRINCESITA FEA

Por E. S. MUÑOZ

EL rey de Crotonia tenía tres hijas: la mayor se llamaba Marabela; la siguiente, Serina y la menor, Grumenda. Las dos mayores eran hermosas como los lirios recién abiertos, mientras que la pobre Grumenda era de una fealdad única; tan fea, que había merecido el apodo de "Picio", y por "Picio" era conocida en toda la comarca.

Pero, como ocurre siempre, Marabela y Serina, validas de su belleza, eran altivas, descorazonadas y orgullosas; la antítesis de la infeliz "Picio", que era toda bondad y que no podía ver miserias sin remediarlas.

Un día al rey padre se le ocurrió la idea de casar a sus hijas, y, naturalmente, puso sus ojos en los príncipes de los reinos vecinos al suyo. Envió un emisario a ofrecer la mano de las tres, y el emisario retornó diciendo que los príncipes estaban conformes en contraer matrimonio con las dos primeras, pero que ninguno estaba dispuesto a aceptar la mano de Grumenda ni acompañada de todo el oro del mundo. El rey padre se cuidó muy bien de dar tan ingrata noticia a la pobre "Picio"; concertó el matrimonio de Marabela y Serina, y se realizaron las dos bodas el mismo día que el rey cumplía años. Cuando las dos princesas hubieron partido con sus esposos en viaje de novios, Dorilo, el rey padre, llamó a Grumenda a su aposento y le dijo:

—Hija mía, mi gusto hubiera sido que tú también hubieras contraído matrimonio al par que tus hermanas, pero...

—No me lo digas, padre mío. Con harto dolor sé cuál es la causa por la que no pudo cumplirse tu deseo. Soy muy fea y nadie me quiere.

—Así es, pobre hija mía —musitó Dorilo, enjugándose una lágrima.

—Sin embargo, si tú lo consientes, padre mío, yo podría casarme.

—¿Casarte? ¿Con quién?

—Ahí está el inconveniente, padre mío. El hombre que me pretende, y que me ha ofrecido su amor y su nombre, es un hijo del pueblo, pobre y feo como yo. Hace dos meses que lo conozco; todas las tardes, al bajar al jardín para contar a las flores, a los pájaros y a las claras aguas del manantial mis cuitas de mujer desventurada, el hombre ése ha surgido a mi lado de entre las matas y me ha hablado con una voz tan dulce que jamás oí otra igual. Desea casarse conmigo, porque es tan desventurado como yo, y me asegura que me hará la mujer más feliz de la tierra.

El rey padre escuchaba a su hija en silencio, sin levantar sus ojos

(Continúa en la pág. 55)







CUARENTA AÑOS CAZANDO HOMBRES

(Continuación de la pág. 19)

fermedad? ¿O había temido Chapman que Maud Marsh pudiera acusarlo de calumnia algún día? ¿Acaso sabía demasiado?

Eran las 10.30 del sábado 25. Chapman tendría que ser puesto a disposición del jurado el lunes. Mientras Godley se dirigía al Ministerio del Interior, aclaraba la situación de Clark — que fué puesto en libertad catorce horas después — y conseguía más detalles sobre Maud Marsh e Isabel Taylor, yo empecé a ocuparme de la correspondencia en ruso de Chapman. Descubrí que había nacido en la Polonia rusa en 1865. Su verdadero nombre era Severino Klosowski, y en cierto momento había sido barbero médico al servicio del ejército ruso y ayudante de cirugía en un hospital de Varsovia.

Había llegado a Inglaterra en junio de 1887, empleándose en una peluquería de High Street, en el barrio de Whitechapel. Por aquel tiempo empezaron los misteriosos asesinatos, de "Jack el Destripador de mujeres". Hacia fines de 1888 Chapman se trasladó a los Estados Unidos. Por lo que hace a Londres, los crímenes del "Destripador" cesaron por aquel entonces, pero, en cambio, conmenzaron en Norte América una serie de crímenes idénticos que hicieron imperar el terror allá.

Nunca pudimos probar que Chapman era "Jack el Destripador", pero no sólo las fechas concuerdan con esta teoría, sino que nadie que no hubiera practicado la cirugía podía haber cometido los crímenes del "Destripador". Según lo descubrí, Chapman había sido cirujano en Polonia. "Jack el Destripador" era un demonio cruel e implacable que mataba por el placer de matar. Lo mismo podía decirse de Chapman.

IDENTIFICADO POR SU ESPOSA

Revisando las cartas me encontré con que cuando Chapman regresó de los Estados Unidos en 1893, se había casado. ¿Vivía esa mujer o habría sido una más de las víctimas de Chapman? Salí a buscarla el domingo. Todo lo que tenía para guiarme era su nombre de soltera — Baderski — y una dirección en Stepney, que figuraba en una carta.

Según me lo temía, la casa aquella había tenido una larga serie de inquilinos desde aquel remoto tiempo. Después de entrevistar a unas sesenta personas di con un rastro que me condujo a Walthamstow, donde encontré a Estanislao Baderski, hermano de la esposa legal de Chapman. Aunque hacía mucho que se habían separado, Lucía vivía aún y conseguí de Estanislao su dirección.

Un par de días después Lucía reconoció en Chapman a su esposo.

— ¡No conozco a esta mujer! — declaró Chapman.

— ¡Ah, Severino — exclamó ella, — no digas eso! Recuerda la ocasión en que casi me mataste en América.

Hacia fines de la semana tenía como veinte testigos que reconocían en Chapman a Severino Klosowski. La autopsia de los restos de Isabel Taylor, enterrada dos años antes, reveló la existencia en sus intestinos de gran cantidad de antimonio, polvo blancuzco y ligeramente dulzón, que tiene, con otros venenos, la particularidad de evitar la descomposición de los cadáveres.

Comprobamos que Chapman había tenido una barbería en Hastings y que vivió allí con una tal Catalina Chapman. Un día adquirió media onza de antimonio en una botica de la localidad, y tres meses después se alejó con su esposa.

Busqué a esa mujer, y resultó que había muerto en la taberna del "Príncipe de Gales", de la cual fué propietario Chapman, en la tarde del día de Navidad de 1897.

El médico que había atendido a Catalina había muerto, pero el empresario de pompas fúnebres recordaba el nombre de una anciana que ayudó en el entierro. La encontré en su casa de City Road y me refirió una historia terrible, el proceso de la enfermedad de Catalina había sido el mismo de Maud Marsh e Isabel Taylor. Había sido enterrada en el cementerio de San Patricio, en Leytenston. Desenterrada, el cajón fué abierto por el médico de policía doctor Stevenson y un colega. El cuerpo estaba intacto, ¡era el antimonio en enormes dosis!...

Chapman fué condenado, y seis semanas después murió en el cadalso en la cárcel de Wandsworth.

DEBEN DECLARARSE FRANCOS...

(Continuación de la pág. 3)

portaban directamente sin el bárbaro recargo que significa la vuelta y transbordo en el puerto de la capital. La vida, era, pues, un 70 por ciento más barata, y el capítulo de gastos disminuía considerablemente. Los barcos que llegaban hasta los puertos francos cargados de mercaderías, cargaban las lanas de regreso, adquiridas por firmas establecidas en la capital. Y así, a pesar de la exigüidad de los precios, el poblador vivía y prosperaba.

Abandonando, pues, las tentativas de ensayos infantiles, es necesario que el P. E. devuelva la tranquilidad a la Patagonia, juntamente con sus puertos francos, para salvarla de la atroz miseria en que se debate.

CANDIDUS

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

OBRAS EN PROSA Y EN VERSO

El arte de declamar, por Arturo Lerena. Volumen ilustrado. Publicación del Consejo General de Educación de Entre Ríos.

Cómo y por qué en golf. Advertencias y consejos prácticos para los aficionados al golf. Impreso en los Talleres Gráficos de la Empresa Haynes Limitada, Buenos Aires.

Concéntricas, por Sixto Martelli. Motivos de Buenos Aires. Volumen de 80 páginas, lujosamente editado a dos tintas. Talleres Gráficos de A. Plantié y Cía. Buenos Aires.

Ricardo Gutiérrez, su vida y su obra. Conferencia, por José Eug. Compiani. Establecimiento Gráfico Argentino, Buenos Aires.

El problema notarial, por José A. Negri. Contribución al estudio de una ley orgánica. Prólogo de Adolfo Orma. Editorial Atlántida, Buenos Aires.

El general Quiroga, por Manuel Gálvez. Novela. La segunda de la serie "Escenas de la época de Rosas". Volumen de 340 páginas. Librería y Editorial "La Facultad", Buenos Aires.

El Tunco, por Arturo Mejía Nieto. Novela de ambiente centroamericano. Xilografías y tapa de Francisco Amighetti. Editorial Tor, Buenos Aires.

Tartufo, de Moliére. Versión española de Carlos M. Princivalle. Prólogo de Carlos Sabat Ercasty. Editorial "La Facultad", Montevideo.

El FILM de



LOS HUELGUISTAS TELEFONICOS HAN HECHO ESTRAGOS. — La huelga de los telefonistas ha sido llevada con violencia, según ha podido advertirlo gran parte de la población metropolitana, privada de este importante medio de comunicaciones. Se han derribado postes, se han cortado cables y se han cometido otros excesos, con el propósito de exteriorizar de este modo una protesta. La fotografía que reproducimos muestra el daño ocasionado a los cables telefónicos de las calles Venezuela y Colombres.

¡CUIDADO CON EL ESTORNUDO...!

La Asistencia Pública no se cansa de decirlo, y hace bien, que es necesario prevenirse contra la gripe. Ya se sabe que un estornudo suele ser el comienzo del mal y, conviene entonces evitarlo, adoptando las medidas profilácticas que se aconsejan. Con todo, la población de Buenos Aires y de algunas ciudades importantes del interior, soportan la epidemia que todos los años, al iniciarse el invierno, castiga a buena parte de los habitantes. Es fuerza, pues, no descuidarse para impedir que la gripe siga haciendo de las suyas entre los confiados o indiferentes.





OTRO ESCRITOR FRANCES NOS VISITA Y PRONUNCIA CONFERENCIAS. — Pierre Drieu La Rochelle es una figura juvenil y optimista del ambiente literario de París, que invitado por "Los Amigos del Arte" está dando algunas conferencias que han despertado singular interés en el auditorio. Las impresiones recogidas por el público que acudió a escucharlo, son favorables y es de esperar que no las contradiga más tarde el distinguido escritor, haciéndonos decir "olé", como Paul Morand.



EL DIPUTADO REPETTO SE OCUPA DE LOS DESOCUPADOS.— El representante socialista por la capital doctor Nicolás Repetto, ha fundado en la Cámara de Diputados una iniciativa, en virtud de la cual se crea una comisión parlamentaria, integrada por senadores y diputados, a cuyo cargo estará el estudio del problema que se relaciona con los millares de desocupados que existen en el país. Sancionada ya por las dos cámaras, la iniciativa del leader socialista ha sido puesta en ejecución.



LOS ALMACENEROS CONTRIBUYEN AL EMPRESTITO PATRIÓTICO. — El Centro de Almaceneros, comprendiendo que es un deber colaborar en la obra común de adquirir títulos del empréstito patriótico, dispuso en una asamblea gremial, subscribirse con la suma de cien mil pesos. En la presente fotografía aparecen los miembros de la Junta Directiva que adoptó la resolución que comentamos y que ha producido la mejor impresión en todas partes.

la SEMANA





UNA REVOLUCION MAS EN SUDAMERICA. — Pero esta revolución de Chile, según puede deducirse del cúmulo de noticias que se han echado a volar desde el día mismo en que fué depuesto el gobierno, tiene un significado más trascendental que cualquiera otra. Por lo menos sus dirigentes, dueños del poder, han impreso un carácter socialista al régimen del Estado, y por pronta providencia, han confiscado el Banco de Chile, que pasa de hecho a ser la institución oficial. El pueblo, que llenó las calles en los días de la revolución, sigue atento el desarrollo de los graves sucesos que tienen por escenario el vecino país.



EL DOCTOR GIACOBINI EN CAPILLA. — Después de haber luchado durante tantos años con un tesón digno de mejor suerte, el doctor Jenaro Giacobini, leader del partido de la Salud Pública, está en trance de perder la banca que ocupa en el Concejo Deliberante. Se le acusa, en efecto, de inconducta en el desempeño de su profesión, y para establecer hasta dónde es verdad cuanto se ha dicho, el cuerpo al que pertenece designó una comisión de concejales, que producirá en breve el fallo correspondiente.



EL 25 DE MAYO EN MADRID. — La efemérides patria de nuestra emancipación fué conmemorada en Madrid con una audición especial de radiotelefonía, organizada por el periodista argentino Arturo Romay, quien reunió en los salones de la "Transradio Española" a un grupo de figuras destacadas en el mundo artístico de aquella capital. En la presente fotografía aparece el señor Romay, el cónsul argentino, señor Justo E. Diana, las actrices Lola Membrives, Delfina Fuentes, el poeta Valentín de Pedro, la actriz Aurora Redondo, el actor Valeriano León y otras personas.



Juan Trillo

Carlos A. Pereyra

Carmelo Robledo

Luis Sasdella

Amado Azar

Rafael Lang

Alberto Lowell



LOS BOXEADORES OLIMPICOS

En las justas internacionales de box, los representantes argentinos han hecho un lucido papel, porque supieron demostrar no solamente su destreza técnica, sino también la inconfundible arremetida que desde los tiempos del "Toro salvaje de las pampas" hasta hoy ha constituído algo así como la "marca de fábrica" de los pugilistas criollos. No es difícil predecir, a pesar de que este puñado de muchachos va al propio país del box, que el equipo salga airoso de la dura prueba.



LOS UNIVERSITARIOS ARGENTINOS EN LONDRES. — Las noticias que a diario transmite el telégrafo nos hacen saber que el núcleo de universitarios argentinos que se encuentra viajando por Inglaterra, está siendo objeto de cariñosas demostraciones de simpatía por parte de sus colegas ingleses. En la presente fotografía aparecen los integrantes del grupo de universitarios argentinos, que preside el doctor Waldorp, acompañados por algunas de las personas que acudieron a recibirlos a su llegada a Londres.

ENTRE los derechos que el buen sentido concede a la salud, ninguno más admirablemente humano, sin duda, que el de contribuir a entretener y aliviar el dolor de los que la han perdido.

Por eso no vacilamos en aplaudir y destacar la obra que un grupo de abnegadas maestras, por iniciativa del doctor Jorge — profesor de clínica quirúrgica — realiza en las salas 1 y 2 del hospital Durand, silenciosamente, y sin recibir, por su trabajo, otra remuneración que las apacibles emociones en que fructifica la certidumbre de haber cumplido un deber de humanidad. Dos veces por semana concurren esas maestras a las salas de servicio del doctor Jorge, en el hospital mencionado, y entretienen las interminables horas de los convalecientes, enseñándoles a confeccionar cestas; labor a la que los hospitalizados se entregan con evidente alegría, porque al facilitar un cauce externo a la atención —preparar el esqueleto del canasto o pasar el mimbre sin equivocaciones—evita que los ojos se vuelvan hacia adentro, donde no pueden encontrar otra cosa que angustia. Una angustia que llena de eternidad esas horas que, confeccionando el canasto, transcurren bonancibles y fugaces.

Y es espectáculo digno de ver la satisfacción con que asisten, los hospitalizados, al progreso de la frágil labor, que significa para ellos — más que la certidumbre de otra habilidad, quizá de un nuevo medio de vida — la prueba irrefutable de que son útiles, de que sirven para algo todavía. — ¡Ellos, que al verse postrados por la adversidad y constreñidos a los límites de un lecho, en raptos de pesimismo llegaron a pensar que nunca más servirían para nada!

Así el espíritu se levanta y el cuerpo — llevado hacia arriba por el espíritu — hace frente al embate de la enfermedad y al dolor de la cura con más entereza y con mayores probabilidades de éxito.

Tal el resultado conseguido por el "Servicio Social", que la certera y aguda visión de un médico implantó en el Hospital Durand y que debiera extenderse a todos los establecimientos hospitalarios, donde se reconozca un principio que ningún médico discute, y es que en el cuerpo enfermo hay un espíritu abatido, cuya normalización importa mucho si se quiere combatir, con el mejor éxito posible, la dolencia física.



Un enfermo, que ha llegado a ser un hábil canastero, trabaja con gran entusiasmo en su nuevo oficio desde las primeras horas de la mañana, preparando la labor que le han encomendado sus profesoras.



Maestras tienen a su cargo, en el servicio de clínica quirúrgica del doctor Jorge, la tarea de enseñar a leer a los enfermos analfabetos, que, además, aprenden a confeccionar diversos objetos de mimbre. En esta foto se hallan reunidos cuantos contribuyen con su esfuerzo y su perseverancia a que la obra piadosa emprendida dé los más brillantes frutos. Los cestos que se ven sobre la mesa son todos obra de los hospitalizados.

MANOS MATERNALES JUNTO A LOS LECHOS DE HOSPITAL...



Este joven, a quien se le han amputado ambas piernas, por lo que ha quedado convertido en un lisiado, podrá, sin embargo, ganarse el pan dignamente, gracias al oficio que le han enseñando las señoritas que tienen a su cargo el "servicio social" en el hospital Durand.



A la vez que aprende un oficio que puede serle de mucha utilidad más adelante, el enfermo ha encontrado ahora una ocupación agradable que le ayuda a matar el aburrimiento y la soledad. Veamos con qué atención sigue las instrucciones que le da la profesora que, sin pensarlo posiblemente, realiza una verdadera obra social.



Esta señorita que, además de maestra diplomada, es profesora de manualidades, graduada en la Escuela "Zinny", enseña al enfermo que, luego ha de resultar un hábil operario, la forma de tejer en mimbre. Puede observarse la buena voluntad con que dicha maestra va orientando a su discípulo en el tejido de las varillas y cómo el enfermo le atiende.

MENÚ

PARA TODA LA SEMANA

En nuestro propósito de contribuir a hacer menos pesadas las tareas de las amas de casa, en lo que a las comidas se refiere, continuamos en este número la publicación de nuestro menú diario para toda la semana. Seleccionado con el mejor criterio, estamos seguros que ha de resolver satisfactoriamente este problema, que es, sin duda, uno de los más engorrosos de cuantos se plantean en todos los hogares.

MIERCOLES

Almuerzo	Comida
Fiambre.	Sopa alemana.
Sopa de arroz.	Carne de ternera estofada.
Croquetas de cordero.	Coliflor con salsa blanca.
Tortilla de jamón.	Compota de manzana.
Fruta.	

JUEVES

Almuerzo	Comida
Cima rellena.	Berberechos con mayonesa.
Arroz con pimientos.	Pollo guisado.
Liebre a la valenciana.	Sesos de ternera a la marinera.
Sardinas rebozadas.	Zanahorias con tomate.
Puding ruso.	Bizcochos de crema.

VIERNES

Almuerzo	Comida
Atún en aceite.	Consomé.
Fricandó de ternera.	Pichones con tomate.
Pato asado.	Merluza con salsa.
Pastel de manzana.	Huevos a la marinera.
	Budín de arroz.

SABADO

Almuerzo	Comida
Sardinas en escabeche.	Sopa juliana.
Macarrones al gratin.	Lengua de vaca con legumbres.
Bifes a la plancha.	Tortilla de langostinos.
Salchicha a la italiana.	Crema.
Empanadas a la criolla.	

DOMINGO

Almuerzo	Comida
Calamares rellenos.	Arroz con pollo.
Bacalao con coliflor.	Perdices con trufas.
Lengua de vaca mechada.	Espinacas a la crema.
Sesos de ternera a la marinera.	Becadillos turcos.
Brazo de gitano.	

LUNES

Almuerzo	Comida
Fiambre.	Pecho de cordero con verdura.
Lentejas con jamón.	Pescadilla a la jardinera.
Lengua de vaca asada.	Papas con anchoas.
Tortilla a la francesa.	Fruta.
Compota de orejones.	

MARTES

Almuerzo	Comida
Fiambre.	Bacalao con cebolla.
Sopa alemana.	Puré de zanahorias.
Mondongo a la gitana.	Huevos al plato.
Costillitas a la parrilla.	Mermelada de durazno.
Fruta.	

EL PLATO DEL DOMINGO

BACALAO CON COLIFLOR

Se tiene medio cocida la coliflor; se divide en pencas, se enharinan y fríen. El bacalao, que estará desalado y limpio, se fríe en trozos del mismo modo, esto es, rebozado en harina.

Se arreglan las dos cosas, poniéndolas juntas en una cacerola con un poquito de agua; se le machaca cebolla, que se habrá frito antes, perejil, ajo y miga de pan mojado, deshaciéndolo bien y poniéndolo sobre el pescado y la coliflor. Se deja dar un hervor, sazonando de sal y se sirve.

MEDITE USTED SOBRE ESTE PROBLEMA DIARIO

La FELICIDAD *del* TRIUNFO *en la* VIDA *es* RELATIVA

Por MISIA REMEDIOS

EXISTE en toda comunidad el muchacho ambicioso. El que triunfó; aquel que en los lejanos días de las correrías escolares ya revelaba las cualidades de agresividad que habían de secundarlo tan triunfalmente en la conquista del éxito final.

Invariablemente esos individuos que han llegado, en una u otra forma, al pináculo de la gloria, dejan tras sí, a modo de estela, mujeres y hombres que se rezagaron entregados a existencias que están lejos de ser tan coloridas, tan movidas, tan ostentosamente exitosas. Representan a las gentes que se quedaron en las cercanías del hogar ancestral y que se complacen en recordar sus vinculaciones con el gran hombre que alguna vez vuelve a ellos para visitar la ciudad o aldea paterna, que lo recibe en triunfo apoteósico.



Los que se quedaron, representan casi siempre, para el hijo pródigo que se destacó, el prototipo de lo que hubiera sido él si no lo hubiera acuciado violentamente el afán de progresar.

Cuando el gran hombre vuelve a la aldea de donde salió, en simple visita privada, o a hacer acto de presencia en el homenaje público que se le tributa, constata, con sorpresa y tristeza, que transcurridas las primeras horas, no tiene nada de común con aquellos amigos de toda la vida.

Sus existencias y la suya se han tornado divergentes. La de ellos permanece aferrada a la sordidez de la vida de la aldea pequeña y gris que en sus años de ausencia por las grandes capitales del mundo, parece haberse reducido y empequeñecido aun más y casi ha cesado de tener intereses comunes con la suya.

Juancito, aquel vivaz condiscípulo de los bancos de la escuela, es propietario de un bazar en la calle principal. Elisa, la chica más hermosa de aquellos años, es la esposa de cabellos grises de Cichero, el antiguo jugador de football, que en la actualidad desempeña el puesto de cajero en la sucursal del banco local y tienen cinco hijos. Abel, el orador juvenil, es maestro rural. Aquella noviecita suya, tan fina, tan delicada, Adelaida, se casó con un chacarero y cuida las gallinas, ordeña las vacas y cría media docena de hijos. De los condiscípulos restantes, los que no se trasladaron a otros pueblos o se perdieron en el anónimo, se hallan encadenados a los días vulgares del vulgar ambiente aldeano.

La principal pesadilla del hombre que triunfó es que se siente vivir restrospectivamente en aquella estrecha atmósfera de escasos intereses y pasatiempos más escasos aún.

Los que no se fueron, los muchachos y las muchachas que nunca tuvieron éxito especial en nada, o sintieron las emociones de elevarse por sobre el rasero común, representan los miles y miles que nunca progresaron mucho. Son los que se conformaron con seguir viviendo en un término medio común. Casi por lo general sus vidas son consideradas fracasos, por lo menos desde el punto de vista del que triunfó.

Los sueños de la juventud no tardaron en marchitarse para aquellas gentes. Tal como la cabellera rubia de Elisa y Adelaida ha perdido todo su brillo prematuramente, así también se han deslustrado los ensueños de los que se quedaron, diluídos en la mísera realidad de las vidas pequeñas, vividas en pequeña escala.

El que triunfó los visita en sus hogares. Se desviven por agasajarlo. Echan la casa por la ventana en su honor, pero el esfuerzo resulta pequeño. En balde se preparan las mejores fuentes, se limpia a los niños y se les ordena que traten de conducirse en forma y mantenerse a la altura de las circunstancias. Todo se traduce en sordidez deprimente.

El que prosperó se siente emocionado ante el espectáculo. Le inspira compasión el letargo de aquellas pobres vidas, que contrasta agradecidamente con la suya.

Por cierto que el esfuerzo de lograr la clase de éxito que a él le interesó ha afectado sus nervios y arterias y su casamiento no fué todo lo que él deseaba, aunque la esposa con quien ya hace ocho años que no vive, ocupa una posición social prominente. Sus tres hijos también lo han decep-

(Continúa en la pág. 52)

ENTRE las TRES y

Un cuento de

EL conductor del taxi informó que había sido llamado en la puerta de St. Charles Mansion, Westminster, a las cuatro de la tarde, por un hombre alto, elegantemente vestido y de veintisiete años, poco más o menos, el que le ordenó lo condujese a Gordon Chambers número 5, Portman Square. Durante una interrupción del tráfico ocurrida en la calle Oxford, un motociclista le llamó la atención sobre la actitud de su pasajero, y satisfecha su curiosidad al respecto y convencido de que algo grave ocurría, decidió llevarlo al hospital Santa Martha.

Allí el cirujano de guardia diagnosticó un envenenamiento por estricnina; lo cloroformó y telefoneó a Scotland Yard; pero el hombre murió antes que el inspector detective Bedison llegase al mencionado nosocomio. Su cartera demostró que se trataba del señor Carlos Real, y el inspector, sin perder tiempo, se dirigió a la dirección que el extinto diera al conductor del taxi.

Por el portero supo que el señor Real ocupaba, desde hacía dos años, un departamento del primer piso, uno de los más caros del edificio, y allí el pesquisa fué recibido por Torralva, el valet, que se impresionó mucho al recibir la noticia de lo ocurrido a su patrón.

—¿Sabe usted— le preguntó el inspector —si el señor Real tenía costumbre de visitar a alguien en St. Charles Mansion?

—A la señorita Mendoza—fué la contestación.—La visitaba todos los días de la semana.

—¿Estaba comprometido para casarse con ella?

—No creo que hubiese llegado tan lejos —dijo Torralva,—aunque estaba en camino de hacerlo...

Mientras hablaba, volvióse hacia la estufa y atrajo la atención del detective sobre una fotografía que allí se encontraba y que representaba a una joven bonita, delgada y de unos veinte y dos años. Al pie del retrato se leía el nombre: "Irene Mendoza". Revolviendo el contenido de un pequeño escritorio ubicado entre dos ventanas, Bedison encontró otra fotografía colocada hacia abajo en el fondo de un cajón.

—¿Quién es ésta?—preguntó.

—La señorita Marini—respondió Torralva.

—Parece extranjera.

—Siempre creí que era italiana.

—¿Sabe dónde vive?

—En Chichester Gardens, South Kensington.

—¿Amiga del señor Real?—interrogó el pesquisa.

—Lo era hasta que la señorita Mendoza se cruzó en su camino. Siempre se encontraba aquí, ya sea con una excusa o con otra.

—¿Cuándo vino la última vez?

—El miércoles—contestó Torralva,—pero tenía órdenes expresas de no recibirla. Esperábamos a la señora y a la señorita Mendoza a las cuatro, y faltaban sólo diez minutos para esa hora cuando la señorita Marini llamó. Mucho me costó despedirla, pero ella se arregló para encontrarse con la señorita Mendoza, y le aseguro que si una mirada puede matar, esta última debió caer fulminada allí mismo, inspector...

Habiéndose éste enterado de todo lo que pudo, después de hacer una prolija revisión de los papeles del señor Real, sin encontrar nada que pudiera arrojar luz sobre el misterio de su muerte, abandonó el edificio con los dos retratos en su bolsillo. En camino a St. Charles Mansion, Bedison llegó a la conclusión de que la señorita Marini, sin mucho tacto, tal vez, había sido sacrificada en aras de la señorita Mendoza, y que a él le tocaba ahora la desagradable misión de informar a ésta sobre el asesinato de su presunto galán. Fué recibido, de todas maneras, por la señora Mendoza, quien, al principio, demostró claramente no poder concebir el hecho de la muerte de Real.

—El salió de aquí recién a las cuatro de la tarde—exclamó.—No puedo creerlo. ¿Está seguro de no haber incurrido en alguna equivocación?

—¿Tomó el té con la señorita Mendoza, naturalmente?—sugirió el inspector.

—No—fué la respuesta.—Sirvieron el té algún tiempo después de haberse él ido.

Esto complicaba las cosas desde el principio. De acuerdo con el informe del médico del hospital, el señor Real tomó el veneno algo después de las cuatro, pero si no comió ni bebió nada en St. Charles Mansion, ¿a qué hora pudo ingerir la estricnina?

La declaración de la señora de Mendoza fué confirmada en la audiencia realizada el jueves, en la cual Torralva afirmó que él había dejado al extinto en la puerta de su propio departamento poco después de las tres. La criada de la señora de Mendoza declaró que ella recibió al señor Real a las tres y media y lo condujo inmediatamente al salón, donde le esperaba la señorita Irene sola. Esta manifestó que la víctima estuvo siempre en su presencia durante la media hora que duró su visita, y que no bebió ni comió absolutamente nada. El conductor del taxi confirmó haber sido llamado a las cuatro y que no dejó a su pasajero hasta que éste fué transportado inconsciente al interior del hospital Santa Martha, a las cuatro y veinte. De todo esto se deducía que los movimientos del asesinado eran perfectamente conocidos desde que abandonó Gordon Chambers hasta que llegó al Santa Martha.

El cirujano de guardia, que con la ayuda de un colega había hecho la autopsia, no tenía dudas respecto a que la muerte se debía a la estricnina, cuyos efectos se sentían diez minutos después de ser ingerido el veneno, y como el otro médico se adhirió a este dictamen, el juez resolvió postergar la vista de la causa por quince días.

El inspector Bedison debía, sin embargo, entrevistarse con la señorita Mendoza mucho antes de esa fecha. Entretanto, había una curiosa circunstancia. La señorita Ma-



MEDIA y las CUATRO

TOMAS COBB

rini vivía con su hermano, que era muy conocido como una de las más altas autoridades en cuestiones de venenos y anestésicos. Este hecho lo conducía a la siguiente conclusión: que la mujer rechazada por el asesinado podía conseguir con facilidad la droga utilizada para la perpetración del crimen.

Pero, a pesar de ello, ¿qué razón tenía esa mujer para quitar la vida al señor Real, a quien amaba? Si tenía inclinación para quitar la vida de alguien, ¿su víctima más probable no hubiese sido la señorita Mendoza? De todas maneras, ¿cómo pudo ser administrada la estricnina, como incuestionablemente lo fué, entre las tres y media y las cuatro del martes por la tarde en St. Charles Mansion? ¿Era posible que Irene hubiese falseado la verdad al decirle que el señor Real no había comido ni bebido en su presencia? Y, por otra parte, ¿qué razón tenía ella para decir una mentira?

El inspector Bedison llegó a St. Charles Mansion el viernes por la mañana, a las once, pero con gran disgusto se enteró por la señora de Mendoza que su hija estaba demasiado postrada ese día para recibir a nadie. Tal vez estuviera mejor al siguiente.

Entretanto, como el pesquisa estaba ansioso por ver a la señorita Marini, se dirigió a Chichester Gardens ese mismo día por la tarde, después de ponderarse a sí mismo la necesidad de proceder con toda prudencia. La señorita Marini ocupaba un alto puesto en la sociedad, su hermano era un eminente hombre de ciencia, y aunque el inspector no podía hacerla a un lado en sus investigaciones, convenía no precipitar el procedimiento, dado el estado en que por el momento se encontraban las cosas.

El criado lo dejó un rato solo en el hall, pero cuando estuvo en presencia de la señorita Marini, notó tal expresión de dolor y desesperación en su cara, que en seguida dedujo que si de algo podía dudarse respecto a esa mujer, no cra, por cierto, que ella había perdido el hombre que amaba. Bedison se convenció, también, que era capaz de querer con apasionada intensidad. Cuando se encontró en el cálido y perfumado salón, las finas cejas de la mujer se alzaron en un gesto como de sorpresa ante la audacia suya de llegar a su presencia.

—Probablemente — dijo el inspector, después de excusarse muy a la ligera — se haya usted enterado de la muerte del señor Carlos Real.

—Yo..., yo leí algo al respecto en los diarios de esta mañana — murmuró.

—Creo que era amigo suyo, señorita Marini.

—Mío y de mi hermano.

—¿Venía a menudo a esta casa?

—En un tiempo, sí; pero..., pero no últimamente — contestó, y en seguida agregó con cierta excitación: — Pero lo hiciera o no, no veo qué tenga eso que hacer con usted...

—Permítame explicarle —dijo Bedison — que estamos ante un caso difícil de investigar. En primer lugar, no sabemos aún si se trata de un asesinato o de un suicidio. Si estuviéramos en condiciones de probar que él pudo procurarse estricnina, usted comprenderá que esto aclararía mucho el asunto. Entiendo que el doctor Marini posee una cantidad de drogas para sus experimentos...

—Tal vez, sí; tal vez, no — interrumpió ella. — No me interesa. Pero en ningún caso el señor Real pudo tener acceso hasta el armario en que guarda sus venenos. Está en su laboratorio y siempre lo mantiene cerrado. Guarda la llave en su bolsillo.



—Probablemente—dijo el inspector después de excusarse muy a la ligera, — se haya usted enterado de la muerte del señor Carlos Real.

—No es imposible, sin embargo, que alguien se haya apoderado de ella.

—¿Quién, en nombre del cielo? — preguntó ella.

Bedison vaciló un momento, y después dijo:

—Algún miembro del servicio de la casa, por ejemplo.

Ella rompió en una carcajada en la que había cierto regocijo.

—¿Puede haber algo más absurdo — exclamó — que insinuar que a alguien aquí podría ocurrírsele la idea de causarle algún daño al señor Real?

El inspector Bedison gruñó algo respecto a no dejar piedra sin remover, y finalmente abandonó Chichester Gardens, convencido, por lo menos, que la señorita Marini no habría tenido ninguna dificultad en poner su bonita mano sobre el veneno. Pudo fácilmente sacar la llave del armario del bolsillo de su hermano y apropiarse de lo que deseara durante la ausencia de aquél.

A las once del día siguiente, el pesquisa se presentó nuevamente en St. Charles Mansion, y recibido por la señorita Mendoza, le explicó en seguida la importancia de descubrir la forma en que la víctima ingirió la estricnina.

—No pudo tomarla aquí — replicó la joven con vehemencia. — Es absolutamente imposible. Nada pasó por sus labios.

—Deseo que retrotraiga usted su pensamiento — urgió Bedison, pero de nuevo ella lo interrumpió.

—¡Como si eso fuera necesario! — exclamó. — ¡Como si pudiera pensar en otra cosa!...

—Deseo — insistió el inspector — que me dé todos los detalles de esa entrevista, desde el momento que el señor Real llegó a las tres y media. Por ejemplo: la criada abrió la puerta y lo anunció...

—Claro — dijo Irene. — Yo me levanté y le di la mano. Después ambos nos sentamos.

—¿Dónde se sentaron? — preguntó Bedison. — Usted ve, señorita Mendoza, que deseo reconstruir la escena en todos sus detalles.

Ella se dirigió hacia una pequeña mesa oval sobre la cual había algunas piezas de bric-a-brac y un jarrón azul y blanco lleno de rosas. Bedison le sugirió que debía ocupar la misma silla y en la misma posición, e Irene, cruzando la habitación, se sentó con un codo apoyado junto a una caja blanca con cintas rojas.

—¿Qué contiene eso? — preguntó.

—Chocolates.

—¿Le ofreció de ellos al señor Real?

Bedison habló ansioso, pues se imaginó ya estar sobre una pista. No sería la primera vez que el veneno se hubiera introducido en un bombón de chocolate con crema. Mientras esperaba la respuesta, otra idea se le ocurrió. ¿Y si la señorita Marini, loca de celos, hubiese tramado matar a Irene, en la esperanza de que Real volviese a ella? ¿Y si su plan hubiera fracasado en tal forma, que en lugar de destruir a su rival terminó con su amado?

—No los recibí hasta el miércoles por la mañana — fué la desconsoladora respuesta, y Bedison se encontró tan lejos de una solución como al principio.

—¿Podría decirme de qué hablaron? — sugirió.

—Puedo repetirle palabra por palabra

(Continúa en la pág. 61)

¿Es INDISPENSABLE USAR el ANILLO de COMPROMISO?

Un artículo de
SARA REYLES



CUATRO señoras jugaban al bridge, cuando de pronto la señora de Adams fijó sus ojos horrorizada sobre la mano izquierda de la señora de Miller.

—¿Y su anillo? — le preguntó.

— Hace tiempo que he dejado de usarlo — le repuso la señora de Miller. — Ahora que me tiño el pelo, uso rouge y me hago dar masajes todas las semanas, no voy a desentonar usando un anillo fuera de moda.

La señora de Adams miró con orgullo su anillo, que había sido algo así como un lazo de amor, y, conociendo bien a sus amigas, dijo lo que pensaba:

— Puedes tratar de engañarte a ti misma, pero yo considero mi anillo como un símbolo sagrado; nunca me lo saqué; solamente una vez en que se me hinchó el dedo tuve que quitármelo para hacerlo agrandar.

— ¿Qué pensará usted entonces de mí?... — dijo una señora de la reunión. — Soy casada y jamás he usado alianza.

— Tal vez se haya casado usted sin anillo — contestó la señora de Adams.

—No. Me casé por la Iglesia, con cortejo y todo, y mi cintillo fué llevado sobre un almohadón de raso blanco por un paje vestido de satín, y le prevengo a usted que el anillo tuvo un gran papel en mi casamiento.

La conversación tornóse algo delicada, porque tal vez había de por medio una muerte o una separación. Algo había, y por esto todas las damas guardaron silencio.

La señora de Miller arregló sus cartas y remató dos piques.

— Como usted verá, no hice del todo mal en sacarme mi anillo—agregó la señora de Miller.—Lo mandé platear y le hice grabar unos dibujos. Pero le diré un secreto. Debajo del plateado todavía dice: "Juan a Julia", y, aunque las jotas están algo borradas, aún se leen los nombres.



— No veo el motivo del arreglo — dijo la señora de Adams, y agregó: — Tres corazones. Mataré sus dos piques.

La otra señora que las acompañaba, y que había permanecido silenciosa hasta ese momento, pasó, y dijo tímidamente:

— Nunca me he casado; pero creo que sería mi mayor orgullo el usar el anillo.

— Muy bien — díjole la señora de Adams acariciándole la mano a Ida.

Otra de ellas, una "extraña mujer", mirando el pesado brazalete de brillantes que adornaba la muñeca de su compañera, y la plaqueta, como también los anillos que lucía en sus dedos, pensó que eso era suficiente para vivir tranquila el resto de la vida.

— Creo — dijo — que depende de las circunstancias. Hoy en día las mujeres tienen diferentes problemas. Yo trabajo, tengo mi esposo enfermo y un hijito. Mi posición me interesa mucho más que cualquier sentimiento que pueda tener por mi anillo. Me encantaría usarlo, pero no puedo por mi situación.

Ida puso las cartas sobre la mesa y el partido empezó. En la sala había otras damas; la mayor parte de ellas tenían grandes problemas en su vida.

Una de ellas, divorciada, usaba todavía el anillo de casada, recuerdo del marido, a pesar de que había sido malo. Era joven y tenía un bebé. Odiaba el anillo; pero como siempre viajaba con la criatura, sentíase muy incómoda sin el anillo.

Ella hubiera querido inventar una nueva moda: que los joyeros hicieran anillos especiales para señoras divorciadas. ¿Daría esto resultado?... ¡Quién sabe cómo lo tomaría la gente!...

Había también una joven, casada secretamente, y su anillo, en ese momento, estaba guardado en su cartera elegante, puesta sobre la mesa.

Formaba parte también de la reunión una viuda que había sido rica y que usaba su anillo con lealtad.

Como la mayor parte de las jóvenes eran de esta generación, predominaban los anillos de plantino.

Señoras, como la señora de Adams, había también algunas, que no se hubieran sacado sus alianzas ni por todo el oro del mundo.

Ocupémonos ahora un momento de los hombres, empezando por el señor Adams, en su oficina. Su edad era de cincuenta años, aunque representaba menos, y era bastante buen mozo.

Algo se había descompuesto en el dictafón, y le mandaron una joven estenógrafa para suplir la máquina. Como era nueva en el empleo, y no había visto jamás al señor Adams, se sintió mucho más interesada por su corbata o su nariz que por los ganchos que tenía que hacer sobre el papel. No diremos que el señor Adams fuera un galanteador, pero el interés que demostraba esa joven de veinte años era algo. No tenía aire de casado; pero esto es cosa que pocos hombres casados lo tienen, y no usaba anillo. En cierta ocasión lo había usado, pero hacía ya muchos años que lo tenía guardado en una caja.

Cuando la estenógrafa se fué, el señor Adams se acercó al espejo, se miró la corbata y pasó una de sus manos por su cabellera, sintiéndose satisfecho de su persona.

A menudo le sucedían estas cosas, y él se consideraba dichoso de no verse atado por el anillo. No es que el anillo cambiara sus inocentes pasatiempos, pero le encantaban las jóvenes bonitas y le agradaba que éstas lo miraran con interés.

El señor Miller, a su vez, era un hombre completamente diferente; no era buen mozo, pero sí algo agriado y muy poco interesante. Usaba un anillo en la mano izquierda, pero no era el compañero del que su esposa mostró en la reunión de señoras. Había sido casado anteriormente, y ese anillo era el recuerdo de su esposa muerta.

Hablaba mucho de su primer amor; y a medida que envejecía, hablaba más. ¿Se-

ría ésta la causa por la cual su actual esposa se arreglaba para parecerle mejor cada día? Tal vez. Nadie es capaz de adivinar lo que pasa por la mente de una mujer...

El esposo de la "extraña mujer" que trabajaba, sufría enormemente porque tenía que ser mantenido por ella, ya que es inválido; y le parecía que el símbolo del amor era entonces una farsa, al no poder usarlo.

Ella dice que el director de la empresa en que trabaja la echaría si supiera que es casada. Pero él no está seguro, y por su misma sensibilidad cree que no usa ella el anillo porque las situaciones han cambiado.

La viuda jamás lo supo, pero su esposo le fué siempre infiel, mientras vivió; y ella, en cambio, se pasa la vida siéndole fiel a su memoria.

El muchacho que se casó secretamente con la otra joven, le aconsejó que no usara el anillo; los parientes los hubieran abandonado si hubiesen sabido la historia; y él no tenía dinero. Ganaba solamente veinticinco pesos por semana.

Al ex esposo de la divorciada no le resultaba ningún problema la criatura, y había olvidado lo del anillo. Estaba pensando casarse de nuevo, pero esta vez sin anillo.

Casi todos los anillos de casamiento, tanto los de hombre como los de mujer, encierran un problema.

Dolores de cabeza, pasiones, debilidades, todas esas grandes emociones humanas duermen en esos pequeños círculos de metal cuando el amor gobierna y la fe y la felicidad son ciertas.

Afortunadamente, la mayor parte de las veces la simpatía está representada en los anillos, con tributos de honestidad por ambas partes.

Algunas Iglesias americanas piden que no solamente se use el anillo el día del matrimonio, sino que se usen también los demás.

El anillo no tiene su origen en el principio de la cristiandad, como se supone. Data de los tiempos antiguos. Los cristianos no usaron el anillo hasta mil años después de Jesucristo; sin embargo, existe una historia en la cual se dice que José dió a María un anillo con una amatista.

Los romanos usaban una moneda o un anillo como contrato, y como el casamiento era considerado como un contrato, el anillo asumió la dignidad actual.

A medida que el tiempo pasa, y particularmente ahora, la vieja significación de que la esposa era propiedad del marido, ha perdido su valor en tal forma que muchas mujeres jóvenes rehusan usar anillo. No es que las mujeres constituyeran una propiedad por muchas generaciones, sino que aceptaban los estatutos del matrimonio sin ninguna objeción hasta hace relativamente poco tiempo.

Un esposo podía ser tan brutal como quisiera; podía pegar, tratar mal y hasta echar a la mujer; pero existía el anillo, que era lo que retenía a las pobres e infortunadas mujeres. Después de todo, el verdadero símbolo del amor, ¿no está solamente en el corazón y en la mente?

El casamiento es uno de los tantos ritos sagrados; sólo que los demás no obligan a usar ningún emblema. No es esto, sin embargo, un argumento en contra del anillo; es simplemente una defensa de los que desean no usar anillo.

La forma y el lugar de usar el anillo, ha cambiado muchas veces con el curso del tiempo. El tercer dedo o el cuarto, como los antiguos los llamaban, fueron elegidos sentimentalmente a causa de la creencia antigua de que cierta vena va desde esos dedos al corazón.

El dedo medio de la mano derecha y el pulgar de la mano izquierda se han usado en ciertos períodos para los anillos de matrimonio. Estos no siempre han sido de oro; la plata, el bronce y hasta el cobre se han usado antiguamente.

El martirizar la vida del esposo es mucho más censurable que la profanación del emblema del anillo, si se puede hablar de esta manera. La mujer que lleva su anillo orgullosamente, mientras hace desgraciada la vida de su esposo, es mucho más culpable que una buena esposa y madre que no lleva anillo.

Tal vez la posteridad tendrá que ir a los museos, para ver ese objeto curioso que los hombres y mujeres de 1932 usaban, y que llamaban anillo de compromiso.

Indicaciones prácticas...

(Continuación de la página 14)

que han sido usadas con tanto éxito por miles de mujeres desde su aparición en el mercado hace menos de un año.

Estas pestañas se pueden comprar en muchas casas de belleza y son de un precio bastante acomodado. El paquete en que vienen trae las instrucciones y todo lo necesario para colocarlas.

Antes de mejorar el largo y espesor de sus pestañas con este nuevo método, se debe quitar todo el aceite natural de las pestañas naturales. Lo más conveniente es pasar un algodón mojado en hamamelis por el párpado al mismo tiempo pasándolo también por la piel donde se hayan depilado las cejas.

Cuando se mira en el espejo de aumento, se observará que hay dos juegos de pestañas, uno más espeso y largo que el otro. Esto es porque las pestañas están renovándose constantemente.

Un juego de pestañas adorna los ojos durante unos pocos meses; sesenta días es el tiempo corriente de su duración. Para que no tengamos que sufrir un período sin pestañas, la naturaleza hace crecer constantemente una nueva remesa que llega a su máximo cuando las antiguas se caen.

Para que las pestañas postizas duren más tiempo, es muy recomendable aplicarlas a las pestañas naturales más recientes si éstas son lo bastante fuertes. Por supuesto que tienen que ser de la mitad del largo de las viejas para conseguir esto con buen resultado. Antes de ese tiempo no son lo suficiente fuertes para sostener el peso de la pestaña postiza.

El paquete contiene además de los pelos para usar como pestañas, un par de pinzas para colocarlas y dos líquidos diferentes numerados "uno" y "dos", y un pequeño recipiente de porcelana para usar estos últimos.

Después de limpiar las pestañas con el hamamelis y dejarlas secar, se vierte en el recipiente un poco de líquido para pegar. Se recoge una pestaña artificial con las pinzas, se la sumerge en el líquido y después rápidamente se la sostiene contra la pestaña natural durante un momento, hasta que el cemento líquido se seque. La pestaña en esa forma permanecerá firme durante días. Cuando se haya terminado la colocación de las pestañas postizas, se debe recortarlas para emparejarlas.

El líquido número dos es para quitar las pestañas postizas si por cualquier razón se desease hacerlo. Envuélvase un pedazo de algodón alrededor de un palito de uñas, mójese en el líquido número dos y pásese ligeramente a lo largo de las pestañas. Esto disuelve el líquido número uno, pudiendo entonces remover con toda facilidad las pestañas postizas, sin ningún daño o perjuicio para las naturales.

El agua, las lágrimas o cualquier agente de limpieza no harán caer a las pestañas postizas, sino que éstas lo harán naturalmente cuando las naturales se pierdan.

FIN

VICENTE MEDINA, el POETA que TRABAJÓ VUELVE a España VIEJO y

VICENTE Medina, el popular poeta de los "Aires murcianos", ha vuelto a su tierra después de más de veinte años de ausencia. ¿Recordáis que en estas mismas páginas nos hemos ocupado hace algunos años de él, cuando lo entrevistamos en Rosario, en la prisión donde se encontraba, acusado de defraudación a la importante casa donde se ganaba la vida trabajando como tenedor de libros? ¡Tenedor de libros un poeta como Vicente Medina! Sí, pero sin dejar de escribir versos, porque el verdadero poeta no dejará nunca de volcarse en las rimas, ya sea rey o mendigo, trabaje o no en una profesión prosaica.

EL POETA Y LA COMPAÑERA

El poeta de "La canción triste" vivía burguesamente en Rosario. Había recorrido casi toda la república, desempeñando los más diversos oficios, hasta que ancló en la segunda ciudad de nuestro suelo y mantuvo su hogar haciendo números de día y versos de noche. Vivía con su compañera y con su hija, que le adoraban.

—Ahí va Vicente Medina— decían con admiración y respeto cuando el poeta de la barba nazarena y los ojos cargados de bondad paseaba por las calles rosarinas.

El bardo era feliz, todo lo feliz que se puede ser en este pícaro mundo. Pero de pronto ocurre algo que lo abate con un golpe terrible: pierde a su compañera, y entonces es que comienza a publicar su revista "Letras", escrita casi totalmente por él, y en la cual aparecen sus poemas "La compañera", que es un rosario lírico lleno de cuentas de emoción. Pocas veces en la poesía castellana se han dado notas tan patéticas como éstas, que luego el poeta ha coleccionado en libro. Esas elegías a la muerte de su esposa eran devoradas más que leídas por todos los amantes de la poesía en cuanto aparecían en esos modestos cuadernillos que su autor editaba con su peculio todos los meses. Pasa el tiempo. En cada aniversario de la muerte de la compañera, Vicente Medina va al cementerio de la Piedad, allá en Rosario, acompañado de algunos amigos y admiradores, y allí, en la sepultura donde descansan los restos de la que fué esposa abnegada y cariñosa, el poeta le habla, le dice sus nuevos versos, tal como si la muerta pudiera oírle y agradecérselo. Tanto habían llamado la atención estos actos en cada aniversario, que siempre era más numerosa la concurrencia que se congregaba para escuchar en religioso silencio la palabra conmovida del autor de "Cansera". Y no sólo palabras y versos se oían en la paz del camposanto, sino también música, pues una orquesta dejaba oír sus melancólicos sones junto al "rinconcito de paz del poeta Vicente Medina y de los suyos", que así se llama el pedazo de tierra, rodeado de una verja de hierro, que el vate posee en el cementerio de la Piedad de Rosario.

Apenas recuperó su libertad, en el año 1929, Vicente Medina vino a Buenos Aires a agradecernos personalmente lo que habíamos hecho por él. Los años de prisión le habían blanqueado la cabeza y la barba, y se había hecho más intensa la tristeza de sus ojos de viejo lírico.

LA HUERTA MURCIANA EN EL SALADILLO

El dolor del poeta se va aquietando, se va haciendo más manso como un perro bravo que envejece. Con sus ahorros compra un terrenito en el Saladillo, un barrio apartado y pintoresco de Rosario, y allí, con el mismo amor que él siempre puso para cantar la poesía de su Murcia inolvidable, Vicente Medina levanta una huerta exactamente igual a las de su terruño. La tierra produce frutas y legumbres, y su mismo dueño, el poeta del pueblo, todos los días, en las primeras horas, llega a la ciudad en una jardinera trayendo el producto de su campo para venderlo en algunos comercios del centro.

Aquella huerta del Saladillo parece de égloga. Durante el día se oyen canciones: son los hombres que trabajan la tierra del poeta, quien les da un trato paternal, conversa a menudo con ellos y les aconseja como podría hacerlo el mejor de sus amigos. No hay uno que no tenga verdadera veneración por don



El autor de los famosos "Aires murcianos" en la época feliz en que ni remotamente pensaba que un día él se vería entre rejas, acusado como un vulgar delincuente.

La CANCION TRISTE

De aquel hombre extraño
que esta mañanica se arremaneció,
la gente en un corro
se apiña alreor.

Páece que de tierras lejanas el probe
dista aquí llegó;
tié la barba blanca,
los ojos azules y dulce la vos...
¡Los ojos azules y hundíos, que miran
que da compasión!...
De tóico lo que habla,
ni una palabra siquiá se entendió;
pero entorna los ojos y triste
canta una canción...
¡más triste!... ¡más triste!...
¡como nunca de triste se oyó!

Mienta cosas cantando que naide,
por aquello qu'ice, sabe lo que son:
unas palabricas llenas de amargura
y otras palabricas llenas de dulzor...
Pero por el dejo tan triste, ¡tan triste!,
llega al corazón,
y es verdá que nenguno lo entiende,
¡pero lloran tos!

Páece que habla mentando su tierra
y quereres que allí se dejó...
Páece que habla de hijos y que habla
de nietos
y de algo que al cielo se llevara Dios...
Y se esfarra su pecho en quejíos
ca ves que güelve pa ande sale el sol,
y se ve que se mojan sus ojos
y se siente que tiembla su vos.

Mocicos y viejos
sienten la canción
del tonico triste,
como nunca de triste se oyó,
y es verdá que nenguno lo entiende,
¡pero lloran tos!

VICENTE MEDINA.

y SUFRIÓ TANTO en NUESTRA TIERRA, POBRE. ¿Qué SERA de EL?

Una nota de
LOPEZ DE MOLINA

Vicente. Y el poeta, que siempre se burló de los prejuicios sociales y vivió con la claridad y sencillez de un arroyuelo, sigue produciendo versos y editando libros, sin dejar de cuidar su huerta y bajar todas las mañanas a la ciudad con su jardinera cargada del fruto de la tierra.

Jamás se preocupó de los cenáculos literarios, ni de "hacerse el cartel". Es un poeta tan poeta, que nunca se le importó nada de las escuelas literarias ni de los tejemanejes de esos poetitas que sólo saben hacer ruido alrededor de su nombre y poca o ninguna obra. Vicente Medina pasaba por el período más tranquilo de su inquietante existencia. Entre su huerta, sus versos y su alto empleo en la casa industrial donde trabajaba, su vida laboriosa era feliz. ¿Qué importaba que a sus años tuviera que trabajar todavía? El se sentía fuerte como un roble, y, por lo demás, siempre había trabajado: se inició, siendo un niño, en la escuela del trabajo, de donde han salido los más grandes hombres. "¡Trabajo, trabajo, bendito seas! Dame mi pan y el de los míos todos los días." Esta era la oración cotidiana del poeta.



—¡Qué importa el dolor y el veneno que los hombres nos infiltran— parece decirnos el poeta en esta fotografía,— si se tiene una nietecita así como ésta, cuyas caricias hacen olvidar todos los desengaños y traiciones!..



Junto al gran don Miguel de Unamuno, en el Ateneo de Madrid, aparece en esta fotografía el poeta de "Cansera". Unamuno dió la bienvenida a Vicente Medina, que ha vuelto a su tierra después de muchos años de ausencia. La lectura de los versos de Medina produjo gran sensación entre la selecta concurrencia que asistió al acto.

VICENTE MEDINA EN LA PRISION

Pero está visto que el destino de Vicente Medina es de continua zozobra. En la casa donde trabaja se les acusa de defraudación a él y a otro alto empleado. Son millones de pesos los que andan en danza. A pesar de sus protestas de inocencia, el dulce poeta es encerrado entre rejas. Entonces fué cuando fuimos a visitarlo y dijimos de él estas cosas:

"No han tenido piedad de él. No bastaron sus años de labor, no bastó su prestigio de poeta, no bastaron sus virtudes de buen ciudadano, de hombre que honra a la sociedad en que actúa. Nada de todo esto bastó y se le condenó a cuatro años de prisión, arrancándosele del seno de la familia y de la sociedad como si fuera un delincuente, una fiera peligrosa a la que hay que encerrar para que no haga daño... ¡Bah! Pero para eso nació poeta. Tiene el don maravilloso del canto, y con él ilumina las tinieblas de su celda de monje lírico. ¡Ah, si no fuera por el encanto de los versos! Probablemente este buen viejo se hubiera estrellado la cabeza contra el muro de su prisión. Es el canto el que lo salva, y por eso, como el desdichado se embriaga para olvidar el motivo de su desgracia, Vicente Medina no cesa de derramarse en versos."

Y terminábamos aquel reportaje con estas palabras:

"Yo espero, como argentino, que el indulto ha de concedérsele a Vicente Medina, cual un homenaje de mi patria a este poeta español que desde hace más de veinte años trabaja y canta bajo el pabellón de nuestro cielo."

Al poco tiempo de publicarse esto en MUNDO ARGENTINO, se le concedía el indulto al poeta. No podían desoírnos. Y en esta misma casa tuvimos la profunda satisfacción de recibir el paterno abrazo del buen viejo que acababa de recuperar la libertad.



La clásica pobreza del poeta es la musa que inspira sus versos, la compañera inseparable de su vida. Casi no se concibe un poeta que disfrute de prosperidad.



Así lo vimos a Vicente Medina cuando fuimos especialmente a entrevistarlo en su prisión de Rosario, donde nos dijo que las autoridades lo trataban muy bien, con grandes consideraciones, pero que él no era hombre que se resignara a estar preso. ¡Y cómo podía serlo el admirable cantor de las huertas murcianas y de las vidas humildes y honradas que no tienen otra religión que la del trabajo!

¿QUE HARA VICENTE MEDINA EN ESPAÑA?

Después el autor de "Murria" realizó un viaje por el interior de la república. En todos los centros intelectuales fué recibido con el cariño y la admiración que se merece. Y de pronto, el silencio otra vez. ¿Qué se ha hecho del poeta? ¿Adónde ha remontado el vuelo? Nadie lo sabe...

Hasta que ahora nos llegan noticias: el viejo bardo se halla en su tierra. ¿Habrá ido para sentir el perfume de sus huertas murcianas, que él cantaba siempre con tan nostálgico acento? Al llegar a España ha dicho a un periodista:

— Vuelvo a mi tierra tan pobre como salí de ella. En mi maleta tengo varios libros de versos inéditos y algunas comedias. ¿Encontraré editor para mis libros y empresario para mis comedias?... Pues de lo contrario, tomaré el barco de nuevo y vuelta a América. He trabajado mucho y a fuerza de sacrificios me hice una casita, una huerta allá, en Rosario, pero la mala suerte se cebó conmigo, y todo lo perdí...

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO





CARMELA (B. Puértolas).—¿Está de mudanza, Jesús?
JESUS (E. González).—No. ¿Por qué me lo pregunta?
CARMELA.—¡Como lo veo todo embalado!...

De "LA PLATA DEL GRINGO", éxito del teatro Comedia.



NARCISO (De Rosas).—...Y ya en ese tren de cosas, la incidencia fué...
BIMBA (Matilde Rivera).—...¡pasajera, naturalmente!...

De "PARA LA CAPITAL, DON NARCISO AMENABAR Y ESPOSA", éxito del teatro Ateneo.



GUMERSINDA (Olinda Bozán).—¡Va usted mejorando, don Giovanni!
DON GIOVANNI (E. Cerbino).—¿De veras?
GUMERSINDA.—Sí; hoy tose mejor que ayer...

De "TRIUNVIRATO ESTA DE FIESTA", éxito del teatro Apolo.



BERNABE (G. Cicareli).—...Y dices que se fué a visitar unas minas al Río Negro?
SERAPIA (P. Muñoz).—Sí; y me palpito que esas minas deben ser de caramelos, porque al irse me dijo que era un negocio para chuparse!...

De "LO NOMBRARON JUEZ AL VASCO", éxito del teatro Cómico.



NATACHA (Iris Marga).—¡Pero, si usted, doctor, está en la flor de la edad!
MOYANO (E. Serrano).—Sí, sí... ¡la mía es una flor de 38!...

De "VILLA CHIMENTO", éxito del teatro Smart.

Ahora ¿qué será de mí?

Y el periodista español hace un llamado al gobierno de su patria para que no abandone al poeta que tanto la ha honrado y la honra. ¿Ayudarán al cantor dialectal más grande de España? ¿O tendrá que volver aquí para seguir ganándose el pan cotidiano haciendo números en el "debe" y "haber" de los libros comerciales? ¿No es hora ya que descanse este andariego lírico que tuvo una niñez miserable, una adolescencia azarosa, una madurez de relativo bienestar y una ancianidad amargada por el dolor de la cárcel?

En España hay muchos escritores que han hecho fortuna con sus libros o sus comedias. ¿Y son todos ellos superiores a Vicente Medina? ¡No! Estamos seguros que una buena edición de sus obras completas, además de las que tiene inéditas, no haría la ruina de ningún editor, y que sus comedias serían asimismo del agrado del público.

En el Ateneo de Madrid se le acaba de hacer a Vicente Medina una magnífica recepción. El gran Miguel de Unamuno le dió la bienvenida ante una ovación tan conmovedora, que el autor de "Canciones de la guerra" se habrá sentido el corazón cuajado de lágrimas de agradecimiento y compensado de todos los desgarrones de su azaroso camino.

FIN

LA FELICIDAD...
(Continuación de la pág. 15)

cionado algo y viven con su esposa. Sin embargo, su existencia, comparada con la de sus viejos camaradas lugareños, le parece más rica, completa y segura. La suya está llena de las emociones, estímulo e inspiraciones de la raza en constante y dinámico progreso. Él sabe del éxito, de la consideración que proporciona la fortuna, de la distinción de haberse encumbrado sobre el común de los mortales.

Hay cansancio en sus ojos y en su corazón, y vive en perpetuo temor de ser aventajado, pero sin embargo, gusta las dulzuras del triunfo.

Hablando figuradamente, las gentes lugareñas son fracasados. Constituyen los millones de personas que no progresan. En en fondo de sus almas, de sus corazones, anida la amargura de la derrota. ¿Quién puede saber qué oculto dolor siente la mujer que fué bella y que se ve uncida al yugo de un hogar opaco, con un marido fracasado, y luchando a brazo partido con la miseria?

No cabe dudar que aquellas pobres gentes llevan a cuestas la cruz de la derrota y no debe dudarse de que cuando un individuo como el triunfador, regresa, esos desengaños, fracasos secretos y sentimientos de quiebra, afloran en los espíritus.

El contraste es obvio. El éxito proporciona al triunfador una seguridad que los lugareños no pueden sentir. Vuelve a encontrarse entre ellos con el derecho bien ganado de experimentar la satisfacción de su propia valía en contraste con la insignificancia de ellos.

Si se muestra protector, si se compadece demasiado abiertamente de ellos, sin tener en cuenta sus limitaciones y cortos alcances, no hace más que usufructuar una prerrogativa.

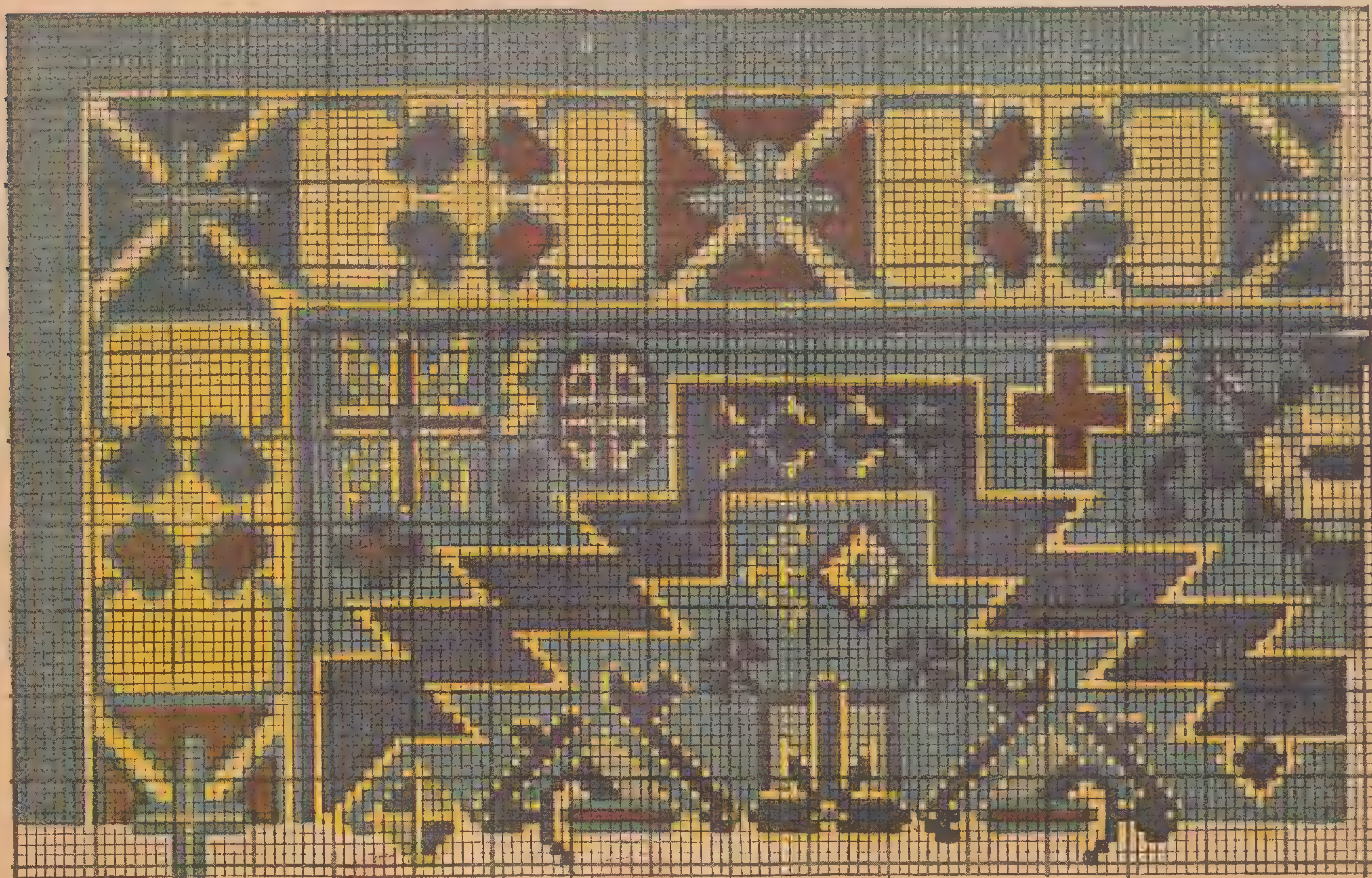
Las gentes hogareñas, en cuyas vidas introduce una nota de colorido, de emoción, y, naturalmente, también un poquito de envidia inconsciente, son las primeras en confesar que sus vidas son chatas, aburridas y faltas de incentivo.

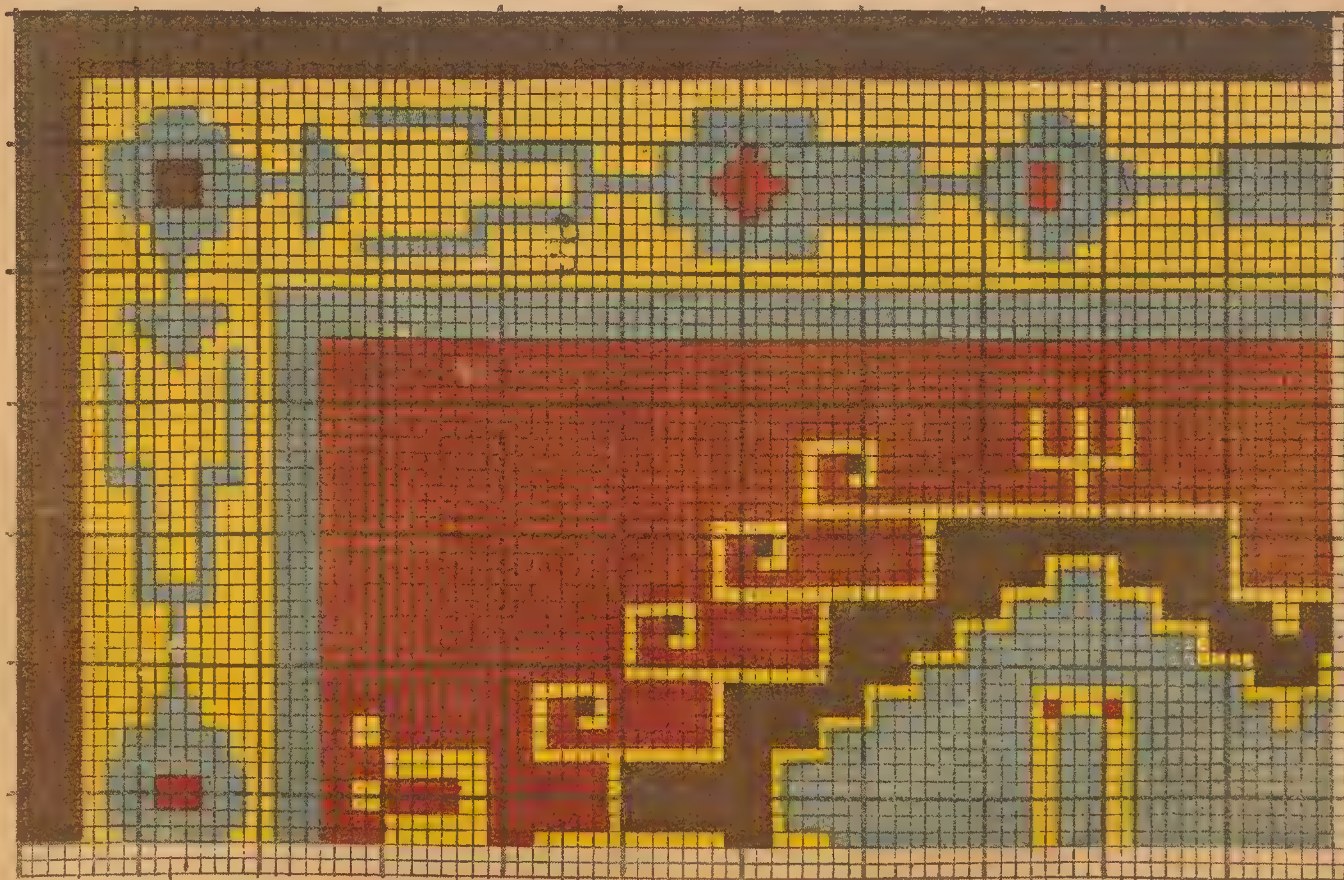
A su debido tiempo, el triunfador, solicitado por cientos de intereses, en comunicación constante, telegráfica y telefónica con sus intereses cosmopolitanos, ansioso y nervioso por regresar al gran mundo de los negocios, del cual es factor tan potente, partirá de allí; volverá a sus oficinas, a su banco, a la bolsa, a su medio social.

Los lugareños retomarán el ritmo tranquilo de sus actividades, coloreadas por los recuerdos de la gran visita que los honró y que referirán con unción a los niños durante muchos años. Los hombres se reunirán en sus tertulias habituales para cambiar impresiones y recuerdos sobre "el gran amigo", el condiscípulo que se encumbró. Las mujeres se mirarán en los espejos tratando de descubrir rastros de la belleza que una vez, hace muchos años, cautivó "a aquel a quien nunca olvidarán".

Fracasados todos ellos. Por lo menos se tendrán por tales, porque el cartabón de su felicidad se ajustará a los "standards" establecidos por el Hijo Pródigo.

MOTIVOS PARA ALFOMBRAS
O CARPETA BORDADA EN LANA





Estos preciosos modelos se ejecutarán en diferentes colores, que pueden ser los que indicamos o cualquier otra combinación que se prefiera, teniendo en cuenta, dentro de lo posible, el conjunto de decoración al cual se destine el artículo para hacer primar el color básico o de fondo. Así, por ejemplo, si se desea incorporar la carpeta a un conjunto en que predomine la tonalidad roja, se substituirá el fondo azul por aquel color. El tamaño variará según el empleo que se pretenda dar a la carpeta, que podrá servir de alfombrita en un interior íntimo o para recubrir el respaldo de un sofá o sillón.

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

LOS DEBERES DE NOCHE

Son muchos los niños que acostumbran hacer sus deberes por la noche. Esto, desde luego, es perjudicial, porque la luz artificial puede afectarles la vista. Si su niño va de mañana a la escuela, puede hacerlos durante la tarde, y si va de tarde, a la mañana siguiente. Al mismo tiempo que usted les evita que se afecten la vista los retraerá de la calle, que, como bien sabe, es escuela de malas costumbres y ofrece los mayores peligros.

Cdo. a "Juanita", de Curuzú-Cuatiá.

◊ ◊ ◊

LA MIEL

Tiene usted razón. La miel tiene una gran importancia en medicina, y se emplea mucho en la preparación de remedios caseros.

En el caso que usted cita, esto es: el insomnio, la miel resulta un poderoso calmante. En la casi totalidad de los casos de insomnio basta con tomar una o dos cucharadas de miel de buena calidad antes de acostarse para conseguir dormir tranquilamente.

Cdo. a "O. L. de Déar", de Lobos.

UNA MADRE ES EL MEJOR MEDICO DE SUS HIJOS.

LOS DOLORES REUMATICOS

Es indudable que los dolores reumáticos, tanto en los niños como en los adultos, adquieren la misma intensidad y son igualmente insoportables, pero no por eso son incurables. Muchos son los preparados que se recomiendan para calmarlos, entre los que nos permitimos recomendarle el siguiente:

Acido salicílico...........	1 gramo
Esencia de trementina....	1 "
Lanolina................	8 gramos

Este preparado puede aplicarlo usted a su enfermito por medio de fricciones, que le dará sobre la parte afectada, por espacio de cinco minutos. Es de hacerle notar que antes debe usted limpiar bien dicho lugar empleando un jabón desinfectante.

Terminadas las fricciones, cubra la parte enferma con un algodón.

Es cosa sabida que el uso interno del ácido salicílico es de gran eficacia, pero este tratamiento externo que le recomendamos no es menos eficaz.

Ya que se nos brinda la oportunidad de recomendarle un tópico para los dolores reumáticos, aprovechamos la ocasión para informarle que, según noticias recientes, un médico norteamericano ha publicado un artículo certificando que esta clase de dolores pueden ser curados por completo mediante un tratamiento muy sencillo, esto es: bebiendo decocciones de apio común, que se preparan hirviendo el apio cortado en pedacitos, hasta quedar completamente reblandecido.

Dice, asimismo, dicho hombre de ciencia, que es muy conveniente, además, mezclar leche con un poco de harina y nuez moscada, poniéndolo todo en una cacerola con el apio hervido y tomarlo con rebanaditas de pan o de papas.

No respondemos de la eficacia de este tratamiento, pero cumplimos con informarle, por si quiere ensayarlo. De todos modos, no ofrece ningún peligro, y en casos de padecimientos no debe titubearse en apelar a todos los medios para aliviarlos.

Cdo. a "Haydee M.", de Lezama.

◊ ◊ ◊

LACTANCIA ARTIFICIAL
MANERA DE ADMINISTRAR LA LECHE

Obligados a recurrir a la lactancia artificial y escogida la leche que ha de servir para ese objeto, ¿de qué manera debe ser administrada?

Ya que, tratándose de vacas, es imposible la aplicación directa del niño a la glándula mamaria del animal, hay que buscar el medio más fácil, o mejor, el menos nocivo, para que la leche llegue a ser deglutida por el niño.



El más sencillo, aparentemente, y el preferido en todo tiempo, ha sido el biberón. Adaptar a un frasco un chupón de goma con aberturas más o menos estrechas, era realmente acercarse lo más posible a la succión natural, salvo la rapidez con que se vacia el biberón comparado con la relativa lentitud con que un seno va dando poco a poco la leche.

Un simple frasco, lo menos anguloso posible para que su limpieza sea más fácil, y simples capuchones de goma, deben constituir el biberón.

De nada sirve emplear leche perfectamente escogida y esterilizada si el frasco o el chupón no están también esterilizados, es decir, privados de microbios, si no en absoluto — porque esto es sumamente difícil de obtener fuera de los laboratorios, — por lo menos casi enteramente.

Es, pues, necesario lavar con escrupulosidad cada frasco inmediatamente después de haber sido usado y ponerlo a secar en seguida con la boca abajo, y luego, antes de practicar la esterilización de la leche, volver a lavarlo y pasarlo con agua hervida, o mejor hacerlo hervir.

Iguales cuidados hay que tomar con los chupones de goma, de los que se tendrá un buen número para que cada uno de ellos pueda ser lavado prolijamente después de usado. Puede mantenérselo luego en una pequeña cacerola con agua que haya sido hervida conjuntamente; antes de usarlos se los lavará de nuevo con agua recién hervida.

Cuando se ha de dar el biberón al niño, conviene lavarse las manos con agua y jabón, enjuagarse luego con agua hervida y no secarse. Se lavará entonces de nuevo el chupón, se destapará el frasco, previamente calentado en bañomaría, cuidando de no tocar los bordes de su abertura, y se le adaptará aquél sin tocar el extremo del chupón que ha de ir a la boca del niño.

Preparadas así las cosas, e introducida la mamadera en la boca, se inclinará ligeramente el frasco y se seguirá levantando con lentitud, cuidando de que el niño no mame muy rápidamente y haciéndolo descansar durante dos o tres minutos, una o dos veces en el curso de la operación; el frasco no deberá, pues, ser vaciado en menos de ocho o diez minutos. Esta lentitud es necesaria para que la saliva vaya mezclándose a todas las porciones de leche tragadas, en cantidad suficiente.

Debe cuidarse también de que al mamar el niño, el nivel de la leche aplicada contra el chupón alcance a cubrirlo enteramente; de otro modo, el niño tragará aire en abundancia y se producirá distensión gaseosa del estómago.

Antes de empezar a dar la leche al niño, debe siempre probársela, *no aplicando la boca al frasco o al chupón, cosa que no debe hacerse jamás,* sino echando en una cucharita un poco de líquido; así podrá notarse si la temperatura es buena y si no hay alguna alteración perceptible al gusto.

LAS MAGULLADURAS DE LOS DEDOS

Son muchas las personas que al magullarse un dedo no prestan mayor atención al accidente, diciéndose: "ya se pasará el dolor". Y nada más erróneo que ello, porque las magulladuras de los dedos deben cuidarse mucho, ya que pueden resultar fatales para el hueso.

Así, pues, lo primero que hay que hacer al magullarse un dedo es meterlo en agua todo lo más caliente que pueda resistirse, pues por efecto del calor la uña se dilata, se pone flexible y facilita enormemente la salida de la sangre por entre ella y la carne, aminorando el dolor. Luego debe envolverse el dedo lastimado en una cataplasma de pan humedecido en agua.

De no haber procedido así es por lo que usted tiene el dedo echado a perder, como nos dice en su carta. De todos modos, ha hecho usted muy mal en no haberle puesto remedio en cuanto empezó a darse cuenta que el mal iba empeorando a medida que pasaba el tiempo.

Cdo. a "Madre L.", de Gerli.

PRESERVE A SUS HIJOS DE LAS CONSECUENCIAS DEL FRIO.

◊ ◊ ◊

LOS CELOS DE LOS NIÑOS

No debe usted extrañarse, señora, de los celos de su nenita por su nuevo hermanito. Estos celos son muy naturales en los niños de corta edad, máxime si la madre o los demás parientes no se retraen en sus mimos con el recién nacido.

Debe tratar por todos los medios de que a su nenita se le pase esa celosía, haciéndole creer que usted no quiere al hermanito y no haciéndole fiestas en su presencia. De no tomar esta medida, corre usted el peligro de que la nena se enferme de tristeza.

Es de esperar, pues, que esta crisis de su nena se resuelva satisfactoriamente, mediante su esfuerzo por disipar sus celos, no del todo infundados.

Cdo. a "Lectora de "Mundo Argentino", de Coronda.

DURANTE EL INVIERNO LA GRIPE ES UNA CONSTANTE AMENAZA

LA PRINCESITA FEA

(Continuación de la página 40)

del suelo. Cuando ella hubo terminado su relación, permaneció unos momentos silencioso, y luego dijo:

—Esa boda es imposible, hija mía. ¿Qué dirán tus hermanas, tus cuñados, nuestros demás parientes y el mismo pueblo? No, hija mía; ese matrimonio es imposible.

—¿Y si yo te dijera que he llegado a sentir cariño por él, que le amo con locura?

—Diría que, en efecto, debes estar loca.

—Bien, padre mío. Estoy loca. Te pido tu consentimiento para casarme con él. Si me lo niegas..., no sé; pero te quedará un remordimiento para toda la vida.

—Pero, ¿tú no has pensado que ese matrimonio es imposible? ¿Que no lo aprobará nadie? ¿Que deshonrará mi nombre?

—Lo he pensado, padre mío, pero no me interesa; y me interesa menos todavía al ver el egoísmo, no ya de mis hermanas y los extraños, sino hasta el de mi propio padre. Al verme nacer tan fea, ¿por qué no me has hecho dar muerte? Hubieras sido generoso conmigo. ¿Por qué no pensaste entonces que mi fealdad iba a ser una cruz para mí; que todos se reirían de ella y que nadie querría hacerme su esposa? Y si lo pensaste, ¿no te dió pena saber el calvario que me esperaba? En fin, padre mío, acabemos. ¿Me consientes casarme con el único hombre que me ha ofrecido su amor y su amparo?

Roído por los remordimientos ante las palabras de su hija, Dorilo no tuvo más remedio que autorizar aquella boda tan ridícula. Cuando, en su ausencia, Marabela y Serina se enteraron de ella, pusieron el grito en el cielo. De más está decir que ni ellas ni persona alguna de figuración hizo acto de presencia en el momento de la boda, que por cierto no pudo ser más humilde.

Grumenda no había engañado a su padre: su prometido era tan feo como ella; tosco, de escasa estatura y, para colmo, giboso. Pero en sus ojos, chiquitos, brillaba el amor y la sinceridad.

Terminada la ceremonia religiosa, Grumenda y su esposo partieron también en viaje de bodas. La despedida fué fría. Dorilo no quiso dar siquiera la mano a su nuevo yerno, pero éste no le guardó rencor.

Habían regresado las hermanas mayores con sus maridos y en el palacio real se festejaba el acontecimiento.

Estaba la fiesta en lo mejor cuando un paje anunció la llegada de la princesita Grumenda y su marido. Al oír el anuncio, en todas las caras se dibujó el estupor y la vergüenza; pero no hubo más remedio que hacerlos pasar.

Al aparecer en la puerta del salón los recién casados, un largo "¡ah!" de sorpresa se escapó de todos los labios. Pero, ¿era posible? ¿Aquella muñequita tan encantadora y aquel rubio doncel eran la princesita tan fea a la que todos llamaban "Picio" y el hombre desgarbado que se había unido con ella? Eran, sí, mal que les pesara a Marabela y a Serina, cuyas bellezas quedaban por completo eclipsadas al lado de la de su hermana.

Cuando se hubieron repuesto todos de la gran sorpresa, Dorilo preguntó a su hija el porqué de tal metamorfosis, y ella la explicó así:

—Un instante después de declararme Liseto —y señaló a su gentil esposo— su gran amor hacia mí, y antes de que yo pudiera rechazarle, se me presentó un hada que me dijo: "Acéptalo, y no te arrepentirás", y yo me hice el propósito de cumplir su mandato, y es por eso, padre mío, que desoí tu negativa y me rebelé contra ti. Realizada nuestra boda, al salir de aquí el hada nos esperaba en el jardín. Al vernos se nos acercó y nos dijo: "Seguidme y os haré dichosos." Echamos a andar tras ella y nos llevó a su mansión; allí nos dijo que tanto Liseto como yo éramos dos príncipes encantados en épocas remotas por malignas hechiceras, y que si consentíamos en que se nos arrojase a un fuego purificador que había allí encendido, recobraríamos nuestra antigua juventud y belleza, y que luego ella nos ungiría con los sagrados óleos de la salud y la felicidad. Aceptamos gustosos la proposición del hada generosa, y henos aquí transformados y dichosos.

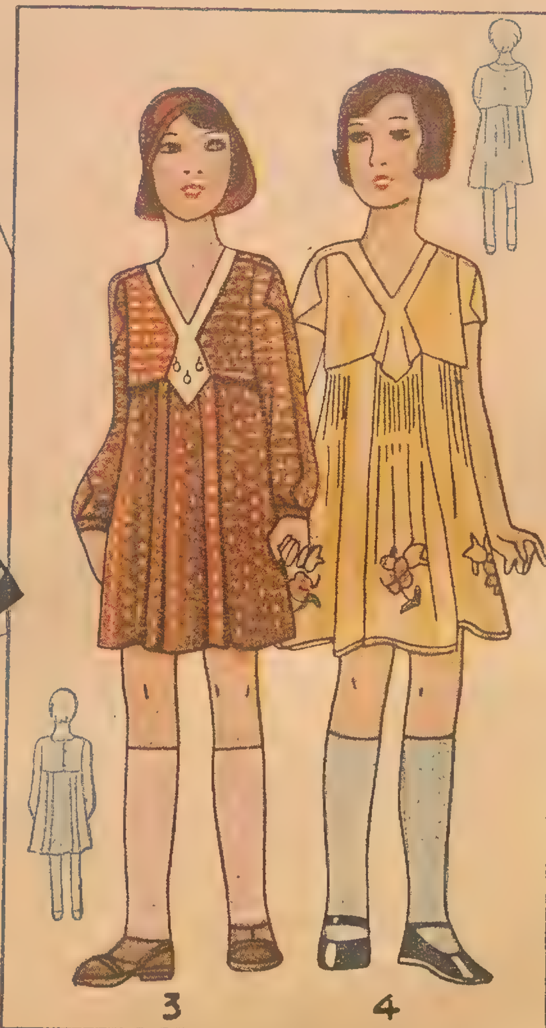
Si mucha alegría causó a Dorilo la transformación de su hija y de Liseto, no ocurrió lo mismo con Marabela y Serina, que se retiraron de la fiesta celosas de la belleza y la felicidad de su hermana, ya que ellas no eran nada felices con sus respectivos esposos. Y se dejaron morir en un rincón de sus aposentos, devoradas por el buitre de la envidia, que es la peor de las condiciones humanas.

Y en cambio Grumenda dejó de ser para todos "Picio", y vivió feliz y halagada en el florido reino que heredó a la muerte de su augusto padre.

FIN

Combinación de DOS









1. — Vestido en raipella encarnado vivo. Canesú pespunteado con botones de nácar. Cuello y puños de piqué blanco.

2. — La misma hechura de vestido en crespón mousli-sinellic salmón. Frunces en lugar de pliegues, y fino adorno de lencería.

3. — Vestido en sinellic labrado. Movimiento de bolero. Escote de piqué abotonado. Mangas largas con puños angostos.

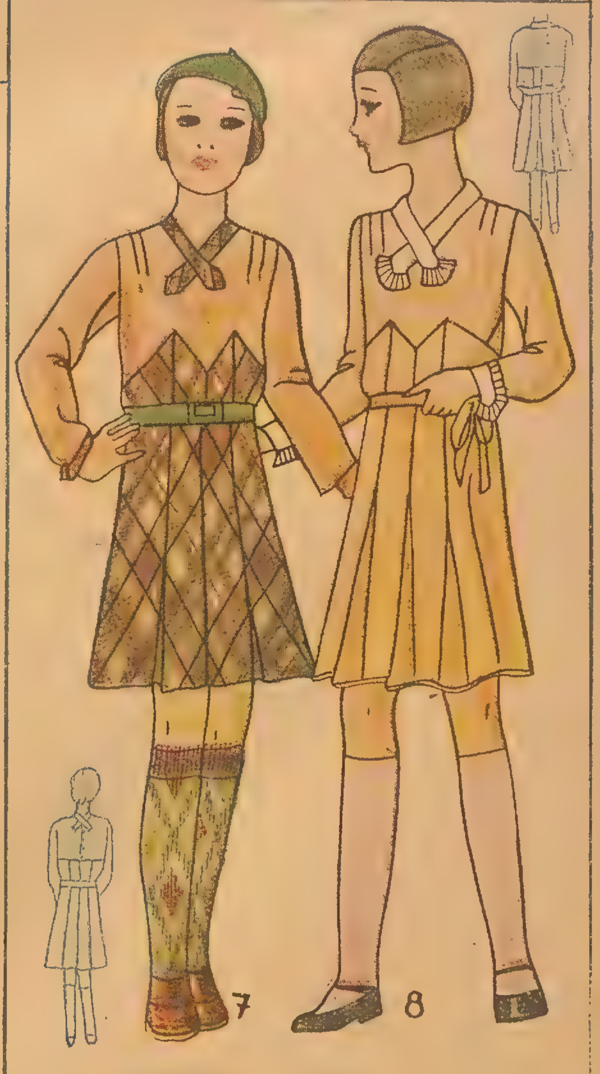
4. — El mismo vestido en crespón georgette banana, con motivos de flores, bordados. Bolero en crespón de China, con mangas cortas.

5. — Vestido en tussadrapella verde labrado blanco. Cortes en ángulos rectos. Cuello y corbata escocesa.

6. — El mismo vestido en mousli-sinellic verde Nilo. Los ángulos de los cortes son redondeados y el movimiento en forma acentuado en los lados.

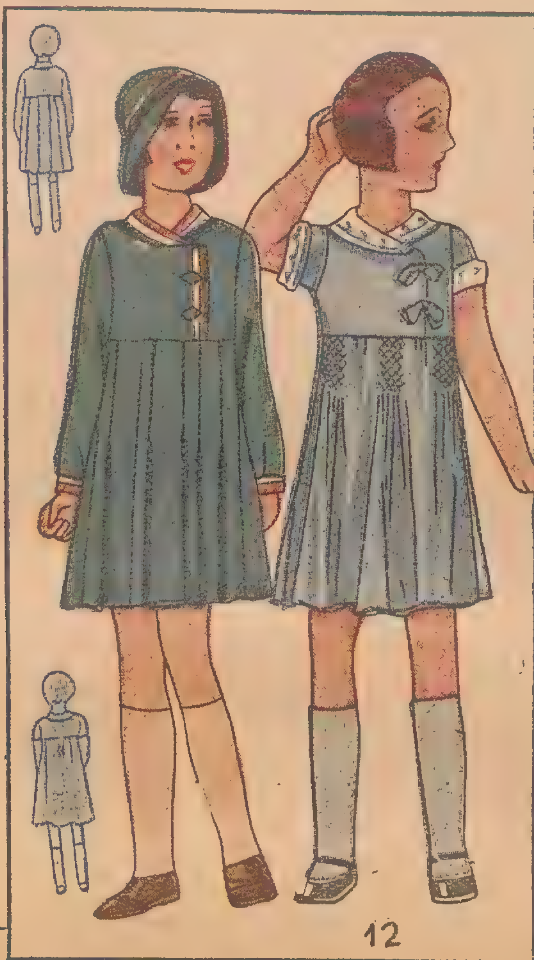
7. — Vestido en rodaflex con cuerpo de drapella beige liso. Adornos escoceses. Cinturón de cuero verde.

8. — El mismo modelo en diasinellic color arena. Godets en lugar de pliegues. Escote y puños en crespón de China blanco, plisado.



VESTIDOS *con un solo* MOLDE









9. — Vestido en drapmouslikasha encarnado rubí. Cortes y pliegues. Cuello de piqué. Hebilla de metal en el cinturón.

10. — Mismo vestido en crespón georgette ciclama. Plieguecitos finos en lugar de grandes pliegues. Adornos de lencería fina.

11. — Vestido en alga verde hoja. Canesú cerrado a un lado con un bies de diferentes tonos. Pliegues en la falda.

12. — El mismo vestido en crespón georgette verde pálido. Frunces nido de abejas en lugar de pliegues. Adornos de lencería y lacitos.

13. — Vestido en crespón rodyl marrón. Canesú y pliegues. Adornos de piqué blanco.

14. — Mismo vestido en rodella limón, adornado con piel. Lacitos en substitución de botones. Mangas cortas.

15. — Vestido en raipella fantasía marrón y blanco. Pliegues huecos pespunteados. Adornos de piel naranja.

16. — El mismo vestido en crespón mousli-sinellic color arena. Godets en lugar de pliegues. Escote y cinturón anudados a un lado.





ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

UN LECTOR DE "MUNDO ARGENTINO". SANTA ISABEL. — El dulce de membrillo se prepara así: Para que salga claro (que es el mejor) debe cocerse el membrillo con cáscara, pelarlo y pasarlo por tamiz lo más caliente que se pueda, y no hacer mucha cantidad a la vez. Se pone en seguida al fuego, con igual cantidad de azúcar y fruta, pesado crudo. Se revuelve constantemente, y para que salga más fino, se le añade un poquito de agua colada, en que se haya cocido el residuo de carne y semilla, antes de enfriarse. En cuanto al arrope de tuna, su preparación es la siguiente: Se ponen a cocer bastantes tunas peladas; cuando están blandas se cuelan y el agua se pone al fuego para que hierva hasta que se espese. Se deja luego enfriar y ése es el arrope con que se pueden hacer turrones.

● ●



José Mármol, autor de la difundida novela "Amalia".

GRETA GARBO. — Algunos de los episodios de "Amalia", de Mármol han sido tomados de la realidad de la época en que fueron vividos. Otros, los más, son producto de la fantasía del autor.

He aquí lo que dice Ricardo Rojas en su "Historia de la Literatura Argentina": "La Amalia de la novela fué personaje real en Buenos Aires, como casi todos los que en dicho libro figuran. Y ya he dicho que toda la obra, a pesar de sus exageraciones, tiene valor histórico para conocer el ambiente de la tiranía. Como indicación provisoria sobre la técnica de Amalia, diré que lo más interesante en ella, no son los caracteres ni el argumento, sino el ambiente social y los trozos pintorescos. Indicaré algunos ejemplos: el retrato de Manuelita, el retrato de Cuitiño, la arenga final del capítulo V, el amanecer de Buenos Aires, la descripción del terror, el retrato de los mazorqueros, el retrato de Amalia, la confesión de Amalia a Luisa, el retrato de Eduardo Belgrano, la escena de amor entre Amalia y Eduardo, la crónica del baile, en el capítulo VII, el cuadro del río de la Plata, en la evasión a Montevideo, el retrato de Varela, las alusiones autobiográficas, la marina y el cuadro urbano del capítulo I, etc." Ya ve usted: Amalia es todo un documento histórico que contiene datos y descripciones importantísimas para juzgar la vida y las costumbres de esa época.

● ●

GABRIEL GALINDEZ. DAIREAUX. — La calle Murature es, efectivamente, una arteria de la Capital Federal. Está situada en Vélez Sársfield, corre de este a oeste y nace en Moctezuma al 1.200. La dirección de que usted, habla puede, pues, no ser falsa.

● ●

DAR. CHASCOMUS. — La piedra natal del mes de enero es el granate. Su significado es "Gracia y Victoria a quien lo lleve." Sus colores son: rojo subido, morado, morado claro, amarillento y acanelado. En Oriente se lo usa como amuleto contra las pestes, fiebres y rayos.

ANSIOSA. — Lleve su nene, sin pérdida de tiempo, al Hospital de Niños, calle Gallo entre Mansilla y Paraguay, donde será atendido gratuitamente. Es necesario la intervención de un médico en esa anormalidad. Por otra parte, no debe usted alarmarse.

● ●

UN ASPIRANTE. — Consulte la "Guía Telefónica" en Ministerio de Marina y encontrará todas las direcciones y teléfonos que nos solicita.

● ●

LECTOR DE DIARIOS. — 1º Gladstone cayó a causa de la cuestión irlandesa, tan difícil de ser resuelta por cierto, en aquellos años y en estos. Tuvo que ceder, el gran ministro, su puesto a otro gran ministro, Disraeli, al ser vencido por los conservadores, en elecciones. 2º La divisa de la Liga Rural irlandesa era "La tierra irlandesa para el pueblo irlandes." 3º "Home Rule" equivale a "Autonomía política".

● ●

DOCTOR. — Su caligrafía es tan mala que no desciframos la palabra cuyo significado nos pide. Si esa palabra es el vocablo "derruído" y no "deruído", queire decir: derribado, destruído, derrumbado, arruinado o hecho ruinas.

● ●

SUFRIENTE. — El tratamiento para las ampollas que se forman en el talón es el siguiente: lavarlas primero con agua tibia boricada y con agua oxigenada rebajada con agua común. Después se pinchan con una aguja, si es de oro, mejor, pasada por alcohol, es decir, bien desinfectada, para que salga el líquido de la ampolla. La piel no debe arrancarse. Se repite el lavaje anterior y se la venda con una gasa o trapito empapado con líquido desinfectante. Encima se ata otra gasa. En cuanto al modo de evitar el roce con el zapato, lo más práctico y cómodo es usar taloneras, que usted mismo puede hacerse, con papel.

P. M. LAVALLE. — Cínico es voz que significa persona impúdica, procaz, desfachatada, desvergonzada. A veces designa la afectación de todas esas fallas del carácter o de la moral. Aplícase también el nombre de cínico al filósofo de cierta escuela fundada por Antístenes y cuyo principal representante fué Diógenes.

● ●

RUBEN KAY. TUCUMAN. — El concepto antiguo de la moral y las "buenas costumbres" ha variado, en efecto, casi fundamentalmente en muchos países. Estamos de acuerdo, por otra parte, con los términos de su carta, que revela sensibilidad y cultura.

● ●



El colibrí, o picaflor.

MONSIER LAFITTE. — El colibrí o picaflor se caza arrojándole, generalmente, un poco de agua. Es un procedimiento común tirarle una gasa, un tul, etc., es decir, un género liviano que trabe sus movimientos. Lo más acertado es darle caza como a las mariposas, con una red.

● ●

NASCORDADO. — El día que hizo más calor, en febrero de 1930, fué el 4, en que hubo 35.4 grados.

● ●

RAFAELILLO. — A mi entender, Domenico Ghirlandaio es uno de los artistas más grandes de todos los tiempos. Claro está que cada uno es dueño de sus opiniones y responsable de las mismas. Venturi dice de Benozzo Guezzoli: "Tiene un conocimiento de la forma, de la actitud y del claroobscuro bastante inferior al de Filippo Lippi, pero le supera en cualidades narrativas, alegría de los trajes y colores, curiosidad innata para estudiar los tipos. En los frescos

EL ARTE DE CONTESTAR

del Palacio Riccardi, de Florencia, presenta una escena de las más seductoras que pudiera haber en la vida gozosa, rica, florida y despreocupada de las cortes cuatrocentistas italianas." Para nosotros, su "Muerte de Santa Fina", en la Colegiata de San Gimignano es una obra maestra extraordinaria que lo coloca, con otros, a la cabeza de los artistas del cuatrocientos, y muy superior en ciertas cosas a Gozzoli y a Pesellino

● ●

BLANCA MAGGIOLO. BAHIA BLANCA. — Las consultas se evacúan por intermedio de esta página, tan sólo. En cuanto al informe que nos solicita, lamentamos no poder satisfacer su pedido, por no corresponder a los propósitos de la sección. Consulte los avisos.

● ●



Vito Dumas, el vencedor del mar.

EL CONDE DE MONTE CRISTO. — Vito Dumas usó brújula, aparatos náuticos y cartas marinas. Siguió, más o menos, la ruta de las embarcaciones que hacen la travesía Europa-Sud América.

● ●

ALUMNA DE SEXTO GRADO. — La definición de su maestra, referente a los seres acuáticos de agua dulce, de agua marina o cuya vida alterna entre ambos medios es exacta. Arévalo, en su "Vida en las aguas dulces", establece que (no ha descubierto el paraguas, pero es un punto serio de referencia o cita, su opinión) "Puede establecerse el criterio de considerar como dulceacuícolas a los seres que se reproducen y nacen, por tanto, en el agua dulce, aun cuando pasen gran parte de su vida en el mar, y, por el contrario, considerar como marinos los que nacen en el mar, aunque les precise remontar las aguas dulces para ultimar su desarrollo. Aun así queda la dificultad de aquellos seres cuya vida se realiza en las aguas salores de las desembocaduras, que constituye para ellos su medio habitual. No es posible, por tanto, establecer una barrera que delimite las aguas marinas y continentales, y, por ende, un criterio rígido que permita separar los seres marinos de los hidrocontinentales."

● ●

DOS NUEVOS AUTORES. — Diríjanse a un editor de piezas musicales.

● ●

ALBERTO. BANFIELD. — Diríjase a la Dirección General de Administración del Ministerio de Marina, Paseo Colón 1485, U. T. 33 Avenida 6047.

● ●

ALMA NOBLE. — Paganini murió el 26 de mayo de 1840.

RUBI. — **Gracias por sus felicitaciones. Envíe su trabajo a la Dirección de "Mundo Argentino" y recibirá noticias sobre el mismo.**

• •

LADISLAO. — El rey de Albania es Ahmed Zogú.

• •

EL GORDITO. — Imposible de satisfacer su consulta. Lamentamos mucho.

• •

GAUCHITO DE MATADEROS. — Se calcula que en el país hay, aproximadamente, 9 millones de caballos.

• •

VERDE NILO, Y AZUCENA. — El ámbar es una especie de resina de árboles que se calcula antediluvianos. No es, por lo tanto, un producto mineral.

• •

GALLARDO. MONTE EGMOND (Buenos Aires). — La expresión latina "Salve César, los que van a morir te saludan", se escribe así, en el idioma originario: "Ave Caesar, morituri te salutant."

• •

PIANISTA SAN JUAN. — Para escribir al Conservatorio Nacional de Música o Declamación, puede usted usar cualquiera de estas dos direcciones: Córdoba 1199 o Libertad 835, pues dicho conservatorio funciona en el local del teatro Cervantes, sito en las esquinas de Córdoba y Libertad. En cuanto a una casa donde vendan retratos de músicos, puede usted dirigirse a cualquier buena librería o casa de artículos musicales de esta plaza. Consulte los avisos.

• •

LANDIVAR. — Mariano de Acha fué ejecutado en 1841.

• •

LUIS L. — Diríjase a la Escuela Naval, Río Santiago, provincia de Buenos Aires.

• •

MIDDAY. — Foch murió antes que Jofré.

• •

MARIO J. ITURRALDE. — Diríjase en consulta al Colegio Militar, San Martín.

• •

CARMEN. GENERAL PICO. — Los fósforos fueron inventados, recién en el año 1829.

• •

LINFA. — Esa compañía de navegación tiene sus oficinas en 25 de Mayo 499.

• •

ZOGOBEOR. — Hemos pasado su carta, con el ofrecimiento, a la Dirección de "Mundo Argentino".

• •

ATENIENSE. — En nuestro país se elige un diputado nacional por cada 33.000 habitantes.

¡HOLA!...

¿Con quién hablo?



Miriam. — ¿Qué quieres? Cosas de la vida...

Jorge. — Te aseguro que te oigo convencido que dentro de poco dirás que es broma lo que oigo.

Miriam. — Es ahora cuando no miento.

Jorge. — ¿De qué pasta estás hecha para hablar de este modo?

Miriam. — Muy fácil. De una pasta perfectamente humana. Te conocí, me gustaste, conseguí poco a poco enamorarme de ti, o, por lo menos, lo creí de buena fe, y ahora me doy cuenta del error y te lo digo sin ambages, nada más.

Jorge. — Oye, Miriam: reflexiona, por Dios. No digas frases irreparables, no te dejes llevar por la precipitación. Piensa...

Miriam. — Es inútil, Jorge; ya lo he pensado bien. La vida tiene cosas sarcásticas puestas en nuestro camino.

Jorge. — Pero, ¿entonces hay algo que nos separa? ¿Hay alguna cosa que la vida ha puesto entre los dos?... Tú debes confesarme todo, Miriam. Quizá te hayan dicho algo sin importancia que tú magnificas.

Miriam. — ¿Y hay algo que pueden decirme tan grave como para destruir mi amor?

Jorge. — ¿Lo ves? Hablas todavía de tu amor; te contradices. Si tu resolución es definitiva, me debes, por lo menos, lealtad.

Miriam. — ¿Tú la has tenido conmigo?

Jorge. — Vamos bien, empiezan los reproches... ¿A qué aludes?

Miriam. — Este jueguito y esta constante observación que estás haciendo de mis palabras, me molestan, Jorge, y ya que termina nuestra amistad, quiero alejarme sin pelear, sin rencores.

Jorge. — Con lo cual me niegas el derecho de saber y no te importa si mi alma se destroza, y no te importa de mis ilusiones, de los sueños que tejimos juntos, de nada... Sea como tú quieras. Adiós, Miriam.

Miriam. — Oye, Jorge. Refúgiate en una criaturita.

Jorge. — ¿Por qué lo dices?

Miriam. — Porque los chicos son una gloria, muchacho. Deja que tus manos vayan por su cabecita. ¡Ya verás cómo se cura tu amor!

Jorge. — Miriam, por favor... ¿Qué sabes tú?

Miriam. — Tu pecado, Jorge; eso que tú crees que es pecado.

Jorge. — ¿Quién te lo ha dicho? ¿Cómo se han atrevido?

Miriam. — Es peor que te atrevieras tú a olvidarlo. ¿Qué importa quién me lo dijo?

Jorge. — Eso es fruto de juventud.

Miriam. — No por eso menos hijo tuyo... Y tú lo quieres, Jorge; tú tienes que quererlo.

Jorge. — Recién se cruza en mi camino para desbaratar mis planes.

Miriam. — ¿Es posible que concibieras planes sin contar con él?

Jorge. — Tiene su madre.

Miriam. — Eso precisamente: su madre. Una madre abnegada, buena y honesta, mal que te pese confesarlo.

Jorge. — ¿Quién te lo ha dicho?... Te aseguro que si fué ella...

Miriam. — Te ruego, muchacho. A ella ni una palabra. Viene de un hombre el detalle. Un llamado telefónico anónimo, nada más.

Jorge. — Será Roberto Antúnez, que te pretende.

Miriam. — No blasfemes. Te invito a reflexionar. Yo no me voy por tu hijo; me voy porque el pasado sería en tu vida un remordimiento, porque a esa mujer que le debes todo lo bueno no se la tira a la calle, no se la señala con el dedo por este amor nuestro que es fuego de juventud.

Jorge. — Que es verdad.

Miriam. — Pronto no dirás lo mismo. Si yo no retrocediera, sería después el lastre, Jorge. Corta la comunicación y piensa. Quedo tu amiga; al principio, con dolor; después, el bien que hago quiera Dios que tenga por premio el olvido. **(Corta sin dar tiempo a una palabra más.)**

....

Al día siguiente:

Adela. — Adela habla, señorita.

Miriam. — Ni una palabra, señora, le ruego. Considere usted que la herida es muy reciente. Cumplí mi deber. Que Dios la ayude.

Adela. — El la bendiga, señorita. Le manda un beso mi hijito, que sólo sabe que es usted una "nena buenita".

Miriam. — Gracias, gracias, señora. **(Corta la comunicación un sollozo.)**

La TELEFONISTA INDISCRETA

OTTO. — Diríjase a la Inspección General de Enseñanza Secundaria y Normal, que funciona en el Cabildo Viejo, frente a la Plaza de Mayo, es decir, en la calle Bolívar 56. En cualquier buena librería de esta plaza conseguirá, por otra parte, un programa oficial, completo, de los estudios a que se refiere.

• •

AMITA JOVEN. — Para sacar esas manchas de agua en los muebles lustrados, puede usted usar el siguiente procedimiento, que regularmente da buenos resultados: Funda cera blanca en un poco de aceite. Aplique la mezcla sobre los sitios manchados y frote hasta que desaparezca la mancha.

• •

RASTREADOR. — La madera del ombú es inútil para la carpintería, por su constitución fofa, blanda.

• •

TELMA E. GIACHERO. — En el libro "Sarmiento Anecdótico" de Belín Sarmiento, quizá se refiera el episodio a que usted se refiere. Puede consultarlo en cualquier biblioteca pública.

• •

PORFIADO. — El "manhattan cocktail" se prepara así: Mitad de vermut italiano, mitad de whisky y unas gotas de bítter.

• •

CRISANTEMO BLANCO. BARADERO. — Envíe esa fotografía, que si está en condiciones y responde al criterio de la página, se publicará. En cuanto a su devolución, haga constar usted en el dorso de la misma ese deseo, y la dirección.

• •

RAFAEL GOROSTIZA. — San Luis elige 25 diputados para integrar su legislatura provincial.

• •

TIC TAC. — El heredero del trono de Egipto es el príncipe Faruk, nacido en el año 1920. Las principales razas que pueblan Egipto son: la egipcia, beduina, nubia, turca, blancos europeos y negros.

• •

LITO L. (Córdoba). — No creemos en la eficacia de ese género de estudios.

• •

M. N. Z. (Paraná). — Diríjase usted a la base aérea de Paraná.

• •

CARMEN CONSTANCE DE SEMUS. VILLA DEL PARQUE. — Le darán informes en la Inspección de Enseñanza Secundaria y Normal, calle Bolívar 65, Cabildo Viejo.

• •

NENE. — No hay ninguna paloma mensajera, en el mundo ni en sus alrededores, que tome fotografías aéreas. Han hecho bien en no creerle las personas a quienes relató usted ese suceso.

• •

J. MONTI. — Debe producir una información ante el juez en lo civil, de turno, aduciendo las causas o razones que lo deciden a solicitar venia para firmar en la forma que desea hacerlo, con carácter legal.

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR

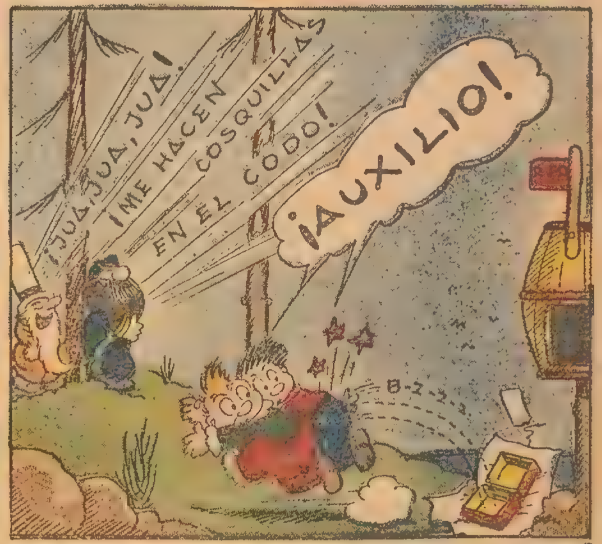
























ENTRE LAS TRES Y...

(Continuación de la página 47)

— contestó con un suspiro. — Yo había recibido un regalo anónimo por correo el martes por la mañana. Pensé que Carlos lo hubiese enviado.

—¿Y era así? — interrogó Bedison.

Ella sacudió la cabeza.

— No sabía nada al respecto.

—¿Se fijó en el sello del correo?

— No pensé en ello...

—¿Y qué era ese regalo anónimo, señorita Mendoza?

— Un estuche de cuero con objetos de toilette — explicó. — Carlos me pidió se lo mostrara para asegurarse que no se me había pasado inadvertida alguna tarjeta o algo por el estilo. Estaba allí, sobre el piano.

El inspector volvióse rápidamente, pero evidentemente había sido ya retirado, y cuando insinuó su deseo de verlo, ella lo dejó solo unos instantes.

— Lo llevé a mi cuarto después que Carlos se retiró — dijo la joven a su vuelta. — No lo he tocado desde entonces.

Estaba cubierto de seda carmesí y era una caja de ocho pulgadas de largo por tres de ancho y una y media pulgada de profundidad; una bagatela costosa, que contenía un cisne para la cara, dos cajas de polvos, un espejo y un estuche cilíndrico de plata conteniendo un lápiz para los labios. Bedison quitó la tapa de éste y, acercándose a la ventana, examinó su extremo con la lupa.

—¿Esto ha sido usado? — preguntó de inmediato.

— ¡Oh! Sí, en cierta forma — dijo ella.

—¿No en sus propios labios? — interrogó gravemente.

— No..., no... — contestó la joven.

— Señorita Mendoza, usted me estaba contando lo que pasó aquí el martes durante la visita del señor Real. Llegó al instante en que le dijo que había recibido esta caja. ¿Qué ocurrió después?

— Se la entregué — dijo ella. — Nos paramos junto a la mesa y yo mencioné los nombres de uno o dos hombres que pudieron mandarla. Parecía estar un poco molesto; sacó uno por uno todos los objetos que contenía, y sosteniéndolos en la mano, se burlaba de ellos. Sin pensar exactamente lo que hacía, saqué la tapa del lápiz de los labios, tal como lo hizo usted hace unos minutos, y me acerqué al espejo de esa consola.

El le pidió que se parase en la misma posición y ella lo hizo frente al espejo y con el lápiz de carmín en la mano.

— Creo que usted dijo no haber...

— No, pero pude hacerlo un segundo después, para..., para provocarlo, ¿comprende usted? Pero él se acercó, y, bien, empezó a decir una serie de tonterías respecto a la frescura de mi cara, a la belleza sin adornos y todas esas cosas que se dicen en ciertas ocasiones. Cuando yo me reí, él me apretó la muñeca, pero... — Irene se interrumpió de pronto, — ¿qué tiene todo esto que ver?... Es imposible que tenga relación con esa cosa horrible que ocurrió más tarde. ¡Es imposible!

— Deseo que usted me permita ser juez de eso — dijo Bedison más grave que nunca. — Es de la mayor importancia que yo me entere precisamente de todo lo que ocurrió.

— ¡Pero es que aparece tan tonto, tan incongruente frente a esa tragedia! — murmuró la joven.

— Por favor, dígamelo — insistió el inspector.

— Tuvimos una pequeña lucha, en broma, naturalmente — contestó con evidente repugnancia. — Carlos trató de impedir que yo acercara el lápiz a mis labios, y en la excitación del momento, yo..., yo tomé la ofensiva... No sé si usted me entiende...

— Temo que no.

— Mientras él se esforzaba por impedirme usar el lápiz, yo me propuse conseguir también un triunfo, pero debí usar más fuerza de la que me propuse. Ambos estábamos bastante excitados. Le froté fuertemente el lápiz en la boca, y creo que hasta mordió un pedazo.

— ¿Y después de eso?... — preguntó Bedison.

— Carlos perdió el dominio de sí mismo. Nunca lo vi en ese estado, pero, en realidad, estaba furioso... Farfulló una cantidad de palabras, juró, arrancó el respaldar de una silla y se frotó con él fuertemente los labios. Mientras tanto — continuó Irene, — yo me disculpaba, pero eso no pareció calmarlo, y tanto fué así, que cuando vió que el carmín había desaparecido de su boca, se dirigió hacia la puerta y salió sin siquiera despedirse.

Cuando terminó de hablar, volvióse hacia un lado, cubriéndose la cara con las manos, y entretanto Bedison tapaba el lápiz y guardaba la caja carmesí en su bolsillo.

—¿Podría ver ese respaldar? — dijo.

Ella bajó la mano y señaló la silla que estaba a su lado.

— Es ésa — dijo.

— Parece haber sido lavada desde el martes.

— No quise entrar en explicaciones con mi madre, ya que seguramente se fijaría en ella, y por eso se la entregué a la criada en cuanto Carlos se fué.

— Una sola pregunta más — dijo el inspector. — ¿Cree usted posible encontrar el papel en que venía envuelta la caja?

Ella le aseguró que había salido de la casa con el resto de los desperdicios el mismo día en que llegó.

— Pero puedo decirle que la escritura estaba disfrazada. La dirección venía en letra de imprenta.

En la audiencia del viernes siguiente el inspector Bedison pudo ofrecer pruebas convincentes. Irene contó la historia de su regalo anónimo, y, no sin cierto embarazo, describió la querella habida entre Carlos Real y ella misma el martes por la tarde.

Sir Enrique King, el eminente analista, declaró haber realizado un prolijo examen del lápiz presentado al tribunal, y encontró que la parte descubierta hasta una profundidad de media pulgada, estaba evidentemente mezclada con estricnina de una pureza tal, que una porción infinitesimal de ella bastaba para ocasionar la muerte. Si la víctima mordió una mínima parte de ella, sería bastante, lo mismo que si hubiese puesto en contacto el lápiz con el interior de sus labios.

Todos los recursos, sin embargo, del Departamento de Investigaciones Criminales habían fracasado en sus intentos para encontrar al vendedor del estuche. Este, se supo, había sido fabricado en Viena, pero muchos del mismo modelo fueron exportados a diversos países. Aunque se sabía que la señorita Marini pasaba algunos meses en el extranjero todos los años, no era posible relacionarla con la caja carmesí. El inspector Bedison no se atrevió a mencionar su nombre cuando se trató el caso.

No tenía la más mínima duda de que ella astutamente había planeado asesinar a Irene Mendoza, pero que, en cambio, causó la muerte de Carlos Real. No había la más insignificante prueba que permitiera relacionarla con el crimen. Era cierto que el fracaso de sus propósitos constituía su mayor castigo y, en realidad, parecía una mujer sometida al más cruel de los tormentos. Pero no habría nada que le impidiese probablemente ir al extranjero el año próximo, o tomar su puesto en sociedad, y que, en suma, el caso fuera tal vez el más desgraciado en lo que a la carrera del inspector Bedison se refiere.

FIN



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

EL DIVORCIO

En la antesala de un político he oído a una comisión de señoras hablar alto y hondo sobre el motivo que las llevaba en representación de una sociedad femenina: el divorcio.

Argumentaban sobre cada uno de los puntos que deberían tocar ante el político, a fin de que la ley fuera rechazada cada vez que ella fuera presentada. ¡Ya han logrado muchas veces las señoras en nuestro país esta victoria!

Debo declarar que para tal misión se habían elegido cuatro señoras (ellas me perdonen) antiestéticas, anticuadas. No defenderían, supongo, sus propios intereses, porque, o eran solteras o viudas ya..., y si casadas, pertenecían al grupo de los maridos que pasan los días roncando en las poltronas del club.

Deberían, seguramente, pretender amparar a las hijas, nietas o sobrinas. ¡Qué error! Las sobrinas y las hijas serán, con seguridad, bellas y elegantes mujeres que con su atractivo y su encanto van ya defendidas del riesgo de aburrir o perder al marido.

Las mujeres de esta generación se protegen mejor. ¿Me dirán que se separan con más frecuencia los matrimonios? Es muy posible. Porque ahora se separan con el deseo de libertad, y se mudan de casa, sin sanción de leyes, de propio y mutuo acuerdo. En la generación pasada estaban por igual separados; dentro de la misma casa reñían, gruñían y protestaban en presencia de los hijos, lo que es peor inmoralidad que separarse radicalmente.

El divorcio no es un peligro para quienes se amen y respeten. El divorcio es, en cambio, una puerta abierta para aquellos que en la vida del hogar encuentran la amargura que ahoga, y que lleva a peores resultados, el fracaso, el suicidio o el crimen.

¿Por qué obligar a las personas a mantenerse unidas si no se estiman? ¿Por qué imponer las crueles razones físicas, intolerables e invencibles? ¿Hay, acaso, un Dios que pueda ordenar ese martirio de todos los instantes a quien tiene el derecho de vivir la vida gratamente?

No, señoras; al divorcio no hay que temerle. ¿Que en Italia, país europeo, culto y progresista, dijeron ustedes no existe el divorcio? No es argumento; es una prueba solamente del prestigio papal, de su influencia. Aquí lejos estamos de las paredes del Vaticano.

Por otra parte, peor es que haya todos los días valientes entre hombres y mujeres que no precisen de la puerta de escape, casi cobarde, que es el divorcio; ellos se van solos, huyen del hogar sin echar mano de las leyes ni acudir a los jueces, y eso trae mucha más perturbación cuando es el hombre el que abandona a la mujer y la deja librada a su suerte, mala siempre, puesto que le niega el más grande de todos los derechos de la humanidad: amar y rehacer su vida.

EL MOTIVO DE LA ELEGANCIA

El motivo único de la elegancia femenina es el desafío entre mujer y mujer.

La obsesión femenina es ser siempre mejor que la amiga o la hermana. Más ambiciona la admiración de éstas que la del hombre.

Ella sabe muy bien que el hombre no comprende de modas o colores; que él sólo comprende de conjunto. Que más le interesan unos ojos lindos que un legítimo encaje; más los labios frescos de una hermosa boca que todos los brillantes y las ricas pieles del mundo.

Sabe también que al hombre le conquista con su espíritu, con su inteligencia, con su bonita cara o con su coquetería; pero jamás con el traje o el sombrero.

Pero la mujer sabe también (y esto lo sabe a la perfección) que la manera de vengarse y de reducir a su amiga es vistiendo mayores elegancias que ella. Que la manera de hacerle pagar su desdén está en el traje o en el tapado.

Una por la otra, y todas en contra, van las mujeres por la vida sosteniendo el comercio del mundo.

Empeñadas en una guerra sin tregua, favorecen la fortuna de quien mejor las sepa vestir, de quien mejor las prepare para provocar la ira de sus hermanas... las mujeres.

Más que un latigazo duele a una mujer que otra no mire su elegancia y pase desapercibida ante su costosa toilette.



DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA



—Y..., ¿qué tal, don Giácomo, ya se suscribió al empréstito patriótico?

—¡Qué bromista viene usted hoy, don Mandinga!

—Nada de broma; la pregunta es completamente en serio, como que el empréstito patriótico es lo que en el lenguaje comercial de las grandes tiendas se llama "la sensación del día". Fíjese que se la está dando seca a la Lotería Nacional, a las quinielas y a otros juegos legales y clandestinos. Apareció el empréstito y ocurrió lo que no había ocurrido nunca: en la Administración de la Lotería Nacional quedaron miles de billetes sin venderse.

— Señal de que el pueblo no tiene plata para



especular por partida doble: o especula con la lotería o especula con el empréstito.

— ¿Y usted?

— Bueno, ya que insiste, le diré la verdad: yo no puedo especular ni con billetes ni con títulos, porque todavía estoy juntando dinero para pagar los nuevos impuestos y la sobretasa de la Contribución Territorial...

— ¡Ah!

— A mí me es simpático el empréstito, no como patriótico, sino como negocio. Además, tengo algunos compatriotas que se han suscripto fuerte, y como son de esos que no se meten si la cosa no es segura, me basta un indicio para hacerme "emprestista". Pero ¡qué quiere, don Mandinga! ¿Para qué me voy a estirar las cobijas al cuello si se me van a destapar los pies?

●●●

Mi fígaro levanta presión y agarra el asunto por su cuenta.

— El otro día estuvieron conversando aquí unos clientes y no llegaron a ponerse de acuerdo sobre si el empréstito es patriótico o no es patriótico.

"— El empréstito no es patriótico — decía uno — porque los socialistas independientes lo llaman nacional, y sostienen que para ser patriótico no tendría que dar interés.



"—Los socialistas independientes—respondía el otro — no saben cómo buscarle la vuelta al asunto para hacerle la propaganda al empréstito sin demostrar que son oficialistas; así que han inventado un juego de palabras que no los convence ni a ellos mismos.

"— Sin embargo yo creo que un estímulo económico es indispensable para que un empréstito tenga éxito, y ahora mismo le voy a demostrar que el patriotismo no está reñido con el interés: la revolución de septiembre fué un acto patriótico; se hizo en nombre del patriotismo, ¿no es verdad?

"— Sí.

"—Bueno; sin embargo, todos los altos jefes que se habían comprometido a no cobrar más que sus sueldos de militares, aceptaron de la patria los que ésta destinaba a los cargos civiles que aquéllos desempeñaban transitoriamente y el único — *el único* — que renunció a su sueldo y no cobró nada por sus servicios porque era un civil, fué el ex ministro de Hacienda, doctor Pérez, sin Colman, ¿eh?

"Hubo quien cobró dos sueldos en vez de uno, y de yapa, nadie perdonó los viáticos, que suman un recargo de millones en las cuentas del gobierno provisional.

"Así que ya ve: si el Estado pagó dobles y triples sueldos y viáticos y gastos extraordinarios por una revolución patriótica, bien puede pagar el 6.66 por ciento por un empréstito patriótico."

— Yo estoy de acuerdo con mi cliente — sigue diciendo don Giácomo — el empréstito puede ser un negocio patriótico y, desde luego, lo considero mucho más razonable y plausi-



ble que ese otro negocio patriótico de los que hicieron la revolución para acomodarse.

"Lo que no me parece bien es el patriotismo a la fuerza; en algunas instituciones oficiales se le ha impuesto al personal la obligación de subscribirse al empréstito, ¿con qué derecho? En otras la insinuación es tan categórica que equivale a una imposición, y en otras el procedimiento es todavía más censurable, porque se hacen circular dos listas, una azul y otra roja: en la azul se anota a los que suscriben y en la roja a los que no lo hacen.

"Estos sistemas son antidemocráticos e indignos de un pueblo libre como el nuestro, que no está acostumbrado a semejantes torturas morales. Porque lo torturante no es el hecho material de que a uno le saquen a la fuerza unos pesos que son de su absoluta propiedad, sino el desconocimiento de los derechos individuales, la subalternización del empleado a la voluntad del superior jerárquico, la lesión al fuero interno del ciudadano que ese hecho significa y el precedente que se sienta para que, con el tiempo, cualquier gobierno colocado en situación financiera comprometida por la falta de criterio de sus antecesores, salga de apuros apelando a medios extorsivos.

"Para que el empréstito patriótico sea un recurso oficial serio, prestigioso y respetable, como todos los habitantes del país debemos desear que sea, hay que empezar por respetarlo, no incurriendo en errores ni extralimitaciones capaces de desnaturalizarlo y tornar en antipatía el excelente espíritu público que lo rodea."

●●●

¡Chas, chas! Unos navajazos en la palma de la mano, y don Giácomo, cambiando el tono solemne, casi apostólico que había adoptado, me dice:

— ¿Sabe que tengo una curiosidad?

— Veamos.

—De veras que me gustaría saber con cuánto se habrán suscripto al empréstito patriótico



Yrigoyen, Claps, Alvarado, Ohyanarte, Amallo, Scarlatto, etc., etc.

— ¿Por qué?

— ¡Ellos que son tan buenos financistas!...

●●●

— ¿Siempre sigue formando parte de la "claque" del Colón, don Giácomo?

— Sí, pero este año voy nada más que para no perder el puesto.

— ¿También hay cesantías por ahí?

— ¡Ya lo creo! El empleo de "claquero" es uno de los más solicitados.

— Así que no le gusta la temporada.

— Ha sido toda una sorpresa. Hemos tenido algunas revelaciones, pero desagradables: un tenor que empieza la decadencia, una soprano que canta los agudos como por un tubo y unas primeras figuras coreográficas que tienen buenas piernas, pero no saben moverlas.

"Ahora me explico, don Mandinga, por qué el maestro no quiso venir a dirigir el Colón si no lo dejaban elegir un tenor y se le aceptaban otras condiciones; ¡claro!, el hombre, como artista, estaba en posesión de algunos secretos que ignoraban en absoluto los "técnicos" de la Comisión Administradora."



— Pero tengo entendido que se envía a Europa un contratista.

— Sí; pero cuando los contratistas no son los mismos empresarios, yo no tengo fe en ellos. Además, esos contratistas serán las personas más honorables del mundo, pero el negocio que realizan es redondo; además de lo que les paga la Municipalidad, reciben de los artistas el ocho por ciento de sus contratas. Así se comprende que en épocas no lejanas se haya traído al Colón algunos artistas a precio de oro, cuyos honorarios no estaban de acuerdo con su capacidad, ni con sus prestigios o que eran, simplemente, pálidas sombras de lo que fueron en otros tiempos de juventud y de esplendor.

Por

El Viejo Mandinga

¡QUÉ FRASE!

Indudablemente, Napoleón conocía muy bien a la gente. Ello le inspiró la siguiente frase, que, por cierto, es elocuente:
"Todo hombre se vende; la cuestión es acertar con el precio."

SALPICON

ALACRANERIAS

Estaba la pobre tan enamorada de sí misma, que hasta se tenía celos.

* * *

Daba consejos a todo el mundo, pero no por generosidad, sino porque era lo menos que podía dar.

* * *

Había subido tan alto, tan alto, que se cayó solo.

MONTELLEZ.



El señor X ha amaestrado a su perrito de tal manera que no le deja a ella detenerse frente a ninguna vidriera.
(De "Fliegende Blatter", Berlin.)

Coplero Criollo

No te cases con viejo
por la moneda.
La moneda se acaba
y el viejo queda.

En mis pagos me llaman
el inocente,
pues me gustan las mozas
de quince a veinte.

Por una ausencia larga
mandé sangrarme.
¡Hay ausencias que cuestan
gotas de sangre!



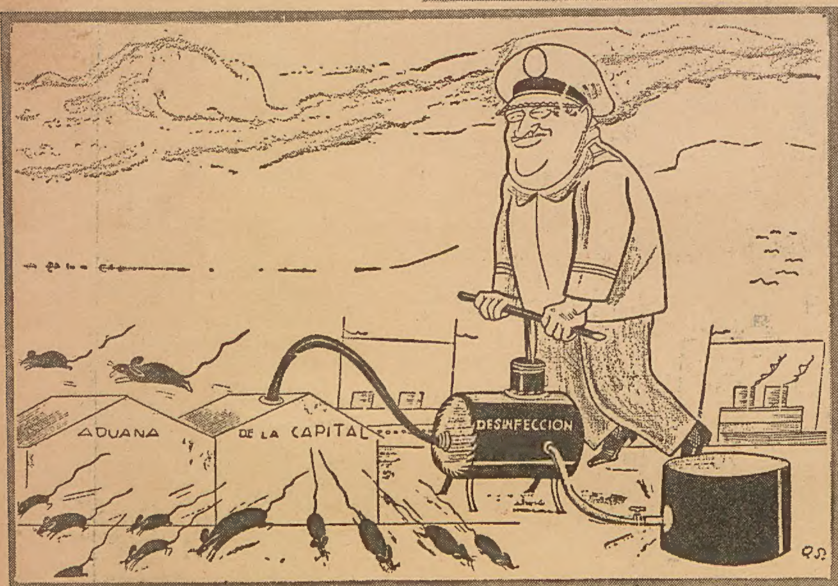








El marido. — ¡Eres una torpe, mujer! ¡Así se atiza el fuego!
(De "The Passing Show", Londres.)



¡AFUERA LAS RATAS!

EL PERRO de PITUIL

Un alto personaje recorría en auto la zona de Pituil, en La Rioja, cuando, a causa del recalentamiento del motor por falta de agua, tuvo que detenerse frente a un rancho.

Golpeó las manos y acudió una china vieja, a la que pidió un balde con agua. Fuése ella hacia adentro, y él se puso a contemplar con estupor el perro más flaco que pudiera imaginarse. Estaba parado, casi apoyado en una de las paredes del rancho, como para no caerse, y su cuerpo largo, surcado por hundidas entrecostillas, parecía una parrilla. Tenía los ojos cerrados, y las largas orejas gachas, atestadas de moscas. Pero lo que más asombro le causó al hombre fué un raro movimiento que hacía continuamente. Era éste un continuado abrir rápido de la boca.

A poco llegó la china con el balde, y la interrogó:

—¿Qué le pasa al perro, doña, que está con los ojos cerrados y pegando esas boqueadas?

Se sonrió la china de oreja a oreja, y le contestó:

—Y..., don, ¿no ve que lo está toreando, po?



—¡Quién fuera él!... ¡Con un sombrero así daría gusto pedir limosna!
(De "Gutiérrez", Madrid.)

LA ANÉCDOTA NACIONAL

COMO SE LES ROBA A LOS BANCOS

Los frecuentes asaltos a las instituciones bancarias nos traen a la memoria una célebre frase de Vélez Sársfield.

En una ocasión, siendo miembro del Directorio del Banco de la Provincia, el secretario le entregó una de las tres llaves del tesoro de la institución, que, de acuerdo con el reglamento interno, le correspondía guardar:

El Viejo Mandiga, como le llamaban cariñosamente, miró la llave niquelada de un lado y de otro, como si tratara de encontrarle una expresión simbólica, y después de unos instantes de reflexión, dijo:

—Señor secretario: guárdese esa llave donde le plazca, o déjela por ahí, porque, sepa usted, y no lo olvide que se lo dice mi experiencia, a los bancos no se les roba con llaves, sino con firmas.



Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda. S. A.